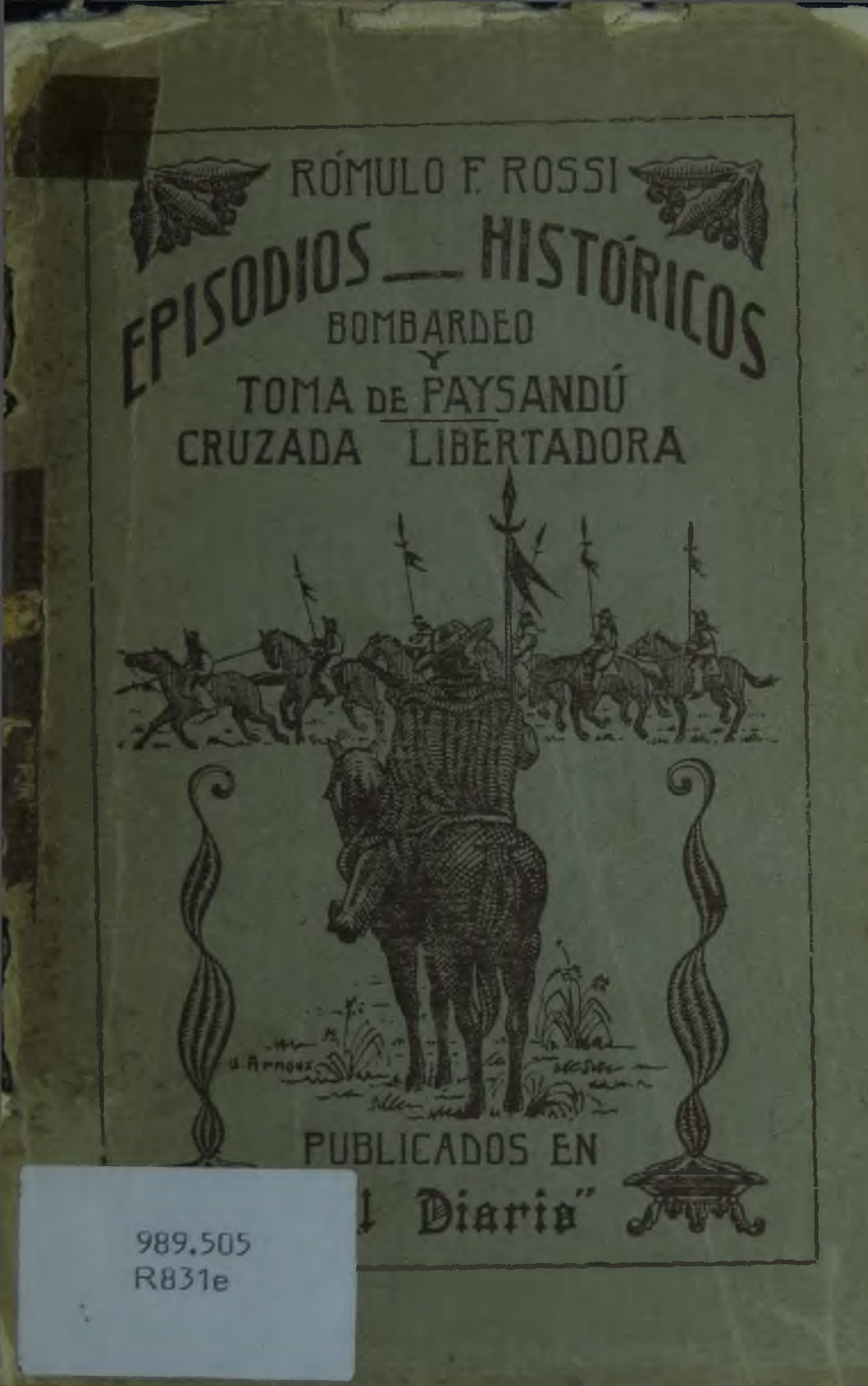

RÓMULO F. ROSSI
EPISODIOS — HISTÓRICOS
BOMBARDEO
Y
TOMA DE PAYSANDÚ
CRUZADA LIBERTADORA
PUBLICADOS EN
Diario"

RÓMULO F. ROSSI

EPISODIOS HISTORICOS

BOMBARDEO
Y
TOMA DE PAYSANDÚ

CRUZADA LIBERTADORA

Montevideo
PEÑA Hnos.—Imp.
1923

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Recuerdos y Crónicas de Antaño

TOMO I

Próximas a aparecer

Recuerdos y Crónicas de Antaño

TOMO II

En preparación

Episodios Históricos

TOMO II

Los grabados a pluma de la carátula y de una página del interior, han sido ejecutados inteligentemente, por el joven artista Umberto Arnoux, sin otra fuente de referencias que las narraciones consignadas en las siguientes páginas.

EPISODIOS HISTÓRICOS

Bombardeo y Toma de Paysandú

Cruzada Libertadora

Hechos que precedieron esos acontecimientos — Lo que dice el práctico baqueano don Pablo A. Dugrós — Su actuación en la escuadra brasileña — El "Villa del Salto" — En el campamento de Flores — Leandro Gómez y Lúcas Piriz — Los fusilamientos — La medalla de Caseros — La barba de Leandro Gómez — Lo que dijo el entonces coronel Suárez — Veinte años después.

Un viejo y buen amigo, — el señor José Accinelli, —nos habló con entusiasmo del nuevo colaborador que hacemos conocer hoy a los lectores de EL DIARIO.

—Se trata, — nos dijo, — de un hombre de ochenta y seis años, de copiosa actuación en nuestras contiendas armadas y de una memoria tan prodigiosa que, a poco que ustedes hablen con él, han de quedar

asombrados. Para mí, sería el mayor placer, presentárselos.

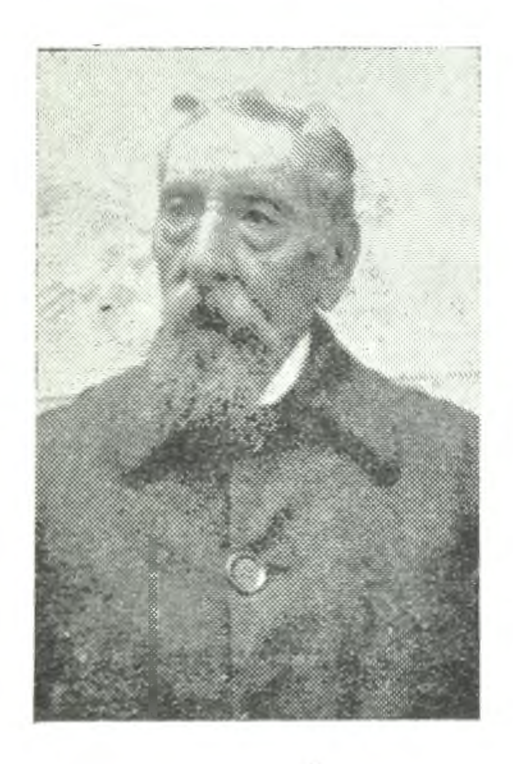
Y allá fuimos, — Durazno 1341, — donde nos recibió el propio dueño de casa, señor Pablo A. Dugrós, de blanca pera militar, ni alto ni bajo, erguido y de andar resuelto.

Nos contó su historia: francés de origen, —nadie lo diría al oírle hablar, — arribó a estas playas el 20 de Agosto de 1850, cuando apenas contaba trece años de edad, mandado buscar por su padre, don Andrés Dugrós, soldado a la sazón de la Legión Francesa durante la Guerra Grande, como así también lo eran sus hermanos mayores Juan y Pascual.
profundo conocimiento de nuestras
Persona de verba fácil, con un cosas y de nuestros hombres de otrora, maneja las fechas, — días, meses y años, — sin vacilaciones, matemáticamente.

Don Pepe Accinelli no nos había exagerado. Aquel hombre era un prodigio; pero, nostros quisimos someterlo a pruebas más decisivas, y hablándole de acontecimientos históricos, citamos en más de una ocasión fechas equivocadas, que él no nos dejó pasar por alto, una sola vez, siquiera.

Este roble humano, a poco de encontrarse en Montevideo, inició su carrera en la marina de cabota-

je, sirviendo en distintos buques y visitando así, todos los puertos del Río de la Plata, del Uruguay y del Paraná.



Don Pablo A. Dugrós, el práctico de la escuadra brasileña en el bombardeo de Paysandú y en la guerra del Paraguay

El primer práctico baqueano

Muy joven todavía, se recibió de "práctico baqueano" cuyo certificado, — el primero en su género expedido en el país — está suscrito por el entonces Presidente Provisorio de la República, doctor don Francisco Antonio Vidal y por su Ministro de Guerra y Marina, general don Lorenzo Batlle.

Más tarde le cupo el honor de ser fundador de la Corporación de Prácticos Baqueanos de los ríos de la Plata y Uruguay, de la cual es único sobreviviente.

Hombre ordenado, ha guardado con ponderable esmero su libro de navegación y un considerable número de certificados de capitanes de buques de guerra extranjeros, que elogian su conducta y su pericia.

Consagrado ya como experto piloto, sirvió durante poco más de un año a los gobiernos de Berro y de Aguirre, como práctico de los vapores armados en guerra "Artigas" y "Treinta y Tres", tocándole como jefes en ese lapso de tiempo, al general Lucas Moreno, Baldriz, Eshaquetua, Benjamín Pérez y otros. Un incidente que tuvo con el comandante Cibils, lo determinó a abandonar el servicio.

Cuando Berro y Aguirre...

—Pero... ¿Vd. intervino también en el borbardeo y toma de Paysandú y más tarde en la guerra del Paraguay? ¿Qué nos puede decir sobre tan interesantes tópicos?

—Oigan ustedes. Pero vamos por partes, porque estas cuestiones históricas hay que desenvolverlas con orden, ni más ni menos, como si se tratara de un ovillo de hilo. Tomemos pues, la punta del hilo de los sucesos...

—De acuerdo...

—Pues bien. La historia ya ha hablado de los gobiernos de Berro y de Aguirre y de las causas que motivaron la Cruzada Libertadora.

El general Netto, brasileño, que más tarde fué suegro de nuestro ilustre compatriota el doctor don Domingo Mendilharzu, era poseedor de 16 a 18 suertes de estancia, lo menos, en el Departamento de Paysandú; y según dicen, era frecuentemente víctima de robos y atropellos, sin que las autoridades le prestaran mayor amparo. Así las cosas, aquel fuerte hacendado, se fué a Río de Janeiro a presentar sus quejas al gobierno de su país, sin que tampoco le hicieran mayor caso, porque los brasileños en aquella

época tenían más simpatías por los blancos, que por los colorados.

La chispa

Pero, — prosiguió diciéndonos el señor Dugrós, — la causa principal que hizo explotar la chispa, y con ello determinó la intervención del entonces Imperio del Brasil, en la contienda armada planteada entre Flores y Berro, radicó en el siguiente hecho:

Las fuerzas del gobierno tomaron contra su voluntad para el servicio de las armas, (procedimiento que dicho sea en honor a la verdad empleaban blancos y colorados), a un pardo brasileño, que había llegado a Paysandú como tropero de unos vacunos, consignados al saladero de Casa Blanca.

—Yo soy extranjero, protestó el pardo, al ser apresado por la "leva".

—¿Tenés papeleta?

—No.

—Entonces, marchá.

Y el hombre "marchó". A los pocos días el bisoño soldado ya uniformado y en tren de paseo, se encontraba en el puerto de aquella ciudad, en circunstancias que, un bote de la cañonera de su nacionalidad, la "Bell Monte" de estación allí, se disponía a regresar a la

misma, después de haber dejado en tierra a varios de sus oficiales.

—¡Oya, seu camarada! ¿Cómo tein pasado? gritó el de tierra al patrón del bote.

—Muito ben. ¿Quein eres tú?

—Un compatriota.

—Mais... sendo compatriota... ¿cómo serves tu a esta jente?

Y entonces fué que contó el soldado, como había sido obligado a servir por la fuerza no obstante sus quejas al cónsul brasilero en Paysandú, señor Mariato.

—Vein con nosmo, que el comandante fará justicia, exclamó finalmente el del bote; y cuando el invitado se encontraba ya dentro de la embarcación, la guardia militar del puerto, intervinlendo, lo sacó violentamente, no sin que se produjera un incidente de palabras entre los tripulantes del bote y los soldados uruguayos, en cuya ocasión se cambiaron frases del siguiente tenor: ¡¡castellaos disgraciaos!! ¡Macacos rabudos! y cosas por el estilo.

La cosa se complica

El patrón del bote dió cuenta de lo ocurrido, al oficial de guardia de la "Bell Monte", quien asentó la denuncia en el libro de novedades. El segundo comandante' — Abreu

de apellido, —mandó aviso de inmediato al jefe de la nave, comandante Piqué, que pasaba la luna de miel en tierra, pues pocos días antes se había casado con una sobrina de Sequeira, mayordomo del saladero de Sacra.

El comandante Piqué, vinculado al elemento social de Paysandú y amigo consiguientemente del general Leandro Gómez, jefe militar al Norte del Río Negro con su cuartel general allí, vió a éste en el sentido de que no fueran a castigar al soldado, al que desde ese momento le reclamaba.

—Es un asunto éste, — terminó diciendo a Leandro Gómez el comandante Piqué, — que arreglándolo entre nosotros, no podrá tener trascendencia.

El general Gómez que profesaba estimación al marino, encontrando muy en razón su pedido, prometió ordenar que se procediese de acuerdo con lo resuelto en la entrevista.

Pero, lo cierto del caso fué, que Gómez, posiblemente por olvido, no dió la orden; y si la dió, fué desobedecido, porque al día siguiente al toque de diana, se dió tan fenomenal paliza al pobre pardo en el batallón en donde era obligado a prestar servicios militares, que falleció a consecuencia de los golpes recibidos.

Naturalmente, — prosiguió diciendo el señor Dugrós, — después vinieron las reclamaciones diplomáticas. El Imperio del Brasil, exhumó viejas reclamaciones planteadas desde el año 52; exigió que se saludara a su pabellón con una salva de veinte y un cañonazos, y además la inmediata destitución del general Leandro Gómez del cargo de jefe militar de la zona al Norte del Río Negro.

El Ministro de Relaciones Exteriores señor de las Carreras, que años más tarde habría de morir trágica y cruelmente en el Paraguay a manos del tirano López que le enrostraba ser el causante de su desgracia en la guerra sostenida contra la triple alianza, contestó al gobierno brasileño que se saludaría al pabellón; pero que el gobierno oriental no se encontraba con aptitudes para proceder a la destitución del general don Laendro Gómez, porque se trataba de un militar de mucho prestigio.

Y fué ante esa respuesta, que el emperador del Brasil, ordenó al general Mena Barreto, que se encontraba con su ejército en las proximidades de la frontera, que invadiese la "Banda Oriental" y que reconociese al jefe de la revolución, general Venancio Flores, como beligerante.

El padre de Río Branco

—Pero... ¿y su intervención, señor Dugrós? inquirimos.

—Allá voy. Ya resuelta la intervención del Brasil, me tocó conducir como práctico hasta Buenos Aires, el 10 de Agosto de 1864, abordo de la cañonera brasilera "Araguaya", al Ministro en Montevideo Sr. Paranhos, padre del Barón de Río Branco, que iba a celebrar una entrevista con el Presidente Mitre, a propósito de los sucesos de que les acabo de hablar.

En tal ocasión y en circunstancias que tomábamos café en plena navegación, hablando con aquel diplomático, se lamentaba él mismo del empecinamiento del Presidente Aguirre y de su ministro de Relaciones Exteriores, al negarse a destituir a Leandro Gómez.

Una provocación

El 5 de Setiembre, el jefe de la tercera división Pereyra Pintos, tripulando la "Bell Monte" y seguido por la "Araguaya", subió hasta el Salto con el fin de intimar al jefe militar de dicha plaza, coronel Palomeque, que desarmase al vapor uruguayo "Villa del Salto", que después de su arribo allí, se encontraba fondeado en el puerto argentino de Concordia.

Como el coronel Palomeque prometiera que desarmaría al "Villa del Salto" mandado entonces por un tal Ribero, los buques brasileños retornaron de inmediato a Paysandú, con los "fuegos recostados" (semi apagados), aprovechando la corriente en favor.

Con no poca sorpresa, el 7 de Setiembre y cuando se encontraban entre la meseta de Artigas y Chapicuy, vieron venir a toda máquina, navegando sobre la misma costa argentina al "Villa del Salto", engalanado con tres grandes banderas nacionales: una a popa y las otras dos en los mastiles de popa y de proa. Al enfrentar a los buques brasileños la tripulación del "Villa del Salto" trepándose por las jarcias con las espadas y machetes desenvainados gritaron a los marinos imperiales entre otras cosas, lo siguiente: ¡Viva el Presidente de la República!! ¡¡Mueran los macacos, esclavos del emperador del Brasil.

—¿Y qué hicieron los brasileños en tal ocasión?

—¡Y qué quiere que hicieran! ¡Nada! ¿No le dicho que el "Villa del Salto", favorecido por la gran creciente del río, navegaba sobre la costa argentina? Cualquier disparo de sus cañones, habría ido a dar a territorio entrerriano; y ello hubiera traído una nueva complica-

ción internacional, que, a toda costa querían evitar los brasileños.

Entonces, las calderas de los buques imperiales, empezaron a levantar presión, para poder perseguir al vapor oriental; pero como el "Villa del Salto", estaba, en condiciones de poder navegar más ligero, — ganándoles enorme delantera, — se les distanció .

"El Villa del Salto", escapa

Yo me encontraba a bordo de la "Yiquitiñoña", al mando del comandante don Antonio Ferreira y anclada frente mismo al saladero "Paysandú", distante doce o quince kilómetros de esta ciudad. De pronto, vimos que se aproximaba el "Villa del Salto".

Nosotros que ignorábamos lo que había ocurrido horas antes, nos encontrábamos embanderados en arco, festejando la fecha de la Independencia del Brasil, 7 de Setiembre.

Así las cosas hicimos al barco oriental un disparo de cañón por elevación, para que detuviese la marcha; pero lejos de obedecernos, nos disparó primero, una descarga de fusilería; y luego, un fuego graneado sostenido, del que todavía estoy entusiasmado, por el valor y la decisión con que se hizo.

A nuestra vez, contestamos con seis disparos de cañón, que no dieron en el blanco.

Como media hora después, llegaban la "Bell Monte" y la "Araguaya" a cuyo jefe superior impusimos de lo ocurrido, prosiguiendo los tres buques, la marcha, corriente abajo.

El "Villa del Salto", así apremiado, embicó en seguida para escapar a nuestra persecución, en un barrial de la costa, dentro del mismo puerto de Paysandú; y nosotros continuamos la marcha, hasta la desembocadura del Arroyo Sacra.

Al cruzar frente al puerto, las fuerzas de Leandro Gómez, distribuídas en donde hoy está la Aduana y sus proximidades, nos gritaban con todas las fuerzas de sus pulmones, — entre otras cosas, — "¡Viva el Presidente de la República!! ¡Mueran los macacos esclavos del emperador del Brasil!!"

A las 4 p. m., después que desembarcaron todos los pertrechos, el "Villa del Salto" fué incendiado por sus propios tripulantes ante nuestra vista, para que no cayese en poder de sus perseguidores.

¡Era un barquito muy valiente, terminó diciéndonos el Sr. Dugrós.

Más buques

Desde Septiembre se encontraban cerca de Paysandú los buques de guerra brasileños "Yiquitiñoña", "Araguaya" y "Bell Monte"; y resuelto el ataque a aquella plaza por

las fuerzas combinadas de tierra y agua, el barón de Tamandaré, que se hallaba en Buenos Aires, marchó hacia Paysandú, a bordo del vapor "Recife", en los primeros días del mes de Diciembre, con el fin de asumir el mando de la escuadra y ponerse de acuerdo con Flores para las operaciones que en breve debían emprenderse.

En contacto con Flores

Pero, — volvamos un poco atrás, — nos dijo el señor Dugrós.

Días después de incendiado el "Villa del Salto" y estando la escuadra anclada en las proximidades del Arroyo Sacra, vino a bordo de la nave capitana, don José Cándido Bustamante, — acompañado de un capitán Maciel, cuyo nombre no recuerdo, embarcados en una lancha a remos, pero muy mal tripulada, — procedentes del ejército del general Flores, que acampaba en las costas del San Francisco.

Como hacía muy pocos días que había ocurrido lo del "Villa del Salto", el jefe de la "Yiquitiñoña", comandante Pereyra Pintos, desconfió de las intenciones de los del bote y opuso reparo para permitirles que se acercaran; pero habiendo yo reconocido a Bustamante, hice presente a aquel, que se trataba del secretario del general Flores, que venía a conferenciar con el expresado marino.

Realizada la entrevista a bordo de la nave, llevamos en la misma hasta la desembocadura del San Francisco, a Bustamante, en donde lo desembarcamos para que se incorporase nuevamente al ejército revolucionario.

El mismo jefe brasileño, me comisionó después, con fecha 28 de Setiembre, para que, tripulando un bote de catorce remos, me trasladase en calidad de oficial, a poco más de un kilómetro de nuestro fondeadero, en busca del General Flores, que debía venir a bordo a celebrar una entrevista con Pereyra Pintos.

Al atracar a tierra, se aproximó el General, que ya esperaba el arribo del bote.

—¿Quiere llevar un ayudante, general?, pregunté en momento que éste subía a la embarcación.

—No, señor, me contestó. Que más ayudante que Vd.

La entrevista entre ambos jefes, se celebró a bordo de la "Yiquitiñoña"; y ella duró por un espacio de tiempo no menor de una hora.

Después, volví a conducir hasta su campamento al general, — quedando yo comisionado por el mismo, desde ese momento, de hacerme cargo de la correspondencia que le traían de Buenos Aires, los vapores oriental "Salto", que llamábamos "Saltito", al mando del capitán Fulgueira y el argentino "Era",, mandado por el capitán Benito

Magnasco, íntimo amigo del general Flores.

Esa correspondencia, — prosiguió diciéndonos don Pablo Dugrós — yo la llevaba hasta el San Francisco, en bote; y desde ese lugar, montado en un caballo que me facilitaba la gente del escuadrón del coronel Antolín Castro, allí destacado.

El coronel Machín y el "Coquimbo"

Recuerdo perfectamente bien, que la primera vez que llegué al campamento de Flores, al aproximarme a su carpa, "Coquimbo", el célebre perro que tanto acompañó en sus campañas al general, me gruñó, por cuya razón — receloso — no me atrevía a bajar del caballo.

El coronel Machín, de quien yo era muy amigo, riendo ante mi temor, me dijo:

—"Bajate", "bajate", no más; que este perro conoce a los "salvajes" por el olor....

Leandro Gómez y Lucas Piriz

Bloqueada ya Paysandú por tierra y por agua, el general Flores mandó un "parlamento" a Leandro Gómez, proponiéndole que se rindiera, con el fin de evitar toda efusión de sangre.

Reunidos los jefes superiores de la plaza, el coronel Lucas Piriz, — según se dijo después—se expresó en

términos favorables a la capitulación, pero, Leandro Gómez, contestó con energía:

—"No, coronel. No me rindo. Antes de hacerlo, tengo seis tiros en mi revólver".

El primer bombardeo

Y en tales condiciones, llegó la madrugada del 7 de Diciembre. Al aclarar no más, a eso de las cuatro, la "Parahahiba" y la "Bell Monte", formaron línea y a eso de las 9 iniciamos el fuego contra la plaza. Yo me encontraba en la primera.

—¿Cuánto tiempo duró el bombardeo?

—Un par de horas, a lo sumo.

—¿Y las balas de los sitiados no alcanzaban a los barcos?

—¡Qué esperanza! ¡Ni cerca!

Como simples espectadores de esta contienda, estaban anclados frente a Paysandú, los buques de guerras: argentino "Guardia Nacional", mandado por el jefe de la escuadra de dicho país, señor Murature, la cañonera "Tactique", francesa, que más tarde fué la uruguaya "Suárez"; y dos cañoneras más: una española y otra inglesa, cuyos nombres no recuerdo.

El bombardeo primero y el sitio después, fueron suspendidos por orden del general Flores, para ir al encuentro de fuerzas de los blancos, mandadas por el general Saa, ar-

gentino y conocido también por el apodo de "Lanza seca", que al vadear el Río Negro con el intento de proteger a Leandro Gómez, fué detenido por las fuerzas del coronel Máximo Pérez, que le salió al paso.

El ejército de Flores, que había llegado hasta el Arroyo Rabón, ante el contraste de "Lanza seca", volvió a poner sitio a Paysandú.

Lucas Piriz y Leandro Gómez

Bloqueada nuevamente la plaza, se desembarcaron entonces de a bordo de las cañoneras brasileras, como unas cuarenta piezas de artillería, que se emplazaron rodeando la ciudad, y muy especialmente sobre Bella Vista, elevación que se encuentra hacia el Norte y que domina a aquella por completo.

El 29 de Diciembre, Flores mandó a los sitiados un nuevo "parlamento"; y reunido el Estado Mayor de la Plaza, Leandro Gómez se mostró esta vez, partidario de la capitulación.

A estar a los mismos informes — prosiguió diciendo el señor Dregós — Lucas Piriz replicó a su jefe en los siguientes términos:

"Después que la sangre de nuestros compañeros ha salpicado nuestras frentes, debemos morir juntos con ellos. Yo tengo otro revólver

con seis tiros. Ese "parlamento" debe ser rechazado a balazos".

Y así lo dispuso después Leandro Gómez.

El segundo bombardeo

A la alborada del 30 de Diciembre, se inició el segundo bombardeo, con mayores ímpetus que la vez anterior, prosiguiéndose la lucha hasta el 2 de Enero en que cayó la plaza, siendo más o menos la seis de la mañana.

Lucas Piriz, el alma de aquella heroica defensa, fué herido gravemente en la ingle, a las 2 y 30 de la mañana de ese mismo día y hospitalizado en una casa, fué visitado antes de morir por el general Flores.

Los fusilamientos

—¿Y luego que pasó?

—Cuando acallaron los cañones...

—¿Los buques no tomaron participación esta vez en el bombardeo?

—No señor. No olviden que dije que habían desembarcado los cañones... Al acallar los cañones — repito — bajé a tierra acompañado por el capitán Núñez del "Araguaya". Caminando por la calle 18 de Julio, llegamos a la esquina de la Plaza, siendo más o menos las siete u ocho de la mañana, cuando sentimos una descarga de

fusilería. Sorprendidos al principio, nos detuvimos pensando que muy bien podrían ser los defensores de algún cantón que quemaban sus últimos cartuchos; pero a poco, un hombre que se cruzó con nosotros, que nos dirigíamos en dirección hacia la casa de Maximiano Ribero que era de donde habían partido los tiros, nos dijo:

—Ahí acaban de fusilar a Leandro Gómez y a otros compañeros más.

Penetramos al local; y allí, en el jardín, frente a una pared que miraba hacia el Oeste, estaban tendidos en el suelo, sin sus ropas exteriores, los cadáveres de Gómez, Braga, Acuña y Fernández, éste último de filiación colorada pero que defendía la plaza y dicen que cuando fué fusilado, tenía prendida en su casaquilla la medalla ganada en la batalla de Caseros...

—¿Y cómo, siendo colorado, peleaba contra sus correligionarios?

—Porque según lo decía él mismo, entendía que como buen militar, cumplía con su deber defendiendo al gobierno legalmente constituído.

La medalla de Caseros

—¿Qué suerte corrió, pues, la medalla de Fernández?

—El entonces mayor Belén, — que tuvo una actuación tan poco

simpática en la ejecución de los prisioneros — según se dice, — fué quien se apoderó de la medalla.

¡Hombre!! y a propósito. Usted habrá oído hablar de un coronel Flamán, de la época de Latorre y de Santos, hombre que gozaba fama de guapo. El coronel Flamán siempre chichoneaba a Belén, porque éste ostentaba sobre su pecho, la medalla de Caseros.

—¡Che, indio!, le decía sin reparar que hubiesen testigos, esa medalla se la "carchaste" al pobre Fernández cuando lo fusilaste en Paysandú. Tú, nunca estuviste en Caseros, dejate de embromar!!!...

Belén, a la sazón edecán de Santos y que sabía que el Presidente no dispensaba muy buena voluntad a Flamán, le dijo un día que éste lo tenía ya muy cansado con sus impertinencias.

—Bueno, le respondió Santos. "Embrómalo" (aquí empleó una palabra más gráfica).

Y cierto día, en los bajos de la propia casa de Santos, que entonces vivía en la calle 18 de Julio, entre las de Río Negro y Paraguay, Flamán volvió a enrostrar a Belén la historia de la medalla, lo que dió lugar a que éste contestara en forma descomedida.

Flamán entonces, y un tanto sorprendido por la inesperada actitud de su contendor, levantó el bastón

que llevaba con ánimo de descargarlo sobre la cabeza de su contrario, pero, las manos robustas de un negro soldado, tomándolo de atrás por los brazos, lo contuvo, circunstancia que aprovechó Belén, para sepultarle su puñal en el corazón.

—¿Los dos vestían trajes de paisano?

—No, señor. Flamán, únicamente.

—¿Y Belén?

—De coronel.

—¿De coronel?

—Sí; y qué tiene!!...

Prisioneros

—Nos hemos salido de la cuestión, — como se dice en la Cámara — señor Dugrós.

—Es verdad. Y mía ha sido la culpa...

—De ninguna manera. En tal caso, de los dos...

—Admitido. Pero no enredemos la madeja.

¿Habíamos quedado en ...

—En el fusilamiento de los defensores de Paysandú.

—Y bien. ¿Qué más deseaba saber?

—¿Cómo fueron tomados los prisioneros?

—El acto de la aprehensión no lo presencié, pero el práctico mayor de la escuadra, Fernando Echebarne, íntimo amigo mío, que fué testigo presencial de esa parte del drama,

me contó a poco de producirse los hechos, lo siguiente:

Antes de rendirse la plaza, fueron los primeros en llegar a la Comandancia, los brasileños, que eran quienes estaban más próximos al local.

Un coronel, al penetrar a la Comandancia dirigiéndose a Leandro Gómez que daba la espalda y que al parecer no lo había visto ni sentido entrar y que, abstraído, ensimismado, apoyaba los codos sobre un escritorio, para sostener entre sus manos la cabeza, —tocándole un hombro le dijo:

—General; dese por prisionero.

—Está bien.

Minutos después, cruzaba la plaza en dirección hacia el puerto, el grupo de prisioneros custodiado por militares brasileños, cuando se encontraron con el mayor Belén, que mandaba una pequeña fuerza, —quien, dirigiéndose al general Gómez, le dijo:

—General. Aquí estamos nosotros. ¿Por qué no se cobija bajo nuestra bandera?

—Con mucho gusto, mayor, contestó el prisionero, a la vez que dirigiéndose al coronel brasileño, agregó:

—Si usted lo consiente coronel, pasaremos a ser prisioneros de nuestros campatriotas.

Interpretando una orden

Como el jefe brasileño accediese al pedido que se le formulaba, el grupo de los rendidos pasó así a depender del mayor Belén; y éste en conocimiento de que el entonces coronel don Gregorio Suárez se encontraba en la casa del señor Ribero, se encaminó hacia allí.

—Coronel, le dijo: aquí le traigo estos prisioneros.

—¡Quítelos de mi presencia... "¡ajo!" ¡No los quiero ver!! Páselos para el fondo y cumpla usted con su deber!!

Y Belén, sin otra fórmula de proceso, les hizo pegar inmediatamente cuatro tiros, en el jardín de la casa de Rivero.

—¿Profanaron los cadáveres?

—Yo los ví a poco de los fusilamientos y a no ser las heridas de bala de las ejecuciones no presentaban otras. Lo único que se hizo fué despojarlos de la ropa exterior y de los calzados.

Un ebrio

Estando el capitán Núñez y yo, contemplando aquel triste espectáculo, se apareció allí un hombre, un gaucho mejor dicho, con una divisa colorada que casi le cubría la copa del sombrero y en completo estado de ebriedad o que aparentaba estarlo, quien esgrimiendo largo fa-



Los cadáveres de Leandro Gómez, Fernández, Braga y Acuña, a poco de ser fusilados

cón y pronunciando ternos y cuaternos, dijo que iba a apuñalear los cadáveres.

—Oiga, paisano, le dije. Vea lo que tiene en el sombrero.

Y como el hombre se lo quitase y dijese que no veía más que la divisa, yo agregué con energía.

—Hágale honor a esa divisa! No la venga a enlodar aquí.

Vaya a matar blancos que peleen!!

El gaucho, avergonzado, o posiblemente, por temor a Núñez y a mí, dió media vuelta y se fué.

La barba de Leandro Gómez

—Se ha dicho, — preguntamos al señor Dugrós, — que a Leandro Gómez, le cortaron la barba. ¿Es verdad eso?

—Es cierto el dato; pero ese acto no se ejecutó como una profanación, sino como exteriorización de sentimentalismo.

—¿Saben ustedes quién fué que le cortó la pera a Leandro Gómez? Pues nada menos que un primo de los viejos Ramírez, un tal Mujica, mayordomo del saladero Paysandú, que vestía en ese día, un traje de jaquet claro, prenda que recién se empezaba a usar.

A poco de haber ocurrido lo del gaucho, llegó el señor Mujica, quien luego de contemplar los cadáveres, nos pidió permiso para cor-

tar la pera a Leandro Gómez, con el fin, — dijo — de llevársela como recuerdo a la familia de éste.

Nosotros le contestamos que éramos simples espectadores como él; y que entendíamos que con tales propósitos, no se cometería ninguna profanación. Yo le expliqué a Núñez, que aquí era corriente cuando moría un ser querido, que sus deudos le cortasen el cabello para hacer cuadros simbólicos o cadenas para el reloj.

Y así fué que, Mujica extrajo de una cartera de bolsillo una tijerita; y agachándose cortó con sumo cuidado la barba del general, la que ató después por el centro, con una cinta celeste que extrajo del bolsillo posterior de su jaquet.

Observando este detalle de la cinta — lo recuerdo perfectamente bien — dije por lo bajo a mi compañero: "Este ha de ser blanco también."

Después... empezó a llegar más gente y nosotros nos retiramos.

Veinte años después

Veinte años después y en circunstancias que yo regresaba de Buenos Aires, a bordo de uno de los buques de la carrera, no recuerdo si el "Minerva" o el "Apolo", a donde había ido piloteando un barco, me encontré con mi viejo amigo, el co-

ronel Vicente Maciel, quien viajaba acompañado de su suegro y de Leandro Gómez, hijo éste del general.

Pedí a Maciel que me presentase al joven Gómez, pues siempre tuve deseos de saber si se les había hecho entrega del recuerdo; y de boca del hijo del general, supe que Mujica había cumplido su misión entregándoles la barba que tanta marcialidad diera al enérgico rostro del bravo militar, que tan trágicamente muriera en la heroica defensa de Paysandú.

Flores y Tamandaré ante los fusilamientos

Conocida la noticia de los fusilamientos, ella fué comentada por elementos del mismo ejército revolucionario y del brasileño en forma muy desfavorable para sus ejecutores.

En el Estado Mayor del ejército vencedor, instalado a inmediaciones del puerto, se desaprobaba públicamente la ejecución realizada en forma tan anormal.

El general Flores, se mostraba muy indignado; y el almirante Tamandaré, decía, a gritos, que ese acto importaba un asesinato y que había que hacer un castigo ejemplar.

El jefe del movimiento revolucionario, en presencia de sus jefes y

oficiales y de los comandantes de los buques de guerra neutrales, que al cesar el bombardeo, habían desembarcado, hizo comparecer ante su presencia al mayor Bélen, quien dijo lo que le contestara el coronel Suárez, cuando le llevó los prisioneros.

—¿Pero el coronel le ordenó que los fusilara?

—Al decirme que cumpliera con mi deber, yo lo entendí así.

Lo que dijo el coronel Suárez

Y poco después, — prosiguió diciéndonos el señor Dugrós — se hizo comparecer a presencia del general Flores y del almirante Tamandaré, al coronel Goyo Suárez.

—Coronel, — le dijeron — se le acusa a Vd. de haber ordenado la ejecución de los prisioneros.

—Aunque yo no he dado en forma expresa la orden, asumo la responsabilidad de ella, y pueden pegárseme a mí, otros cuatro tiros.

Flores, se indignó, reprochando al coronel Suárez su conducta.

—¡Cómo! interrumpió Tamandaré, sin forma de proceso!!!

—Si, señor almirante.

El general Gómez había consentido que con mi madre y mis hermanas, hace siete años, se comette-

ran actos reprochables. Tenía hondos agravios que vengar.

Y dicen que Suárez relató a ambos jefes, lo ocurrido en aquella emergencia, para terminar preguntando a Tamandaré.

—¿Vd. en mi lugar, que hubiera hecho?

Y Echebarne, testigo presencial de este otro episodio también, — nos afirmó el señor Dugrós, — me dijo así mismo, que Tamandaré, inclinando la cabeza sobre el pecho, guardó silencio.

Después... ya se sabe lo que ocurrió.

Nada.

Los héroes de la defensa

Consideramos de interés, dar a continuación algunos datos biográficos de los jefes principales que cayeron en la defensa, unos al frente de sus soldados y otros ejecutados, en virtud de una orden abusiva.

El general Leandro Gómez, nació en la Ciudad de Montevideo, el 13 de Marzo del año 1811, dedicándose primero a la carrera del comercio; y entrando a la de las armas en 1837, con el grado de capitán de guardias nacionales.

El General Lucas Piriz era entrerriano, natural de Concepción del Uruguay, donde nació el 18 de Octubre de 1806, comenzando sus ser-

vicios en la República, en el año 1825, adhiriéndose de los primeros, al movimiento iniciado por los Treinta y Tres.

El Teniente Coronel Pedro Rivero, nació en Paysandú el 11 de Septiembre de 1829, siendo allá por el 43, Alcalde Ordinario y luego miembro de la Junta E. Administrativa del Departamento.

El Coronel Emilio Raña, nació también en Paysandú, en el año 1833, llegando a desempeñar el puesto de Alcalde Ordinario. Cuando la Defensa mandaba la línea del Este.

El Capitán Fernández, nació en Montevideo; y en su juventud formó parte del partido colorado. Más tarde, cuando la evolución política del 64, se solidarizó con el gobierno blanco y siguió en sus filas hasta su muerte.

El Coronel Tristán Azambuya, era brasilero de origen y sirvió con el General Oribe durante la Guerra Grande.

El Comandante Braga vió la luz en Mercedes.

BAJO EL BOMBARDEO

La línea de atrincheramientos—"El baluarte de la Ley".—Las promesas.—La realidad fué otra.—La pirámide de mármol.—El más tarde general don Juan José Díaz.—Una nueva esperanza.—Una heroina.—La mujer uruguaya.—Lo inevitable.—Casi fusilamiento.—La bandera caída.—El coronel don Eduardo T. Olave.

Tócanos ahora describir, aunque sea suscintamente, algunas notas respecto a la vida de los sitiados de Paysandú, durante los tristes días del asedio y bombardeo, sirviéndonos para bosquejarlas, observaciones recojidas por el señor Orlando Ribero, actor en la épica defensa y hechas públicas por el mismo en interesante opúsculo publicado en 1901, como así también de referencias que nos han hecho otras personas que fueron testigos presenciales de esos luctuosos acontecimientos y con quienes hemos hablado personalmente.

La línea de atrincheramientos

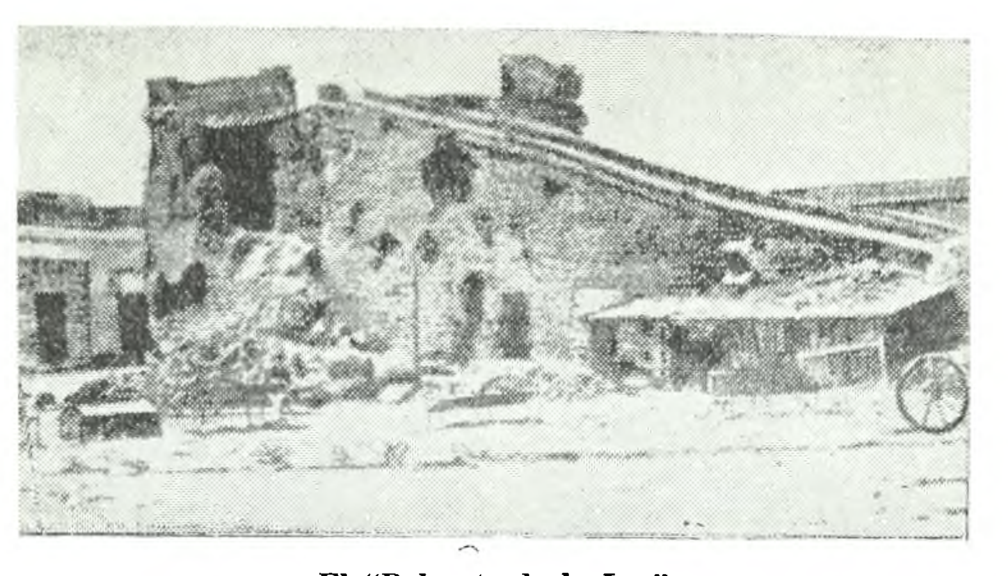
La línea de atrincheramientos de la ciudad de Paysandú, abarcaba un espacio de quinientos metros de Este a Oeste, por unos ciento sesenta a ciento ochenta, de Norte a Sur.

Las trincheras, levantadas con ladrillos asentados en barro, eran defendidas en su exterior, en las boca-calles, por zanjas de tres metros de profundidad, por otros tres de ancho. Obstruían ambos extremos de la calle 18 de Julio, altos muros formados por bolsas de lana; y en uno de ellos se levantaba además, sólido portón de hierro. Sobre los costados se habían practicado boquetes, en donde se emplazaron piezas de artillería, una de las cuales, mandada por el Sargento Mayor Fernández, de un tiro de metralla, barrió medio batallón brasilero que atacaba en columna.

Las trincheras principales, que tenían forma de semicírculo, se levantaban en los siguientes puntos: calle 18 de Julio, extremo Oeste; 8 de Octubre esquina Montevideo; Esquina de la Jefatura P. y de Policía, y 8 de Octubre esquina Monte Caseros, frente al Hospital.

Aparte de esas defensas se habían practicado aberturas en las paredes linderas de las casas, para que los defensores pudiesen hacer sus recorridos por los interiores de las mismas, sin exponerse a ser blancos de los disparos de los enemigos que acechaban.

Y sobre los exteriores de las casas se habían practicado troneras por las cuales disparaban sus armas, los hombres de los cantones.



El "Baluarte de la Ley"

El resto de las trincheras eran rectas, habiéndose utilizado también como tales, los cercos de pared, que fueron convenientemente arpillerados para tales fines.

Aparte de las defensas que hemos descripto, se había levantado en el extremo Este Sur de la Plaza principal, un torreón de ladrillo y cal, al que daba acceso una explanada que lo bordeaba por el costado Norte y Oeste, defensa ésta última que estaba defendida por seis piezas de artillería de calibres diversos, construcción que fué bautizada por Leandro Gómez, con el nombre de "Baluarte de la Ley".

Las promesas

Cuando el asedio, y antes de iniciarse el primer bombardeo, las autoridades militares de la plaza, con el fin de levantar el ánimo de los sitiados, dispusieron que todos los días, a la hora de pasarse "lista", lo mismo que a la de "retreta", por la noche, la banda de música recorriera la calle principal, desde la plaza, hasta la trinchera, ejecutando marciales marchas; y que las bandas lisas, también contribuyesen con sus alegres sones a dar esa nota de animación.

En la mente de los sitiados y no obstante las prevenciones del general Flores para el caso de resisten-

cia, y de la actitud que asumían los buques de guerra brasileños que se alistaban ostensiblemente para proceder al bombardeo, no estaba bien arraigada todavía la idea de que se procediera en consecuencia, porque algunos de los jefes y oficiales de las naves extranjeras neutrales anclados en el puerto, habían expresado con anterioridad a algunos militares de la guarnición, que ellos se opondrían de todas maneras a que los brasileños dispararan desde sus naves un solo tiro, sobre la plaza.

La realidad fué otra

Ello no obstante, la realidad fué otra.

El primer cañonazo disparado sobre la ciudad, se hizo sentir en el amanecer del 7 de Diciembre y correspondió a la artillería del general Flores, emplazada al Este, disparo que, un tanto desviado, explotó dentro de los muros de la Iglesia Nueva. Este cañonazo fué el precursor de otros que, a poco, eran lanzados desde distintos puntos de tierra y desde los buques brasileños, sin que la promesa a que ya nos hemos referido se cumpliera.

La pirâmide de mármol

En el primer día del bombardeo, una granada brasileña, destruyó la pirámide de mármol erigida en la Plaza Principal, que remataba una figura simbólica, representando a la Libertad.

El General Gómez hizo recoger una parte de la estatua y la regaló al almirante argentino señor Murature, que tan humanitaria actuación tuvo en los contecimientos que describimos, y cuya familia hasta no hace muchos años, poseía ese recuerdo.

El más tarde General Juan José Díaz

Dice el señor Orlando Ribeiro, refiriéndose a un episodio de la lucha:

. . . .

"Al acercarme al torreón, vi bajar aceleradamente por su explanada, al guardia nacional de Mercedes, Juan José Díaz, de camiseta de bayeta punzó y un morral de cuero de los que usaban para transportar cartuchos de pólvora para cañón, cruzado a la espalda, y con la cara negra del hollín de la pólvora. Preguntándole como lo veía en aquel traje (porque el jefe del torreón, Comandante Braga, lo había nom-

" brado su ayudante), me contestó:
" Si nos han muerto casi todos los
" negros artilleros. Nos quedan cua-
" tro para atender la única pieza
" que puede hacer fuego, y yo ten-
" go que hacer el servicio de subir
" los cartuchos. Me decía esto con
" la mayor calma, — afirma el se-
" ñor Ribero,—riéndose como si se
" tratase de lo más sencillo, por
" allá arriba. Este joven fué herido
" en su puesto de combate, en los
" últimos días de la defensa, en
" una pierna, por un casco de gra-
" nada."

El guardia nacional a que hace referencia el señor Ribero no es otro que el más tarde general don Juan José Díaz, que fué Ministro uruguayo en Francia y Ministro de Guerra y Marina durante la administración de Idiarte Borda.

Una nueva esperanza

Cuando el segundo asedio, los defensores de Paysandú cifraban grandes esperanzas en la acción del General Saa (Lanza Seca), a quien suponían en marchas victoriosas hacia el Norte, e ignorando consiguientemente que Máximo Pérez lo había detenido en el Río Negro. Y esperanzados en esa ayuda que nunca llegó y estimulados por las comunicaciones alentadoras que recibían del Gobierno, para que

continuaran resistiendo, la desigual lucha se intensificaba **día a día**, con mayores encarnizamientos.

Una heroína

Los heridos se multiplicaban por momentos; el hospital de sangre instalado en la Escuela Pública, con su salón largo y de altas ventanas, era insuficiente para contenerlos. Sólo se contaba con un médico, el doctor don Vicente Mongrel, quien sin el auxilio de ningún practicante ni enfermero, se veía en figurillas para hacer las curaciones.

Pero había que realizar intervenciones quirúrgicas mayores y de verdadera urgencia: las amputaciones de piernas y de brazos, casos que se presentaban en proporciones realmente alarmantes. Y cuando el desaliento empezaba a invadir a aquel abnegado y valiente médico, un espíritu de temple, el de una dama, voló en su auxilio.

La señora viuda del doctor Berengell, que había concurrido al hospital para ofrecerse como "cocinera" de los enfermos, viendo el triste estado de éstos y la crítica situación en que se encontraba el doctor Mongrel, amplió su ofrecimiento en el sentido de servir,—sobreponiéndose a sí misma—como auxiliar, en las dolorosas y múltiples amputaciones, asegurando los

miembros mutilados, mientras el médico operaba, falto de aparatos, falto de recursos y falto de comodidades.

La mujer uruguaya

Concedida por el general Flores una tregua solicitada por el general Gómez, con el fin de que pudieran salir del recinto algunas familias que hasta entonces se habían negado a hacerlo, prefirieron seguir la suerte de los defensores, las siguientes señoras: doña Rosa Rey de González, su señora madre doña Isabel Olaguibe de Rey, una sirvienta de éstas, doña Dolores Francia, doña Josefa Catalá de Ribero, doña Adelina Ribero de Aberastury, la ya nombrada viuda del doctor Berengell y sus hijas, que hacían la comida para los enfermos que se alojaban en el Hospital de Sangre, la esposa del capitán don Laudelino Cortés, doña Juana González de Aberastury y tres o cuatro mujeres de soldados.

Lo inevitable

Como ocurre siempre en todos los casos de atropellamientos e incertidumbres, Paysandú ofrecía también en tan críticas circunstancias, entre los mismos soldados defensores,campo propicio a los amigos de lo ajeno, para que pudieran ope-

rar con relativa impunidad, dado que, tanto la mayoría de las casas de comercio como las de particulares, habían quedado abandonadas.

Los robos, pues, empezaron a producirse.

El general Gómez, entonces, hizo publicar un bando previniendo que sería pasado por las armas todo individuo que fuera sorprendido en infraganti delito de robo.

Casi fusilamiento

Pocos días después, un soldado apodado "Ñorita", correntino, fué sorprendido en momentos en que se surtía de varios pares de botas, en la zapatería de Castells. Sometido a un consejo de guerra, se le condenó a ser fusilado al día siguiente, a las cuatro de la tarde.

En cumplimiento de la sentencia fué trasladado luego el reo, a una trinchera próxima al torreón, en donde se había instalado el banquillo, acompañando a Ñorita, en tan duro trance, el cura Bellando.

En el lugar destinado a la ejecución se encontraba el general Gómez, acompañado de varios jefes y oficiales; y como el reo pidiera como última "gracia" que se le permitiera hablar, el jefe de la Defensa, replicó al ayudante que le había trasmitido el pedido:

—"Que hable. Pero si llega a excederse en sus manifestaciones, que redoblen los tambores."

"Ñorita", que no obstante ser amigo de lo ajeno, era todo un valiente, ascendió al torreón sonriente y con paso firme, para desde allí hablar en los siguientes términos, más o menos:

'—Compañeros, que este castigo les sirva de ejemplo, para que nunca olviden las órdenes que da nuestro valiente general. Hay que defender a la patria hasta morir; yo, por mi desgracia, no puedo seguir haciendo fuego a los "macacos".

—General,—gritó enseguida:—permítame hacer el último disparo de cañón.

Pero el general Gómez no accedió a esta demanda.

En esos momentos estalló una granada en una de las casillas de madera construídas sobre la torre, que servían de refugio a los vigías, yendo una de las astillas a herir seriamente en la cara, al capitán Francisco Peña, que estaba en esos momentos, de observación.

Peña descendió entonces de la torre, corriendo hasta donde se encontraba Leandro Gómez, imploró:

—General: Por esta sangre que corre por mi cara pido gracia para el reo.

—Sí, capitán, ya le ha sido concedida.

Y así era en efecto, porque Lucas Píriz y otros jefes ye la habían obtenido anteriormente, pero a condición de que el reo habría de llenar, ignorándolo naturalmente, todos los requisitos, excepto el de la ejecución, impuestos por el Consejo de Guerra.

Recién en el banquillo, supo "Ñorita" que volvía a la vida...

La bandera caída

La bandera que flameaba sobre la media naranja de la Iglesia, había caído al golpe de una bala de cañón. Pero, la bandera tenía que continuar flameando allí mismo, para que su desaparición no fuese interpretada como señal de desaliento.

Aquello era, sencillamente, una locura.

Y surgió un guapo: el teniente Encina, qüien desafiando el peligro de las balas que repiqueteaban a su alrededor, cruzó por sobre toda la bóveda de la nave central y ascendiendo por la escalera que remataba en la parte superior de la media naranja, volvió a colocar en su sitio, la enseña de la patria. A poco de haber bajado Encina y cuando ya de regreso cruzaba nuevamente la bóveda, una nueva bala de cañón horadó el piso a sus mismos pies. La conmoción por un

lado y el abismo que se le abría tan inopinadamente, lo hizo tambalear, pero reaccionando súbitamente, pudo llegar a tierra, momentos después, sano y salvo.

Este joven oficial vino a morir años más tarde (Revolución de Aparicio, de 1870), al frente de una "partida", a manos de unos matreros que se ocultaban en los montes del río Tacuarembó Grande.

El coronel Eduardo T. Olave

Rendida la plaza y hechos los prisioneros por distintas fuerzas, no fueron pocos los jefes colorados que salvaron la vida a muchos de los rendidos, que habrían sido víctimas de los mal entendidos odios de algunos desalmados.

Entre aquellos puede contarse el coronel Monteiro, que salvó y dió libertad, entre otros, a los hermanos Ribero, y al valiente coronel don Eduardo T. Olave, de quien nos hemos ocupado en el tomo I de "Recuerdos y crónicas de antaño", al referirnos a los asesinatos de Flores y de Berro, quien en la ocasión que ahora nos ocupa y haciendo una vez más honor a su valor, a su hidalguía y a sus sentimientos humanitarios, sacó del brazo de entre un grupo de prisioneros, a su amigo el capitán Adolfo Arata, no abandonándolo hasta que pudo ponerlo en salvo.

Fortunato Flores, que más tarde llegó a general y que, por aquel entonces era capitán, se hizo cargo también del comandante Aberastury, acompañándolo a su casa de la plaza, en donde se encontraban con la intranquilidad que es de imaginarse, la madre y la hermana del citado Aberastury.

CON DOÑA BASILIA REY DE GONZALEZ

Presentación. — Explota una granada. — Con bandera de parlamento. — Ante el general Flores. — Grata comisión. — Retornando al hogar. — La conducta de la tropa. — Un poncho de vicuña.

Quien es la dama

Una vieja amistad que nos une con la familia de don Pedro Aramburú, hermano que fué del ilustrado abogado del mismo nombre, e hijo político de la dama que hoy presentamos, nos facilitó la entrevista que mantuvimos días atrás con la venerable señora doña Basilia Rey de González, emparentada con jefes y oficiales que actuaron como defensores de Paysandú y testigo ella misma de algunos episedios de aquella epopeya.

La señora Rey de González, es persona de clara inteligencia y que se conserva fuerte, espiritual y físicamente. Su cerebro rebelde todavía a esos toquecitos que traen aparejados los años y que en mal o buen romance, se llama chocheces, se conserva fresco y alegre.

Fuimos a visitarla a su casa de la calle Martí No. 14, en Pocitos; y a poco de haber hablado algunas

cosas sobre temas triviales, iniciamos nuestro reportaje.

—¿Su edad, señora?... Y perdónenos nuestra curiosidad. Creemos que cuando los años se llevan así como los lleva usted tan esbeltamente, ellos no han de serles muy pesados.

Y misia Basilia rió picarescamente.

—Bueno, nos dijo, así como al desgano, pero con toda malicia. Póngame setenta años.

—¡Señora, por Dios!... ¡No tan pocos!... Estamos dispuestos a transar, pero no en forma tan desventajosa para nosotros. Tenga en cuenta que cuantos más años pongamos a los informantes, el lector dará mayor valor a nuestras narraciones...

—¡Pero, hombre! ¡Si tengo hasta biznietos! Siete biznietos, agregó llena de orgullo. Pero, no les digo mi edad. Tómense el trabajo de sacar la cuenta. Nací en el año 1839. ¿Conformes ahora?

—Muchísimas gracias por la "discreción".

. . . .

—Cuéntemos algo del sitio de Paysandú, señora.

—Por entonces era yo viuda de don Lindoro González y vivía con mi madre y mis hermanas con frente a la Plaza de Paysandú.

Recuerdo que el primer bombardeo empezó antes de las ocho de la

mañana, terminando a las cuatro de la tarde.

—¿Y porqué no se fueron ustedes de la plaza? Acaso los sitiadores no previnieron que bombardearían la ciudad?

—Sí, que lo previnieron; pero nadie creía que lo hicieran, talvez confiando en las versiones que corrían, de que los demás buques de guerra neutrales surtos en el puerto, se iban a oponer a ello.

Pero, cuando Flores con su ejército abandonó el asedio, después del primer bombardeo, vino hasta casa el comandante de la cañonera inglesa cuyo nombre no recuerdo, para aconsejar a mi cuñado Torcuato González, Sargento Mayor de Leandro Gómez, que hiciera salir a su familia de la plaza, porque la iban a bombardear nuevamente y con mayor intensidad, ofreciéndole a la vez para lo suyos, hospitalidad a bordo de su nave.

Aparte de mi cuñado, prestaban también servicios militares dentro de la plaza en calidad de tenientes, mis hermanos Manuel y Exequiel, quienes felizmente, salieron al final, bien del trance.

Explota una granada

Cuando el primer bombardeo fuimos a guarecernos, por su invitación, a casa del cónsul francés, señor Miramont, en donde cayó

una granada de las disparadas desde abordo, uno de cuyos fragmentos fué a herir en la cabeza a mi hermana Rosa casada con Torcuato González hermano de mi esposo.

—¿Y fueron abordo?

—Yo con mi hermana Isabel y dos hijitas, una de cada una, después que cesó el primer bombardeo. En cambio prefirieron correr la suerte de los defensores, mi señora madre doña Isabel Olaguibe de Rey, mi hermana Rosa y una de las sirvientas que teníamos.

Vivimos abordo de la cañonera inglesa con otras familias, mientras duró el segundo bombardeo; y sólo bajamos a tierra, cuando la situación de la ciudad, que ofrecía un tristísimo aspecto de ruinas, se había normalizado lo suficiente, como para que pudiésemos estar en ella, sin sobresaltos.

—¿Tuvo usted alguna participación en los sucesos?

No, señor. No obstante ser muy blanca, no tomé ninguna parte activa en nada.

Con bandera de parlamento

—¿Pero usted no fué quien habló con el general Flores, pidiendo la libertad de los prisioneros?

—Escuche: A poco de haber sido tomado prisionero Leandro Gómez y rendido consiguientemente

la plaza, en medio del tumulto y cuando todavía sonaban algunos tiros, mi hermana Rosa que ya se había restablecido de la herida recibida, enarbolando una toalla en un palo de escoba y seguida por nuestra fiel sirvienta, trató de encontrar a su esposo y a nuestros hermanos, siendo informada entonces que, sanos y salvos habían caído prisioneros.

Ante el general Flores

Así se le presentó al general Flores, para pedirle la libertad de los prisioneros; y aquel, con toda cortesía, la felicitó por su valor y porque tanto su esposo como sus hermanos, habían escapado ilesos en la ruda contienda.

—Los defensores, — le dijo Flores, — como buenos orientales, han demostrado ser muy valientes en tan larga resistencia; pero ante la enorme superioridad de nuestras fuerzas debieron haberse rendido para evitar tanto derramamiento de sangre noble y los destrozos ocasionados en la ciudad.

Mi hermana Rosa, respondió entonces al general vencedor, que al ver flamear la bandera brasileña al lado de la nuestra, los defensores habían jurado sucumbir defendiendo la plaza.

Como la conversación se encauzaba por un giro delicado, intervi-

no un señor Beltrán, — militar, — que tenía ascendiente sobre Flores y hablando de otras cosas, terminó reforzando a poco, el pedido que formulara mi hermana.

Grata comisión

—Bueno señora, dijo Flores. Tome el brazo del almirante Tamandaré y la acompañaremos hasta donde se encuentran los prisioneros.

Con no poca alegría, pues, mi hermana se trasladó acompañada por ambos jefes a la "azotea del general Gómez", edificio que quedaba en las afueras de la ciudad, sobre la cuchilla, en donde se había alojado al numeroso grupo de prisioneros, entre los cuales se encontraban mis hermanos y mi cuñado, el esposo de Rosa.

Cuando se hizo abrir la puerta de la pieza en donde se encontraban asegurados los prisioneros, Flores les hizo presente que quedaban en libertad; y a pedido de sus demás compañeros de infortunio, Torcuato pronunció algunas palabras agradeciendo la gracia que se les dispensaba, terminando todos por dar un viva.

—¿A quién?

—A Flores.

Retornado al hogar

—Su hermana volvió a hablar con el general Flores?

—Es verdad. Después de la libertad de los prisioneros; y en tal oportunidad aquel pidió a Rosa, que fuéramos a vivir nuevamente a nuestra casa de la plaza, que había sido abandonada antes del primer bombardeo, con el fin le dijo, — de que las familias, tomando su actitud como ejemplo, volvieran con tranquilidad a sus hogares; y muy especialmente las que se encontraban alojadas tan malamente, en una isla de las proximidades de Paysandú, que desde entonces quedó bautizada con el nombre de "Isla de la Caridad".

—¿Cómo encontraron su casa señora?

—Poco menos que en escombros. ¿Vé este piano que está aquí? Pués éste fué víctima también del bombardeo. Cuando, lo encontramos estaba cubierto de escombros.

Y entonces fué que observamos un hermoso piano de cola, de los de mayor formato, con incrustaciones de bronce, que, no obstante sus mucho años y la sacudida que tuvo que soportar en Paysandú, sirve con toda eficacia a la tercera generación de nuestra distinguida reporteada.

La conducta de la tropa

—¿Cómo se condujo la tropa cuando penetró a la ciudad conquistada?

—Los uruguayos se portaron bien; en cambio los brasileños robaron de todo. Esto en cuanto a la soldadesca, porque la oficialidad era buena, hay que reconocerlo. Recuerdo perfectamente bien, que a poco de estar instaladas en nuestra casa, recibimos la visita de dos jefes brasileños, quienes nos pidieron agua, no obstante temer que pudiera estar ella envenenada, porque corría la voz de que se habían echado sustancias nocivas en todos los aljibes.

Al ver dichos militares que algunos soldados de su nacionalidad, pasaban por la acera con objetos, ellos preguntaron a varios:

—¿Quién les dió "eso"?

A lo que los interrogados, como obedeciendo a una consigna, respondían invariablemente:

—Colorados dieron.

Un poncho de vicuña

—¿Otro episodio?

—Hombre! Recuerdo el siguiente:

Atanasio Ribero, hijo del dueño de la casa en donde fué fusilado Leandro Gómez, era, como sus her-

manos, oficial de guardias naciona-
les en la Defensa.

Tomado prisionero por un grupo de los atacantes, quisieron fusilarlo sobre la marcha, pero antes, uno de los del grupo pretendió quitarle un poncho de vicuña.

—No, dijo resueltamente Ribero. El poncho no me lo dejo quitar. Después que me maten, tómelo quien quiera.

Fué tal el aplomo con que habló el prisionero, que uno de los vencedores, indiscutiblemente el más valiente de todos los del grupo, interviniendo en la conversación dijo con aires de autoridad:

—No maten a este petizo, — muchachos, — que es un valiente.

Y Atanasio Ribero, que era efectivamente bajo de estatura, salvó así la vida, negándose a entregar su ponchito de vicuña.

CON EL AYUDANTE DEL CORONEL AZAMBUYA, DON ILDEFONSO FERNANDEZ GARCIA

Oficial de uno de los Treinta y Tres Orientales — La presentación — Episodios del bombardeo — El último día — Como murió Azambuya — El "Ancla Dorada" — Con Leandro Gómez — Vuelta al cantón — Prisionero — Ante Flores y Tamandaré — Libertad incondicional — "Cariños que matan" — Riñones asados — En el flete de un jefe colorado — Poniendo río por medio

Indicación oportuna

Un bueno y distinguido amigo, muy aficionado a las cuestiones históricas y que sigue con marcado interés estas crónicas, — el ilustrado compatriota doctor don Daniel García Acevedo, — nos dijo recientemente:

—Ese interesante capítulo que sobre el bombardeo y toma de Paysandú viene publicando usted en EL DIARIO, no puede quedar terminado, si antes no habla con un viejo tío mío, don Ildefonso Fernández García, criollo de pura cepa, que actuó como oficial en la defensa de aquella histórica ciudad.

—No ha perdido la memoria su hombre?

—¡Qué esperanza! Es un roble. Y por otra parte, un señor sumamente simpático.

—¿Nos lo presenta, entonces?

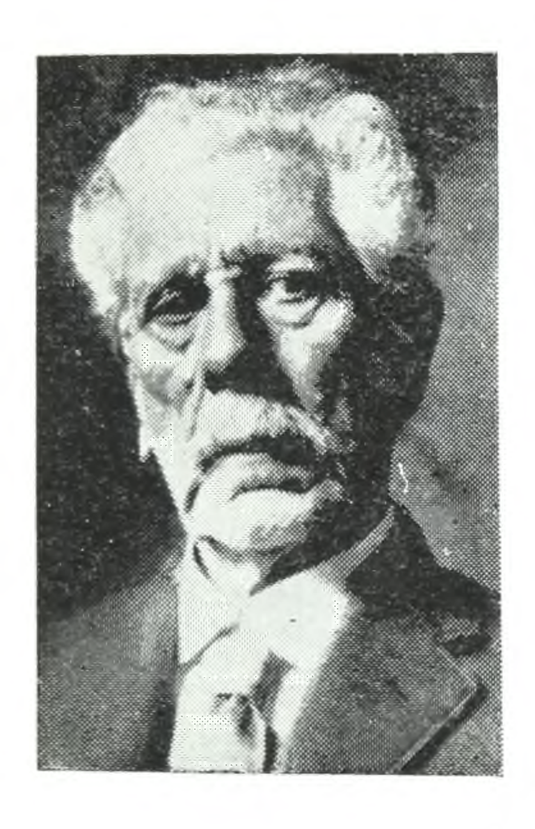
—Con el mayor placer.

Con el viejo oficial

Don Ildefenso Fernández García, es un señor alto, de andar pausado,delgado, y sumamente amable. No bien nos sentamos a su lado, y antes de encender el suyo, nos ofreció un cigarrillo de papel, que no aceptamos porque nuestra salud difiere fundamentalmente de la de todos estos viejos con quienes cultivamos tan amena amistad todos los días.

Impuesto del motivo de nuestra visita, nos dijo don Ildefonso con exquisita amabilidad:

—Mire, mi buen amigo Yo no quiero exhibicionismo ni reportajes. Lo sé empeñado en una labor patriótica, como indiscutiblemente lo es la de hacer la historia del Pais, y eso me basta. Le daré todos los datos que pueda proporcionarle, pero así, en forma confidencial y anónimamente para quienes los lean. Y tuvimos que explicar a este nuevo amigo, que, el valor de nuestras informaciones, radica precisamente en la garantía que dá la palabra de los informantes.



Don Ildefonso Fernández García, que fué ayudante del coronel Azambuya

—Bien; entonces procedamos como a usted le parezca. ¿Qué es lo que desea saber?

—Su edad, en primer término.

—¡Caramba! ¿Y para qué? . . . y cuatro años. . .

—¿Cuántos?

—No. ¡Qué ochenta y cuatro! Rectifique. Sería mentir. He cumplido ochenta y tres años.

—Muy bien. De filiación política, nacionalista. . .

—No, señor.

—¿Cómo. . .?

—Blanco oribista.

—Cuéntenos su actuación en Paysandú.

—Inicié mi carrera militar como oficial de un regimiento de caballería destacado en Tacuarembó, bajo los órdenes del coronel don Ramón Ortiz, que había sido uno de los Treinta y Tres Orientales.

Más tarde y al fallecer Ortíz pasé a servir con el coronel Azambuya, Jefe P. y de Policía de aquel departamento, — de quien fuí ayudante con el grado de teniente primero antes del sitio y de capitán, durante el asedio.

Contra la invasión de Flores

Como ya por Noviembre o Diciembre del 63, — prosiguió diciéndonos el señor Fernández García, — se anunciaba el desembarco de Flo-

res por la Agraciada, el Gobierno dispuso que nuestro regimiento bajara hasta ese paraje, para estar allí en observación de lo que pudiese ocurrir, Pero, como el desembarco no se produjo, regresamos nuevamente a Tacuarembó, de donde volvimos a salir para recorrer el Norte del Río Negro, dado que el estado de la situación, ante la amenaza constante de la invasión de Flores era un tanto inquieta.

Y así pasó el tiempo hasta que, un buen día después de la batalla de Las Cañas en la cual el general Diego Lamas fué batido por Flores, recibimos orden del general Leandro Gómez, que era el jefe superior de las fuerzas al Norte del Río Negro en sustitución del citado Lamas que había pasado a otro destino, de reforzar con la división de Tacuarembó, la guarnición de la ciudad de Paysandú.

—Perdón. ¿Cuántos hombres formaban la división?

—Phsss, — pocos,—éramos muy pocos!!...

—Más o menos...

—A trescientos, yo creo que no llegábamos. Sí, algunos más de dos cientos cincuenta...

Y bien; a los dos días de estar allí, empezó el baile, con la llegada del ejército del general Flores.

Decirle como se peleó, es cosa por demás sabida y que usted ha

de conocer perfectamente bien. Los defensores seríamos unos mil hombres, de los cuales quedamos en pie, al rendirnos, unos cuatrocientos más o menos.

—En efecto. Nos interesa enterarnos de hechos que le sean personales...

—Entre los defensores de la plaza, tenía a mi hermano Rafael, oficial también, que vino a morir en el último día de pelea. El coronel Raña, de quien mi hermano era pariente político; próximo a morir a consecuencia de heridas recibidas, lo mandó llamar para hacerle algunas recomendaciones, sin duda; — pero ni bien se despidió de aquel jefe y en circunstancias que cruzando la bocacalle de la esquina de la plaza, frente a la Botica Legal, dirigía sus pasos hacia el lugar en donde tenía que proseguir prestando sus servicios militares, fué alcanzado por una bala que hiriéndolo en el vientre, dió con él en tierra, muriendo casi instantáneamente.

La muerte de Azambuya

—¿En qué circunstancias murió su jefe, el coronel Azambuya?

—Poco antes de caer rendida la plaza.

Nosotros ocupábamos la línea del Portón con frente al Río, de la cual era cantón avanzado el edifi-

cio del comercio denominado "El Ancla Dorada", una tienda, si la memoria no me es infiel; — y yo, en mi carácter de ayudante, tenía que salir frecuentemente del cantón, para llevar y traer novedades e instrucciones. El último día arreciaron de parte de los sitiadores, los fuegos, tanto de artillería como de fusilería; — y tan de cerca peleábamos que la distancia en nuestro radio de acción, ya que peleábamos de vereda a vereda no sería mayor de ocho a diez metros.

De manera, pues, que en ese día, era aquello una verdadera lluvia de balas. Yo, joven y ágil, esperaba algunos segundos de tregua para hacer mis salidas o entradas a todo escape y tratando de ofrecer el menor blanco posible a la visual de mis enemigos.

Bajo este estado de cosas, al coronel Azambuya, que ya era hombre entrado en años, y que no podía tener consiguientemente mi agilidad, se le ocurrió pasar al "Ancla Dorada" con el fin, — dijo, — de imponerse personalmente de cómo pasaban las cosas por allí.

—No pase, coronel, porque lo queman. Usted no puede escurrir tan fácilmente el bulto como yo, le dije. Mire que ese claro es un verdadero diluvio de balas.

—Estos no son momentos de cuidarse, ayudante, me contestó.

Y uniendo la acción al pensamiento, trató de satisfacer sus deseos; — pero ni bien se desprendió de la pared que nos resguardaba y ofreció así blanco a las balas, cayó fulminado como por un rayo.

Entonces yo, que lo seguía, guarecí mi cuerpo todo lo que pude detrás de la pared y estirando los brazos cogí una pierna del cadáver, arrastrándolo así hasta la valla protectora, con el fin de que su cuerpo no fuera masacrado por nuevos proyectiles.

Con Leandro Gómez

Como tenía que llevar a la Comandancia esta noticia, tomé las precauciones que había adoptado anteriormente, y pude, minutos después, trasmitir a Leandro Gómez, la triste nueva, como así también la de la muerte del comandante Ribero que fué quien trajo del Salto al "Villa del Salto" y que había caído segundos antes.

El jefe de la defensa me pidió datos entonces de cómo habían ocurrido los hechos y respecto a dónde se encontraba el cadáver de Azambuya. — Cuando hube satisfecho su orden, me dijo:

—Muy bien; vamos para allá.

—Es imposible, señor general, que Vd., pueda llegar hasta el cantón.

—¿Por qué, ayudante?

—Porque aquello es un infierno de balas. Lo matan general, con toda seguridad; y Vd. se debe a la defensa de la plaza y a nosotros.

Leandro Gómez, recapacitó por breves instantes y me ordenó.

—Vaya Vd. entonces; y traígame los documentos y cosas de valor que pueda tener en su poder el coronel Azambuya

Y volví a pasar otra vez por aquella verdadera lluvia de balas, que nos venían de todas direcciones.

Cuando volví a la Comandancia con un reloj con cadena y algunos papeles que habían correspondido a mi jefe y se los entregué a Leandro Gómez, éste se encontraba en esos momentos redactando la contestación a la nueva intimación de rendición que le había hecho el general Flores y que la escribía Atanasio Ribero.

Cumplida esa misión retorné inmediatamente a mi cantón, en donde no estuve mucho rato más, porque los sitiadores, haciendo irrupción, nos cercaron y tuvimos que rendirnos.

—¿En qué circunstancias vió por última vez a Leandro Gómez?

—Cuando lo llevaban a él y a los demás que fusilaron más tarde, rumbo a lo de Ribero.

—¿Quién o quienes los llevaban?

—El entonces mayor Belén, un sobrino suyo de apellido Rodríguez y otros oficiales y soldados más.

—¿Y a Vd. quien lo tomó prisionero?

—Los brasileños. — Me agregué a un grupo de compañeros de infortunio y después de llevarnos de aquí para allá, nos condujeron hasta la "azotea de Gómez", en donde fuímos encerrados dentro de una pieza. Esta etapa de los sucesos de Paysandú, ocurrió de ocho y media a nueve de la mañana, más o menos.

El general Flores ante sus prisioneros de guerra

Después de mediodía llegaron hasta el local en donde nos encontrábamos los prisioneros, el general don Venancio Flores y el almirante Tamandaré. Nos hicieron ir a donde ellos se encontraban, y allí Flores, dirigiéndonos la palabra, nos reprochó la resistencia que habíamos hecho, acto que calificó de inútil y con la agravante de que había costado tantas vidas, dando lugar también a que se convirtiese poco menos que en ruinas a la ciudad.

Nosotros oíamos sus palabras en medio de un profundo silencio, ignorando en esos momentos cuál sería la suerte que el destino nos deparaba.

Y Flores siguió hablándonos en tono paternal, lamentándose de nuevo de tanta sangre derramada inútilmente, por culpa — dijo — del capricho de los jefes de la plaza, cuan-

do estaba visto por adelantado que toda resistencia sería inútil.

Ustedes se han portado como verdaderos valientes. Son soldados, y, como tales, han cumplido con sus deberes. No les dirijo por ello ningún reproche. Al contrario.

Quedan ustedes en completa libertad de ir a donde mejor les plazca, — prosiguió diciéndonos. — Si quieren emigrar, háganlo en buena hora; pero mi deber es aconsejarles que se queden en el país, con sus paisanos. En el extranjero se pasan muchas privaciones y muchas amarguras. Yo, que he tenido que pasar por tan duro trance, estoy facultado para hablarles en esta forma.

Quienes estén dispuestos a emigrar, no obstante lo que les acabo de decir, ahí está el Batallón de Marina para que los acompañe hasta el puerto.

Los que quieran salvo conductos para dirigirse a cualquier punto del país, no tienen nada más que pedirlo.

Ya lo saben, compatriotas: Están en completa libertad y con toda clase de garantías.

Palabras del almirante Tamandaré

En seguida que terminó de hablarnos el general Flores, el almirante Tamandaré también hizo lo propio, pero dejando en nuestro ánimo una sensación muy distinta a la que nos produjeran las palabras del

general Flores, quien nos devolvía la libertad sin ninguna clase de reservas ni limitaciones.

Tamandaré, en efecto, inició su peroración, diciéndonos que "ficaba intendido que "os senhores nao poderam tomar participacao na guerra do Paraguay com o Imperio do Brazil", — pues conviene aclarar que los paraguayos ya habían atacado a los brasileños en su propia tierra, por el lado de Matto Grosso.

—¿Cuál fué la actitud de Flores en la emergencia?

—Se calló la boca, dejando así subsistente, sin limitaciones, la orden de libertad.

—¿Vds. vivaron entonces al general Flores?

—Al menos, mientras yo estuve allí, no. Después no sé; porque ni bien nos dieron la libertad yo traté de dar cuanto antes con el cuerpo de mi hermano Rafael, que había caído en la mañana de ese mismo día y en las circunstancias que ya le dije anteriormente.

Ultimos aprietos

—Pero... ¡vea lo que son las cosas! — prosiguió diciéndonos el señor Fernández García: — cuando marchaba hacia la ciudad para recoger a mi hermano y hacerle dar sepultura, un comandante seguido de algunos soldados me atajó...

—¿Quién era ese comandante?

—No lo sé. Era un tipo de paisano y correspondía a la División del Durazno... Mire amigo: yo andaba hecho un pobre diablo, sucio, con el cabello tan largo que me caía sobre los hombros. Más que oficial parecía un perdulario... ¡Yo que sé! Con decirle que me habían "carchado" hasta la ropa cuando caí prisionero!!!!

—¿Para dónde vas?, me preguntó el jefe colorado.

—El general Flores me acaba de dar la libertad y vuelvo para la ciudad...

—No, hombre, que vas a irte. Tu te vienes conmigo, que lo vas a pasar mejor.

¡A ver...!! Montá "en ancas" de aquel soldado, terminó diciéndome.

Y como el soldado indicado por el comandante arrimara su pingo, yo creí prudente obedecer sin chistar.

Me llevaron al campamento; y allí, el propio comandante, me regaló una bombacha que me quedaba corta y un sombrero con divisa colorada, prendas de vestir que me puse de inmediato.

—¿Y la divisa colorada la dejó colocada en el sombrero?

—¿Y entonces!!!...

Recuerdo perfectamente bien, que en tales circunstancias realmente críticas para mí, ví que en-

tre unos asados que doraban lentamente sus costillares junto al fuego, —unos riñones revolcados sobre las brasas, estaban invitando a que se les comiese. No sé si el comandante habrá leído en mis ojos que estaba con hambre, porque al mismo tiempo que yo pensaba en lo sabrosos que me resultarían los riñones, cuyo olorcito me cosquilleaba en las narices, aquel me dijo:

—Vení; vamos a comer esos riñones, para que después no salgás diciendo que no se te ha dado de comer...

Receloso, hasta entonces, me di cuenta recién, que el comandante de marras era un buen paisano a quien había gustado mi estampa para que sirviera con él, porque me decía a cada momento que me quedara, vaticinándome que lo iba a pasar muy bien y que, a su lado, haría carrera.

—¿Y usted, señor Fernández?— inquirimos.

—Yo contestaba con evasivas, pero el hombre era tenaz.

El recuerdo de mi hermano por un lado y mi propia situación por otra, me tenían realmente abatido.

—Pero... ¿qué te pasa? — me preguntó de pronto el jefe colorado.

Y le conté entonces lo de mi hermano, expresándole los deseos que

tenía de verlo por última vez y darle sepultura.

—Pues vas y cumples con tu deber de hermano. Yo te doy mi caballo ensillado.

Momentos después, galopaba rumbo a la ciudad, para llenar la triste misión que me movía hacia allí.

Como llevaba divisa colorada, no tuve que vencer ningún obstáculo.

—¿En la ciudad reinaba ya completo orden?

—¡Qué esperanza, señor! ¡Saqueaban las casas!...

—¿Los soldados brasileños?

—Brasileños y orientales..

De nuevo con el comandante

—Luego que hube dado sepultura al cadáver de mi pobre hermano Rafael, monté nuevamente a caballo y varias veces estuve tentado de escaparme; pero me lo impedía el escrúpulo de tener que fugar, llevándome el caballo y el apero del comandante, que al final de cuentas me había tratado tan bien.

Y volví al campamento.

—¿Qué tal, amigo, cómo le ha ido.—me preguntó.—¿Cumplió su misión?

—Es verdad, comandante y le estoy muy reconocido.

—Bueno... ¿Entonces te quedarás ahora conmigo?

—Vea, comandante.. Ando medio estropeado, cansado... ¡Qué sé yo!...

—No l'hace... Ya te compondrás...

Río por medio

Hablamos un rato más y después le pedí autorización para que me permitiera bajar hasta el río, con el fin de darme un baño, a lo que el comandante accedió de buen grado.

Allí en la playa me encontré con mi compañero el capitán Benjamín Olivera, que se encontraba en situación análoga a la mía con otro jefe colorado; y cambiando impresiones mientras higienizábamos nuestros cuerpos, convinimos en que teníamos que escaparnos de cualquier manera, porque no podíamos claudicar de nuestras bien arraigadas convicciones.

Las últimas palabras que cambiamos con Olivera, fueron las siguientes:

—Mañana al oscurecer nos encontraremos en aquel montecito, para de allí seguir hasta el Saladero "La Blanqueada".

Y al otro día fuimos exactos a la cita.

De "La Blanqueada" emigramos al día siguiente a la Argentina, cruzando el río Uruguay.

CON DON MARIO R. PEREZ

La ascendencia de don Mario. — Los blandengues de Artigas. — Rumbo al Paraná Guazú. — Descubiertos. — Banquete a tiempo. —Compromiso que no se cumple. —Con barra de grillos. — A punto de naufragar. — Deseo cumplido. — En Junta de Guerra. — Coquimbo. — Los tres hermanos Valiente. — Viejos conocidos... pero... — Lanza contra lanza. — En entrevero. — Formando ejército.—Más acciones.—Frente a la Florida. — Los amoríos de Venacio. — En su puesto. — ¡Al asalto! — El teniente Rovira. — "Ha hecho usted bien, Bustamante'. — Atacantes y defensores. — Los prisioneros. — Una excepción. — Un triste recuerdo. —¡Nadie pedía clemencia! — Esfuerzos malogrados. — En Paysandú. — Rodeados. — La orden de fusilamiento.

Don Mario R. Pérez

Desde hace algunos años habíamos perdido de vista a don Mario R. Pérez, persona que hasta edad muy avanzada había ejercido la profesión de corredor de Bolsa. Y como lo sabíamos hombre de destacada actuación en nuestras luchas, averiguamos su domicilio para ha-

cerle un reportaje sobre la Cruzada Libertadora y el Bombardeo y Toma de Paysandú, en cuyos sucesos actuó el señor Pérez como oficial y pro - secretario del jefe revolucionario General Don Venancio Flores.

— Está ciego, — nos dijeron — pero conserva su inteligencia despejada y su espíritu lleno de las altiveces, que fueron una de las características de este viejo batallador.

La ascendencia de Don Mario

Nos hicieron pasar a la sala; y a poco de estar en ella, sentimos que de las piezas interiores se aproximaban unos pasos cortos, como vacilantes, acompañados por el golpeteo del regatón de un bastón que daba nerviosamente en las tablas del piso; — y luego una mano que exploraba sobre el tablero de la puerta de comunicación en busca del pestillo.

— Efectivamente está ciego, pensamos.

Y apareció la simpática silueta de Don Mario, con sus bien nutridas patillas blancas y lujuriante cabellera.

Le averiguamos su vida.

Nacido en 1836, tiene nuestro hombre en la actualidad la muy respetable suma de ochenta y seis años, sin más achaques que el

de la ceguera. Su voz, la conserva enérgica, clara, voz de hombre acostumbrado a mandar. En una palabra: no tiene esa voz cascada que es peculiar en todas las personas que llegan a la vejez.

Es hijo de Don Lorenzo Justiniano Pérez, Constituyente del año 30 y Presidente de la República por breve término, como Presidente del Senado, y que era primo hermano del General Artigas.

Fué madre de Don Mario, la señora Teresa Conde de Pérez, hija del comerciante de esta plaza don Miguel Conde, a quien llamaban "El galleguito de las medias de seda", porque por aquella época en que se usaban calzones cortos y medias largas, las llevaba aquel, de tejido de esa calidad.

Don Miguel, que aparte de ser Conde de apellido, era conde también por abolengo, parece que en su país de origen fué un tanto calavera y jugador, razón por la cual, un buen día, su señor padre, llamándolo a cuentas le dijo:

— Amiguito: Aquí tiene Vd. tantos pesos fuertes. Y como no ha querido enmendar su conducta desarreglada, váyase a América, establézcase allá, dignifiquese con el trabajo y no vuelva a España hasta que se haya convertido en hombre de provecho.

Y Don Miguel que fuera de toda duda, tendría mucho de filósofo y mucho también de inteligente, empleó el capital que le diera su padre en establecerse con un registro, en vez de dilapidar su dinero en jugarretas, como lo había hecho cuando contaba con el amparo de su padre, —a cuyo fin levantó un edificio en la calle 25 de Mayo entre Misiones y Zabala, finca que más tarde llegó a ocupar la renombrada Confitería Oriental, de Narizano.

Los Blandengues de Artigas

Como abuelo paterno, nos ofrece también Don Mario, ilústre abolengo patricio.

Don Manuel Pérez, oriental, hijo de españoles, comerciante que fué quien formó de su peculio, el Regimiento de Blandengues para las luchas por la libertad de la Patria, — ocultando la gente que lo constituía, en su chacra del Pantanoso, — unidad que por disposición expresa de su creador Don Manuel, fué mandado por sus nietos, el más tarde inmortal Artigas, como primer jefe; y por Fernando Otorgués que tanto ayudó en sus campañas al Libertador, como segundo jefe.

"Yo no he criado hijos para gauchos"

— Cuéntenos algo de su vida Don Mario.

— ¿Y por donde empezamos? ¡Es tan larga mi vida!...

— Por donde Vd. guste... Por sus primeros años...

— Bueno, muy bien. Mi padre, Don Lorenzo Justiniano Pérez, se ocupó siempre de hacernos dar sólida instrucción; — y jamás consintió en que nos sentásemos a la mesa, sin ir correctamente vestidos y perfectamente peinados. Sobre estos dos puntos era también severamente intransigente.

Pero como yo tenía otras inclinaciones, las de la vida campera, me mandó a Buenos Aires como empleado de su cuñado Fernando Fein, padre del doctor Carlos A. Fein, que tenía allí casa de comercio.

La estada en Buenos Aires, lejos de mermar mis aficiones por las cosas de nuestra campaña, las acrecentó; y tanto, que un día, encontrándome en Montevideo, mi también cuñado Medardo Costa que conocía mi lado flaco y que me tenía fé, propuso a mi padre que consintiera en asociarme para tropear...

— ¿Y su señor padre? inquirimos.

—Mi padre le contestó textualmente: "Yo no he criado hijos para gauchos.

Poco teiempo después, mi padre pudo apreciar mi destreza en el lazo; y gracias a la intervención de mi hermano mayor Luis María, consintió en que me dedicara por entero a las rudas faenas camperas.

La instrucción la recibí en el Gimnasio Uruguayo, regido por el sacerdote doctor Luis José de la Peña; institución que pasó después a ser la Universidad.

Rumbo al Paraná Guazú

— ¿Y sus servicios militares Don Mario?

— Mis primeras armas las hice en época de los blancos, como soldado del 2.o de Guardias Nacionales, mandado por el Coronel Rafael Echenique, que se había "dado vuelta"...

—¿Cómo, "dado vuelta"?

— ¡Pues es claro! ¡Antes era colorado; — y "se dió vuelta" cuando lo hizo también Gabriel Antonio Pereyra, a la sazón Presidente de la República.

Como yo no podía continuar sirviendo a un partido que iba contra mis convicciones, emigré a Bue-

nos Aires con mi tío el Coronel Gregorio Conde, y el también Coronel Rebollo, cuando ya se hablaba de que Flores, levantando el pendón de guerra invadiría el País.

Allí formamos un grupo como de ciento ochenta hombres más o menos, que mandaban los Coroneles Conde y Rebollo, zarpando después de Buenos Aires, a bordo de un pailebot, rumbo a la desembocadura del Paraná, donde recibiríamos aviso del lugar en que se encontraba Flores...

Pero..... fuimos "vendidos". Los blancos ya tenían conocimienteo de nuestros propósitos; y con tanta certeza, que cuando llegamos a la Boca del Guazú, vimos que venían el "Villa del Salto", el "Treinta y Tres" y el "General Artigas" a nuestro encuentro, tres buques orientales armados en guerra y al mando del General Lucas Moreno.

Descubiertos

Como los gubernistas nos hicieran algunos disparos de cañón, primero, y de fusilería después, tratamos de ponernos en salvo, por los bericuetos del delta.

— ¿Pero entonces los buques orientales invadieron las aguas de jurisdicción argentina?

— Naturalmente, que sí.

Así perseguidos pudimos desembarcar en una de las tantas islas, semi anegadizas y totalmente cubiertas por pajas bravas que constituían para nosotros un verdadero tormento, en donde permanecimos cuatro días sin probar bocado...

¡Ah! olvidaba decirle que en esta pellejería echamos de menos a un compañero, un joven, hijo de un sombrerero de la calle 25 de Mayo, cuyo nombre no me viene a la memoria en este momento, a quien habíamos dado ya por muerto.

Al cuarto día de encontrarnos en tan apremiante situación, oímos de pronto que nos llamaban por nuestros nombres, con voz estridente:

—¡Coronel Rebollo! ¡Coronel Conde! ¡Luis Gradín! etc.

Alarmados ante hecho tan insólito y sin ver a nadie, giraban nuestros comentarios respecto a quien pudiera ser la persona que nos reclamaba, de manera tan precisa.

Yo, en tales circunstancias, dije al Coronel Conde:

— ¡Viejo!... Nos están viendo...

— ¡Claro que sí!... Mira un poco a ver si damos con el hombre.

Y de pronto ví que encaramado en la copa de enorme ceibo, estaba el compañero a quien habíamos dado por muerto, y que habiendo

caído en manos de los blancos, fué obligado a que nos llamase desde allí con el auxilio de un megáfono, para dar por su mediación con nuestro escondite.

— Es fulano: dije a mis compañeros...

— Pregúntale que hace y que es lo que quiere.

Como la respuesta no fuera del todo satisfactoria, dado que sus aprehensores lo obligaban a que procediera como ellos deseaban, volví a preguntar, con toda la fuerza de mis pulmones:

— ¿Estás sólo?

—Sí, vengan, — nos respondió, obligado por los que estaban al pie del ceibo.

— No; ven tú aquí.

Momentos después, llegaba nuestro compañero, acompañado por el ayudante del General Moreno, señor Brito del Pino, — todo un caballero, quien comentando la desesperada situación en que nos encontró, nos dijo a nombre de su jefe, que lejos de pretender hacernos mal, nos ofrecía amplia hospitalidad a bordo da los buques, en los cuales podríamos asilarnos, pero bien entendido que no iríamos como prisioneros.

Banquete a tiempo

Dada la calidad del jefe gubernista como la de su enviado ante nosotros, resolvimos ir a bordo, en donde el General Moreno nos ofreció un opíparo banquete hablándose entre plato y plato de confraternidad y de los trastornos que acarreaban las guerras.

Recuerdo también, que tal era nuestra miseria, que en esa misma oportunidad, Francisco Rodríguez Larreta, hermano del actual Presidente de la Cámara de Diputados doctor Aureliano Rodríguez Larreta y que tan trágicamente habría de morir en el Paraguay tiempo después, a manos del tirano López, viéndome tan desarrapado me regaló ropa que agradecí doblemente, por las circunstancias en que me veía en tales momentos.

Compromiso que no se cumple

No obstante haberse acordado con el General Moreno que se nos daría completa libertad, — el Gobierno dispuso cuando llegamos a Monteevideo que se nos confinase —primeramente, — a bordo de un pontón, en el que poco tiempo antes estuvo prisionero el Coronel Don León de Pallejas; — y luego a bordo de un viejo buque que carecía en absoluto de lastre, — el

"General Oribe", mandado por un vasco más malo que un ají, de apellido Guruchaga, barco artillado por doce cañones por banda y uno a proa y otro a popa, éstos últimos sin asegurarse al piso de la cubierta. Tal circunstancia hacía que, con los golpes de mar se corriesen de babor a estribor los cañones comprometiéndose así, aún más, la ya problemática estabilidad de la nave.

Eramos prisioneros en el "General Oribe" alrededor de doscientos hombres, toda, gente bien, de aquí de Montevideo y entre los cuales se encontraba el distinguido y humanitario médico doctor don Fermín Ferreyra, padre del doctor don Mariano Ferreyra, Luis Gradín, los Coroneles Bernardo Dupuy, Conde, Rebollo, etc., etc.

Con barra de grillos

Como se nos alimentaba muy mal y en circunstancias en que se nos hacía tomar una sopa de pésimas condiciones, yo comenté el asunto con el doctor Ferreyra; — y habiendo sido oído por Guruchaga, éste me insultó de la manera más soez. Naturalmente: ello dió lugar a que yo a mi vez, respondiera con energía, actitud que me valió que me llevaran a la bodega, en donde me colocaron una barra de hierro sujeta a los pies.

A punto de naufragar

Al "General Oribe", lo fondearon después a la entrada de la bahía, sin mejorar nosotros nuestras condiciones.

En cierta ocasión, el piloto que era el único marino que había a bordo, dado que los demás eran soldados de infantería que nos custodiaban, bajó a tierra, porque vió que se aproximaba un gran temporal y sabía perfectamente bien, como marino que era, la suerte que podría correr el barco, porque, falto éste de lastre, conservaba a duras penas su estabilidad en cualquier movimiento de mar.

Producido el temporal, el barco empezó a garrear, hasta que medió la valiente y eficaz intervención de la tripulación del buque de guerra italiano "Fulminante", fondeado no muy lejos de nosotros y sin cuyo auxilio habríamos zozobrado con toda seguridad, porque yo creo que tales eran los propósitos que perseguía el Gobierno.

Como consecuencia de este episodio el "General Oribe" fué más tarde encallado dentro de la bahía, a la altura de la calle Florida, que era playa entonces; y gracias a gestiones de mi tío Leyte, a la sazón Ministro de Portugal, el Gobierno dispuso que los presos pasáramos nuevamente al Pontón.

Después nos fueron poniendo en libertad de a cuatro y de a cinco, por vez.

yo ya tenía mi decisión hecha de incorporarme a las fuerzas de Flores; — y fiel a ese propósito, ginete y en buen pingo, pude escabullirme de Montevideo, rumbo a San Gregorio del Departamento de San José.

Por esa época yo me dedicaba al negocio de compra y venta de caballos que exportaba al Brasil.

Y llegué a la estancia de Pompilio Gómez, —de filiación blanca— que era también comisario de la expresada sección de San Gregorio; en cuyo establecimiento tenía yo continuamente un número considerable de caballos para atender a mi negocio de exportación.

— ¿Qué andás haciendo, salvaje? me dijo, ni bien me vió, pues éramos íntimos amigos.

— Ya lo ves, hermano. Ando, como siempre, comprando caballos y de aquí a un rato, seguiré viaje.

Cuando me iba, me gritó:

—Tené cuidado, salvaje, no te vayan a agarrar. Mirá que andan "chapando" gente...

— No. A mí los tuyos no me agarran más...

Deseo cumplido

Al día siguiente me incorporé, ya en el Departamento de Soriano,

a las fuerzas del General Flores, pasando a ocupar una plaza como soldado distinguido en el escuadrón escolta. De Montevideo y en tal carácter, éramos solamente dos: Eduardo Flores. hijo del General y yo.

Cuatro días después de mi incorporación y tras largas marchas, la columna revolucionaria se detuvo de pronto, en medio del campo, a eso de las diez u once de una noche de helada y de magnífica luna.

Había llegado una orden del General, de que los jefes y oficiales concurrieron al Estado Mayor para celebrar una Junta. En la precitada orden se determinaba que debían concurrir también en calidad de oficiales, los "distinguidos" Eduardo Flores y Mario Pérez.

Esa deferencia del General, me llenó de gozo, no obstante presumir que algo muy grave se cernía sobre nosotros.

En Junta de Guerra

Y cuando estuvimos todos reunidos, Flores, pausadamente y con tono paternal, que así nos hablaba siempre, nos dijo:

— Señores jefes y oficiales. Los he congregado para hacerles saber que nuestra situación actual, se torna un tanto difícil. Al Norte y sobre Mercedes tenemos al Gene-

ral don Diego Lamas, que viene hacia nosotros, con unos tres mil hombres de infantería y caballería.

Costeando el Río Negro y también hacia el Norte, se nos aproxima el General Anacleto Medina con cinco mil hombres de las tres armas.

Y al Sur, tenemos ya casi encima nuestro, al Coronel Bernardino Olid, desprendido de las fuerzas del general Servando Gómez, quien mañana nos atacará con mil quinientos hombres.

Tal es la situación. Estamos rodeados por tres ejércitos y no nos quedan más que dos soluciones: morir peleando o disolvernos en este mismo momento.

Así que hubo terminado de hablar Flores, se hizo profundo silencio, doblemente impresionante en aquel ambiente de inmensa soledad, alumbrado magestuosamente por una luna llena en todo explendor, — hasta que el General Caraballo, — rompiéndolo habló así:

— General Flores: Cuando en la Pampa de Buenos Aires usted me fué a invitar para que lo acompañase en esta cruzada Vd. me dijo que era para "vencer o morir" en la contienda. Yo le reclamo la palabra, General.

— Yo también soy de la opinión de pelear, contestó Flores.

Y unánimemente, como a un conjuro, gritamos todos: ¡Pelear!, ¡pelear!...

—Muy bien; prosiguió diciendo Flores, veo con júbilo que todos tenemos la misma opinión. Pero, debemos juramentarnos de no decir una sola palabra de lo que aquí acaba de ocurrir, cuando cada uno de los presentes regrese a su puesto.

— De modo, don Mario, — preguntamos, — que la soldadesca no se enteró del peligro que corría...

— No señor. Cuando llegamos a filas nos preguntaron los milicos que era lo que pasaba y nosotros, convenidos ya de antemano, propalamos la noticia de que teníamos muy próximas las fuerzas del gobierno que venían custodiando ropas, efectos que debíamos arrebatárselos de cualquier manera.

Con esta noticia, la milicada se alborotó de contenta; y entre los comentarios que se hacían, había quien afirmaba que la parte de botín que pudiera correspónderle la vendería, porque no iba a andar vestido con ropas del Gobierno...

Coquimbo

Y la columna florista, fuerte de ocho cientos hombres prosiguió su interrumpida marcha, para llegar

a un lugar elegido por el General, en donde pudiera hacer frente a Olid, con ventajas para sus propósitos.

Allí me tocó desempeñar con el entonces teniente Bartolo Quinteros la misión de reconocer las fuerzas enemigas, para cuyo fin el General me hizo montar su caballo "Pico - Blanco".

A las primeras horas de la mañana del 2 de Junio del 63, Olid empezó a escopetearse con las fuerzas de Caraballo, mientras que Flores distribuía su gente para dar la batalla.

Iniciada ésta, don Venancio que observaba con sus gemelos los movimientos de su gente y la del enemigo, que obedecían con exactitud al plan que anticipadamente había concebido, exclamó de pronto, entusiasmado y riéndose a la vez al ver que Olid llegaba a un paraje que él había elegido para darle el golpe decisivo:

—¡Ya ca....iste, indio zonzo!..

Dió una orden, vibró el clarín, y las masas de caballería tendieron sus corceles al galope. Volvió a sonar un nuevo toque con mayor intensidad, el del clarín de órdenes que lo era el coronel Machín; y el de Caraballo, repitiéndolo, electrizó a sus huestes, que arremetieron con impectuosos bríos sobre las fuerzas gubernistas.

Era el antiguo toque de a "degüello", a cuyos sones las armas de fuego eran a su vez llamadas a silencio.

Flores, teambién con los suyos, acometió en el momento oportuno con decisiva carga.

Las fuerzas de Olid vacilaron; y las nuestras las llevaron por delante.

Esa acción, en la cual Eduardo Flores y yo tomamos parte como ayudantes, pasó a la Historia con el nombre de batalla de "Coquinbo"; y allí fué que murieron heróicamente los tres hermanos Valiente, nativos del Departamento de Soriano, quienes formaban como oficiales en la División blanca de aquella zona.

Sus nombres eran: Juan Bautista, Ciriaco y Miguel, capitán el primero y tenientes los últimos, datando sus servicios militares, desde la época de la Guerra Grande, en el ejército sitiador.

Los hermanos Valiente

— ¿Puede decirnos, — Don Mario, — como murieron esos tres valientes?

— Fué en un entrevero; y por consiguiente, las versiones que existen sobre este particular, difieren en algo, pero no en lo fundamental, que es, que los tres Va-

lientes, murieron como mueren los guapos: peleando.

El combate al principio tuvo sus alternativas. Por aquel entonces, se peleaba tan de cerca, que muchas veces se hablaban las personas de bando a bando. Y fué así como se reconocieron Juan José Reyna, de los nuestros y el capitán Juan B. Valiente, quien cuando la Guerra Grande había tenido a aquel como prisionero, oportunidad que dió lugar a que esos dos hombres de valor bien probado, se hicieran grandes y buenos amigos.

Desde aquellos días, se llamaban "contrarios", cuando se veían, pero en forma afectuosa.

Viejos conocidos, pero. . .

Al reconocerse en medio de la acción, se gritaron con júbilo:

—¡Hola, "contrario"!

— ¿Como le vá "contrario"?

— ¡Otra vez nos "topamos"!. . .

— ¡Cómo ha de ser "contrario"!

— ¡El Destino!. . .

— Bueno, "contrario", — dijo como quien invita a jugar un truco, el capitán Reyna.

Prepárese que lo voy a matar.

— Eso será lo que tase un sastre, contestó riendo el capitán Valiente.

— ¿Pronto?. . .

— ¡Pronto¡. . .



Lanza contra lanza

Lanza contra lanza

Y los dos centauros, rasgando los ijares de sus brutos con las agudas puntas de las ruedas de sus espuelas, se acometieron esgrimiendo con ansias de matar, aceradas lanzas.

Pero, diestros ambos, esquivaron los golpes que recíprocamente se lanzaron al cruzarse sus cabalgaduras. Antes de dar vuelta por completo para volver a agredirse, ya se habían "volcado" las armas de fuego buscando blanco. El destino hizo que en esta ocasión, fallasen también los fulminantes de las pistolas.

Se oyeron dos interjecciones; y los dos jinetes volvieron a acometerse lanza en mano, saliendo herido, aunque no de gravedad, el capitán Valiente.

Satisfechos los dos duelistas se retiraron cada cual a su grupo para proseguir con los suyos, la suerte general del combate.

En entrevero

Caraballo que no recibía la protección de Fausto Aguilar, ordenó retirada, lo que decidió a gritar a Miguel Reyna.

—¡Ya disparan esos flojos! Y atropellando con los suyos, hirió de un lanzazo a Reyna, en el preciso

momento que el caballo de este rodaba y de cuyo golpe de lanza, el oficial colorado fué arrancado de su montura.

Caraballo, al ver caer a su compañero, gritó a su vez:

—¡Vuelta cara! a cuya orden los soldados revolucionarios hicieron frente, produciéndose entonces formidable entrevero, en el cual, Juan B. Valiente quedó "de a pié", esgrimiendo un sable en actitud bien resuelta, de vender cara su vida.

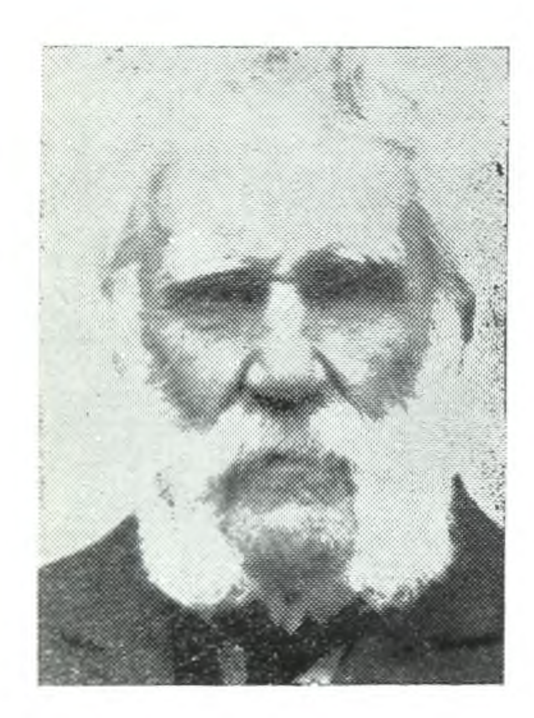
Caraballo desmontando entonces de su caballo y entregando las riendas a su asistente, se dirigió a Valiente para decirle:

—Ríndase que le garanto la vida!!!

Pero Valiente, por toda contestación, tiró una estocada, que alcanzó a herir a Caraballo en el pecho, aunque levemente.

Y fué entonces que éste, ciego de ira y de coraje, abalanzándose sobre su contrario, le traspasó el corazón con su puñal.

En esos mismos instantes se abrió cancha en el grupo, sableando a diestra y siniestra y sin hacer caso a las intimaciones de rendición, otro de los Valiente, Miguel, quien fué desmontado por certero tiro de bolas arrojado por el asistente del entonces capitán don Simón Martinez y que al aprisionar los remos del caballo, dejó en tie-



Don Mario R. Pérez

rra a su jinete, que a poco caía traspasado por el empuje de la lanza del expresado Martínez.

El otro de los Valiente, Ciríaco, sucumbió también peleando fieramente, sin querer rendirse.

Cuando fueron inhumados los restos de los tres héroes, la señora madre de los mismos pronunció estas espartanas palabras.

—¡No mataron al cuarto porque no estaba allí.

Se refería la señora al otro hijo que le quedaba con vida y que no había asistido a la batalla.

Don Mario Pérez nos afirma que el cuarto hermano de los Valiente, era colorado y que se encontró en esa misma acción, como capitán.

Al que estas líneas escribe, se le ha afirmado que en la acción de Masoller de la guerra de 1904, el jefe nacionalista Valiente, caído en tan sangrienta acción, era hermano también de los que sucumbieron en Coquimbo.

Formando ejército

Flores dió libertad a los prisioneros que se hicieron en Coquimbo.

La vanguardia de Gómez, que como le he dicho mandaba Olid, quedó completamente deshecha y en completo desbande; y de ella, la División de Minas, que era en su casi totalidad colorada y que no quiso pelear o peleó muy poco

con sus compañeros, fué la primera en abandonar el campo de batalla; pero en la tarde de ese mismo día rehaciéndose, pasó a engrosar las filas de nuestro ejército, corriendo así hasta el final de la contienda. nuestra suerte.

Desde ese momento, el ejército del general Flores, destinado a ir a un desastre por la indiferencia de muchos y por las poderosas fuerzas de que disponía el Gobierno, vigorosamente reforzado hasta formar alrededor de tres mil hombres, empezó a hacerse temible; y al retemplar la fibra partidaria, levantada con este brillante triunfo, se atrajo nuevos soldados.

Más acciones

Y prosiguieron los días de alegrías y de incertidumbres, continuó diciéndonos don Mario R. Pérez.

La acción de "Las Cañas", librada en el Departamento del Salto, en la que fué derrotado el genral Lamas el 25 de Junio por el ejército revolucionario. La del "Pedernal en Departamento de Tacuarembó, el 9 de Setiembre, con el triunfo del ejército gubernista, al mando del entonces coronel Timoteo Aparicio y en cuya acción, Goyo Suárez que se batió a lanza con el jefe blanco salió con veinte y dos heridas en el cuerpo, permanecien-

do, no obstante de pié. Cuando terminó la acción, se las hizo vendar.

Frente a la Florida

Volvimos al Sur, con unos tres mil quinientos hombres más o menos; y desde el Santa Lucía, el general Flores volvió a hacer nuevas proposiciones de paz al Gobierno, proposiciones que el entonces Presidente, don Bernardo P. Berro rechazó, porque exigió el sometimiento incondicional de los rebeldes.

La lucha se intensificó nuevamente desde ese momento.

El 4 de Agosto, pusimos sitio a la Ciudad de Florida; y Flores exigió la rendición de la plaza, con la formal promesa de que las vidas e intereses serían respetadas, comisionándose para que hiciese la proposición al coronel de la Independencia don Faustino López quien fué recibido a balazos por los defensores, y de cuyas heridas falleció instantaneamente.

Ante semejante recibimiento del parlamentario, el general Flores previno que los defensores serían fusilados, desde alferez a arriba.

Los amoríos de Venancio

Allí fué que cayó también, Venancio, capitán a la sazón, e hijo del general Flores.

—Sobre este punto, se ha tergiversado la verdad de los hechos, nos dijo el Sr. Pérez. Venancio estaba perdidamente enamorado de una señorita, hija de un estanciero de las inmediaciones, Pérez de apellido, español y muy colorado.

Como sucedía siempre en todc ejército revolucionario, la disciplina era observada hasta por ahí no más; y consiguientemente, tanto en marchas como en campamentos, los oficiales y soldados, apartándose de las columnas a que pertenecían, acostumbraban a hacer sus escapatorias por los caseríos próximos, ya para hacer visitas a conocidos o parientes, o bien para procurarse artículos alimenticios. Y como muchos de los hombres fueron sacrificados por partidas contrarias, el general impartió órdenes severas, para que nadie, absolutamente nadie, pudiera separarse del grupo a que pertenecía, sin el correspondiente permiso.

En estas condiciones, el teniente primero Venancio Flores, que como lo he dicho estaba perdidamente enamorado de la hija de Pérez, hizo un buen día una escapatoria para ver a su amada, en cuya excursión los contrarios casi lo hacen prisionero; y si pudo escapar a la tenaz persecución que le hicieran, fué gracias a su bien probado valor

y a la ligereza del caballo que montaba.

El general Flores se indignó tanto por el acto de indisciplina cometido por su hijo, que ordenó que éste pasara a formar parte de la unidad a que pertenecía, en calidad de último soldado.

En su puesto

Momentos antes de procederse al ataque de la plaza, el general Flores, arengó a los soldados, después de lo cual, el coronel Rebollo, jefe del batallón a que pertenecía el castigado, pidió a aquel que levantando el severo castigo que había impuesto a su hijo, consintiese que este fuese al asalto, con la graduación que antes tenía.

Y como se ordenase al teniente Flores que pasara a ocupar su antiguo puesto, dijo dirigiéndose al general:

—"Yo probaré al general Flores que soy digno del nombre que llevo."

¡Al asalto!

Dada la voz de "al asalto" la compañía mandada por el Capitán Pedro Ríos y de la cual era teniente primero Venancio Flores, marchó a la conquista de un cantón, desde el cual se hacían mortíferos disparos.

El capitán Ríos cayó antes de llegar a la casa, sobre cuya azotea estaban los defensores; y Venancio al frente de los suyos y esgrimiendo un hacha, marchaba entusiatamente hacia la muerte...

Al llegar la compañía a la casa que iban a tomar, pudo el teniente Flores, con el auxilio del hacha que esgrimía echar abajo la puerta y arrojando aquella arma y levantando en alto su espada, estimulaba a sus soldados, al grito de

—¡Adelante! ¡Adelante, muchachachos!

Los defensores apercibidos del asalto que se les llevaba, arreciaron sus fuegos; Venancio Flores, el primero de todos ascendía por la escalera y cuando ya sus manos tocaban el último obstáculo, el ansiado pretil de la azotea, cayó como fulminado por un rayo, herido de varios balazos.

Pero su ejemplo había estimulado el valor de los suyos, quienes momentos después alcanzaban la anhelada meta, no obstante el valor desplegado por sus defensores, mandados por el teniente Manuel Rovira, elemento de la primera sociedad de Montevideo y que era el único blanco de toda una familia colorada.

Entre los atacantes cayeron también muchachos distinguidos como

González, Stward, hermano de Duncan y otros.

El teniente Rovira

El primero en poner los piés en aquella fatal azotea, fué don José Cándido Bustamante, que seguía los pasos a Venancio, haciendo irrupción enseguida, el resto de la tropa.

Bustamante, que era viejo conocido de Rovira, fué quien lo tomó prisionero; y con el fin de salvarlo, lo llevó a la panadería de un francés, apellidado Reitú, que tuvo también igual negocio en Montevideo y que había sido soldado de La Defensa cuando la Guerra Grande.

—Le recomiendo a este hombre.

—De acuerdo, señor Bustamante. Aquí no entrará ni blanco, ni colorado, ni amarillo. Aquí, esté seguro; no entrará nadie.

Ha hecho Vd. bien, Bustamante

Bustamante volvió a donde se encontraba el general Flores y le dió cuenta de todo lo que había ocurrido durante el asalto al cantón, sin omitir el relato referente a la aprehensión de Rovira y a las seguridades de que lo había rodeado.

Y Flores, mirándolo tristemente contestó.

Ha hecho Vd. bien, Bustamante.

Atacantes y defensores

—Nosotros éramos como mil infantes, empleando además en el asalto una pieza de artillería.

—¿Y ellos?

—Algunos más de doscientos hombres, pero bien parapetados y dispuestos a defenderse...

La defensa era mandada por el Jefe P. y de Policía y Comandante Militar, a la vez, Teniente coronel don Jacinto Párraga, hombre de voz afeminada, pero de un valor y de una entereza sorprendentes. Era todo un valiente militar.

Los prisioneros

Caída la plaza fueron hechos prisioneros los siguientes militares: Teniente Coronel don Jacinto Parraga, comandante don Dámaso Silva, capitán don José Bosch, capitán don José Ibarra, capitán don Manuel Sotelo y alferez don Adolfo Castro, a quienes se fusiló después.

En cambio, no corrieron igual suerte, los siguientes prisioneros, que por orden del general Flores, dada desde el primer momento, fueron puestos en completa libertad.

Sargento Mayor don Anselmo Castro. Capitán Manuel Cantero y el Comisario de Policía don Fran-

cisco Rodríguez. Tenientes: Regino Martínez, Severo Pérez, Apolinario Ledesma, Juan R. Suárez, Manuel Rovira (el que defendía el cantón desde donde se dió muerte a Venancio Flores) y Olivio Rebollo. Alfereces: Vicente Martínez, José M. Díaz, José Moreira y Andrés Pérez.

Una excepción

El único individuo de tropa fusilado, fué el sargento Juan Bautista Castillo, porque había desertado cuatro veces del ejército revolucionario.

Un triste recuerdo

Un triste recuerdo me ha quedado de ese día, prosiguió deciéndonos don Mario, y si se quiere, hasta un remordimiento...

—¡Cómo...! ¡Vd. tan bueno, tan leal, tan noble, tan recto siempre!...

—Si señor. Una indecisión mía, ha sido tal vez la causa de esos ajusticiamientos, aunque después, cuando llegó el momento, traté de reparar esa falta de valor que tuve en mala hora.

Entre los reos había un hombre, un mozo joven, quien pedía a los oficiales y soldados que lo custodiaban, que no lo fusilaran.

Máximo Blanco, ayudante del coronel Rebollo, condolido de la triste suerte que aguardaba a aquel desventurado joven, me vino a ver a la Comandancia en donde nos encontrabamos reunidos, con el fin de que yo pidiera al general que ese prisionero no fuera fusilado.

Pero a mi me faltó valor para hacer el pedido, al ver al General reconcentrado, mirando al suelo, sin hablar una palabra a nadie.

¡Nadie pedía clemencia!

Interpreté mal ese estado de animo del caudillo. Al pesar que le causaba la muerte de su hijo mayor, se agregaba en esos momentos el pesar también de tener que cumplir su amenaza de que haría ajusticiar a los defensores... si nadie intercedía por ellos.

Y el tiempo corría. ¡Nadie le pedía un poco de clemencia para los caídos!

Irguiéndose de pronto, bruscamente, y haciéndome enérgico ademán con la mano, me ordenó apurando sus palabras:

—Pérez, me dijo. Monte a caballo y vaya a todo escape para que suspendan la ejecución de esos prisioneros.

Lo hubiera abrazado al general. Y sin esperar a nuevas indicacio-

nes, monté en mi tordillo para volar al lugar señalado para los fusilamientos. Quería a toda costa evitar el mal, que por mi falta de decisión, se iba a cometer. Para abreviar tiempo y a fin de que los ejecutores, viéndome desde lejos, se dieran cuenta de mi cometido, até al extremo de mi espada un pañuelo blanco, que iba agitando al viento, como emblema de paz, de tranquilidad.

Esfuerzos malogrados

Eduardo Beltrán, el mismo a quien hiciera asesinar años más tarde Latorre, que era el encargado de la ejecución de los reos, cuando vió que yo iba a todo correr de mi caballo y haciendo señas para llamar su atención, apresurando entonces los aprestos para el fusilamiento, dijo a sus compañeros, ya perfectamente compenetrado de mi misión.

—Ahí viene Mario con perdones para estos blancos.

Y segundos después, sonó una descarga.

Mi esfuerzo había resultado inútil completamente, por la mala voluntad de un hombre.

... ...

En Paysandú

—Después de dos años de idas y venidas por el país con suerte diversa y de haberse tomado por nuestras fuerzas Florida, Mercedes, Durazno, Porongos, pusimos sitio a Paysandú, que resultó el epílogo de la Cruzada Libertadora.

Vd. ya ha descripto elocuentemente en que condiciones se llevó a término el asedio y bombardeo de aquella plaza.

Por entonces, prosiguió diciéndonos el señor Pérez, yo era ya capitán de guardias nacionales, (sepa que nunca quise ser de línea) y pro-secretario del general Flores; y como andaba siempre al lado del caudillo, en muchas ocasiones se me comisionó para que me pusiera al mando de algunas fuerzas que en esos momentos y por diversas circunstancias carecían de jefes.

Rodeados

—Cuéntenos algún episodio en que le haya tocado intervenir en Paysandú.

—Allí pasé por una pellejería bastante grave.

—¿A ver? Cuéntenos, don Mario.

—Cierto día fuí comisionado para ir a bordo a llevar un oficio a Tamandaré y, para llegar hasta la

altura en donde se encontraba la escuadra brasileña, iba costeando el río Uruguay, acompañado por el teniente Ribero, de Fray Bentos, y catorce soldados.

Desempeñada mi misión sin ninguna clase de tropiezos, regresábamos al campamento recorriendo la misma trayectoria, ajenos por completo a todo peligro, cuando de pronto nos encontramos rodeados por una considerable fuerza enemiga.

Y no hubo más remedio que atropellar para no caer prisioneros. De esta refriega sólo salvamos yo, el teniente Ribero y dos soldados. Los doce compañeros restantes allí quedaron; unos muertos y otros prisioneros.

La orden de fusilamiento

—¿Por orden de quién fueron fusilados Leandro Gómez, Acuña, Fernández y Braga?

—Por orden de Goyo Suárez.

—¿Está usted seguro?

—Y tan seguro como que estoy hablando con usted.

—Entonces... ¿el mayor Belén qué rol desempeñó en ese hecho?

—El de un mero ejecutor... Mire: y es tan cierto lo que le digo, que cuando Flores, profundamente indignado por esa enormidad, ordenó que se practicara una investigación para deslindar responsabilidades, Suárez escapó del ejército y no

se le vió más hasta que hubo terminado la guerra, porque supo que se le iba a formar Consejo de Guerra para pegarle cuatro tiros.

—¿Qué otra cosa podría decirnos respecto a Paysandú?

—Nada más que usted no conozca.

. . . .

Nos despedimos con el afecto de viejos amigos.

Y aquellos pasos cortos, así como vacilantes, acompañados por el golpeteo del regatón del bastón que daba sobre las tablas del piso, se fueron haciendo menos perceptibles, así que avanzaban hacia las piezas interiores. . .

CON UNA HIJA DEL AYUDANTE DE RIVERA

Ligeros apuntes biográficos de su señor padre. — Una hazaña de Ventura Rodríguez. — En Paysandú. — Triste peregrinación. —El bombardeo nocturno. — Un regalo de Eduardo Flores.— Las bondades del apio cimarrón. —El retorno a la ciudad — Consideraciones sobre los partidos.

Otra persona que fué testigo del episodio de Paysandú, es la señora Ramona Larrazabal de Aguiar, de ochenta y dos años, y domiciliada en la calle Arenal Grande 1381, quien, no obstante su avanzada edad, se conserva fuerte, con excelente memoria y con espíritu alegre.

Sumamente simpática la señora, nos dijo que era hija del viejo servidor de la Independencia Nacional, don José M.a Larrazabal.

Aunque entrerriano, su señor padre inició sus servicios militares en este país, en la época en que éramos todavía Provincia Oriental, a las órdenes del general Rivera, encontrándose en todas las acciones de guerra en que éste actuara y llegando a obtener a su lado hasta el grado de capitán.

Prisionero de los brasileros

En 1827, siendo todavía muy joven, don José M.a Larrazabal, fué hecho prisionero por los brasileros, quienes lo llevaron en tal carácter, embarcado en un viejo buque, el "Presiganga" y engrillado con otro compañero de infortunio, Como recuerdo de este pasaje de su azarosa vida, se tatuó durante el cautiverio en Río Janeiro en el brazo izquierdo una corona de laureles, en cuyo centro llevaba las siguientes cifras: 1827.

Astucia y serenidad contra la fuerza

El referido militar sirvió durante toda la Guerra Grande en el Ejército de la Defensa, en la Escolta de don Joaquín Suárez, teniendo por jefes a Pacheco y Obes y a Tajes; y entre los muchos episodios que recordaba siempre de aquellos épicos días, contaba a los suyos, un hecho en que fué actor principal el que más tarde sería general don Ventura Rodríguez, cuyo valor y caballerosidad exaltaba siempre el señor Larrazabal.

Cierto día en que Rodríguez, casi un adulto, llevado por su coraje y por sus entusiasmos bélicos, se aventuró más de la cuenta, guerrilleando, en campo enemigo, un vasco enorme, un gigante de los de las fuerzas de Oribe, haciéndolo su



Doña Ramona Larrazabal de Aguiar

prisionero, lo tomó como quien toma a un manso corderito; y cruzándolo sobre sus hombros, emprendió la marcha hacia las filas del ejército sitiador.

Pero, el formidable y confiado vasco, no contaba con la huéspeda.

Doña Ramona no recuerda bien, si fué con una navaja o con un puñalito, que el imberbe Rodríguez, extrayéndolo de sus ropas, lo sepultó en la nuca de su aprehensor, quien al dar pesadamente con su humanidad en tierra, permitió que el que hasta en esos instantes fuera su prisionero de guerra, pudiera volver a todo escape hasta las filas de sus compañeros de armas.

Cansado de guerrear

Los servicios militares del señor Larrazabal, terminan en Caseros, en donde sirvió a las órdenes directas del general Urquiza, alcanzando al grado de sargento mayor.

—¿Y en las luchas intestinas que asolaron con tanta frecuencia al país, después de la Guerra Grande, — preguntamos a la señora Larrazabal de Aguiar, — su señor padre no se encontró en ninguna acción?

—No, señor. Mi padre estaba ya muy cansado de guerrear; y aunque era muy colorado, no quiso servir más con su espada a las contiendas de cintillos. Y así fué co-

mo cuando Quinteros, emigró al Brasil; y cuando Paysandú, permaneció en su puesto de capataz del "Saladero Quemado" de aquel paraje, uno de cuyos dueños era precisamente Raña, de los jefes fusilados conjuntamente con Leandro Gómez.

—¿Nadie lo molestó, consiguientemente?...

—Absolutamente nadie.

Algunos episodios y recuerdos sobre Paysandú

—Cuéntenos lo que haya visto en Paysandú, señora.

—Cuando se iba a iniciar el bombardeo, mi padre nos llevó, a mi madre y a mí, al "Saladero Quemado", en donde permanecimos hasta que las cosas volvieron a su normalidad. Otros parientes nuestros, fueron a vivir como la mayor parte de las familias de la ciudad, a la Isla, que más tarde y debido a los acontecimientos que en ella se desarrollaron, se denominó "Isla de la Caridad".

Podrá imaginarse usted lo malamente que se viviría. La mayor parte de la gente que no había podido disponer de tiempo para proveerse de vituallas ya que el pánico había invadido a casi todos los espíritus ante los preparativos del bombardeo, tenía que dormir sobre la

arena de la isla. Y menos mal, que los buques anclados frente a Paysandú, que eran varios y de distintas nacionalidades, proporcionaron a los refugiados, gran cantidad de lonas para que levantaran carpas, lo mismo que el general Urquiza, desde tierra entrerriana, proveía carne de sus estancias, gratuitamente.

—Recuerdo que tal era el desespero de la gente de la plaza por abandonar cuanto antes la ciudad, que las lanchas abarrotadas, especialmente de mujeres y niños, casi se hundían en el agua en su trayectoria hacia la isla.

¡Era aquel un espectáculo realmente impresionante!

—¿Qué distancia separa al saladero de la ciudad?

—Unos dos kilómetros más o menos.

—¿Usted tuvo oportunidad de ver allí al general Flores?

—Sí, señor. Algunas veces, porque comió en el establecimiento con algunos jefes y oficiales.

—¿Recuerda usted algunas frases de Flores, respecto al próximo bombardeo?

—No, señor, porque yo no me aproximaba a donde ellos estaban.

—Un recuerdo de esos días?

—Ah! Poco antes de procederse al bombardeo, Eduardo Flores, hijo del general, que era muy joven

todavía, me regaló una boa de merino punzó, que tenía bordadas unas flores en sus puntas, abrigo que lo había enviado a aquel, su hermana Agapita, madre de los Solsona y Flores.

Después, durante el bombardeo, una bala llevó uno de los dedos de una mano al joven Eduardo.

—Qué impresión conserva usted señora, del bombardeo?

—Horrible. ¡Cómo desde el Saladero no corríamos peligro ninguno, de noche contemplábamos el imponente espectáculo que ofrecían las granadas disparadas de los cañones brasileros, que en medio de estrepitosos estampidos, cruzaban veloces, enrojeciendo el espacio, para caer dentro de la ciudad.

—¿Llevaron algunos heridos al Saladero?

—Solamente uno. A Manuel Montaldo de los colorados, a quien una bala le destrozó una mandíbula. Allí, faltos de recursos, lo curamos con toda nuestra mejor buena voluntad. Como medios curativos y desinfectantes, no contábamos más que con agua de apio cimarrón!

Después lo trajeron a Montevideo, conjuntamente con otros heridos en donde la ciencia, le colocó una mandíbula de plata, por cuya razón don Manuel llevaba siempre atado un pañuelo a la cara.

A los tres días de bombardeo

A los tres dias de terminado el bombardeo, — prosiguió diciéndonos la señora Larrazabal de Aguiar, volvimos a la ciudad, en donde nos tocó ver otro espectáculo más triste, todavía. Los terrenos baldíos estaban llenos de cadáveres de blancos, colorados y brasileños, cubiertos con plantas de cicuta, esperando que les llegase el turno de que los transportaran hasta el cementerio en donde fueron enterrados finalmente en grandes fosas.

—¿Usted sabe quién fué que ordenó la ejecución de los prisioneros?

—A raíz del hecho, todos decían en Paysandú que había sido el entonces coronel don Goyo Suárez.

Nada más que dos partidos

—¿Su filiación política?

—Colorada.

—¿Muy colorada?...

—De las de Rivera.

Y terminó diciéndonos, la bondadosa anciana, a la vez que sacudía sentenciosamente su cabeza:

—¡Cómo cambian los tiempos! Hay muchos partidos y la gente no sabe cuál elegir... No debía haber más que dos. Los viejos, los tradicionales: el blanco y el colorado. ¿A usted no le parece así, señor...?

—¡Y creo que todavía sobrarían partidos, señora!!!

EL GENERAL DON ZENON DE TEZANOS

Venciendo resistencias — Sindicado de "salvaje" — Pagando una deuda — La carrera militar del general de Tezanos — Actividades del general Flores — Flores y Medina — La retirada de Maciel — La toma del Salto — Galletas que resultan caras — De cantón a cantón — Un valiente — Pared por medio — "¡Ya ca. . .iste, salvaje!" — Compañía copada — La suerte de un batallón brasileño — El fusilamiento de Leandro Gómez — De centinela perdido — Goyo Suárez y los blancos

Venciendo resistencias

En conocimiento de que el general don Zenón de Tezanos había actuado en la revolución de Flores, conocida por la denominación de "Cruzada Libertadora", resolvimos abordar a este veterano. sin otra presentación que la que pudiera ofrecerle nuestra actuación periodística.

Y nos dirigimos a su casa de la calle Bartolomé Mitre N.o 1223, en donde fuimos gentilmente atendidos.

El distinguido y apuesto militar, conserva, no obstante sus setenta y

siete bien cumplidos, las gallardías y los bríos de sus mejores días. Es un hombre fuerte de cuerpo y de espíritu. Su verba fácil y amena, es reforzada siempre por su mirada de ojos expresivos.

Impuesto del motivo de nuestra visita nos dijo que no tenía ningún inconveniente en proporcionarnos todos los datos que conociera a condición de que no lo hiciéramos aparecer a él, para nada.

—Pero en ese caso, general, — le dijimos — nuestra información adolecería de un grave defecto, del defecto capital de todas las que se han venido publicando hasta la fecha, con respecto a la Cruzada y a la Toma de Paysandú. Nosotros estamos empeñados en hacer verdadera obra nacional, con la testificación viviente de quienes actuaron en ambos bandos y de los neutrales que pudieron haber presenciado aquellos lejanos acontecimientos de nuestra historia. Y para ello, es necesario que ustedes, los viejos, al narrar los hechos en los cuales les haya tocado actuar, den, con sus hombrías de bien y con la autoridad que dan las canas, garantías bastantes para que esta información sea, con el transcurso de los años, fuente de inapreciables datos, cuando alguien quiera realizar un verdadero trabajo histórico de aliento.

Sindicado de "salvaje"

El general de Tezanos, es hijo de don Tomás de Tezanos, que en los albores de nuestra Independencia era poseedor de una estancia en el histórico "Rincón de las Gallinas", en donde residía con los suyos, hasta que, producida la escisión entre Rivera y Oribe, tuvo que radicarse en Montevideo, porque el coronel argentino Granada, al servicio de Rosas, acampando en su propiedad arrasó con todo, matando las haciendas que pasaron el Río Uruguay en forma de charques y de cueros. Era tal el espíritu desvastador de que estaba poseído el coronel Granada, que no escaparon de su saña, ni las manadas burreras...

—¿Y todo eso por qué, general? — inquirimos.

—Porque mi padre estaba sindicado de "salvaje". Pero eso no fué todo, prosiguió diciéndonos el señor de Tezanos. Lo peor fué que lo quisieron fusilar, a lo que no pudo llegarse, gracias a la oportuna y eficaz intervención de don Fernando Grané de filiación blanca, que vivía en Soriano, padre que fué del doctor don Ovidio Grané, jubilado en el cargo de Juez de Comercio de esta capital.

Mi padre, así arruinado, tuvo que venirse a Montevideo, dedicán-

dose desde entonces y hasta su fallecimiento, a las tareas del comercio.

Era tal el reconocimiento que guardó el autor de mis días para su salvador que lo hizo dos veces compadre, dándonos por ahijados a mí y a mi hermana Laura, que vive en Buenos Aires, porque en aquel tiempo, ese parentesco espiritual, era considerado como inapreciable prueba de estimación.

Pagando una deuda

Y vea usted lo que son las cosas. Con el correr de los años, yo habría también de pagar en algo tan señalado servicio, abogando, y en situación bien triste, por cierto para ellos, por dos hijos de don Fernando, por Justino y Manuel Grané, quienes cuando la del Quebracho y sirviendo en el ejército revolucionario del general Arredondo, cayeron prisioneros de los gubernistas. Traídos a Montevideo, fueron alojados en el cuartel del primero de infantería y ni bien me impuse de esa novedad, corrí a la casa del general Santos, entonces Presidente de la República, para pedirle la libertad de aquellos dos jóvenes. El mandatario, así que se impuso de los motivos que me habían movido, ordenó que los Grané fueran puestos inmediatamente en libertad.

La carrera militar del general De Tezanos

—¿Su iniciación en la carrera militar, general?

—Fué en Noviembre de 1863 a cuyo fin pasé a la ciudad de Buenos Aires para incorporarme después al ejército revolucionario del general Flores. Yo tendría por entonces unos diez y siete años...

Allí pasé a formar parte de un grupito de hombres, argentinos y orientales, que custodiando fusiles, municiones y bayetas para abrigos, debía invadir en breve el país, deseo que se vió coronado sin ningún tropiezo, porque pudimos desembarcar sin que nadie se opusiera a ello, en los médanos de la Barra del Santa Lucía, paraje que hoy es conocido por Libertad. Como el general Flores se encontraba allí a nuestra espera, nos encontramos de inmediato incorporados al grueso del ejército revolucionario que tendría no más de dos mil hombres.

Se me designó soldado distinguido, quedando desde ese momento, a órdenes del teniente don Feliciano Rodríguez, que ya contaba con un plantel de infantería para la formación de un batallón.

—¿Y los gubernistas, no los molestaron?

—A eso voy. Poco después de haber desembarcado nosotros, fuerzas de caballería de los gubernistas procedentes de Montevideo, nos escopetearon, pero desde lejos y sin molestarnos mayormente.

Allí fué mi primer bautismo de fuego, en cuya ocasión tuve oportunidad de disparar a los blancos veintinco tiros con un rifle que el propio general Flores me entregara para que me iniciara en el arte de guerrear.

Como a nosotros no nos convenía tampoco comprometernos en una acción, emprendimos la retirada hacia el corazón de la república, rumbo a Tacuarembó, siempre tratando de levantar el mayor número de compañeros posible.

Faltos de gente para hacer frente a los ejércitos del gobierno, faltos de municiones y faltos muchas veces también de alimentos, ya que no se nos daba tiempo para carnear, llegamos a realizar marchas inverosímiles....

¡Con decirles que alcanzamos a hacer veinte y cinco leguas en una sola noche!!!

Actividades del general Flores

Flores era incansable; y desorientaba a sus perseguidores con sus inusitadas marchas y contramarchas.

De pronto dividía en dos su pequeño ejército, quedando una fracción a su mando y la otra a la del general Caraballo. En todas partes se hacía sentir; y como el general Caraballo muchas veces hacía propalar entre los vecindarios por donde cruzaba, la noticia de que él era Flores, parecía que el caudillo tuviera realmente, el don de la ubicuidad.

Con lo que le digo podrá usted imaginarse la clase de vida que llevaríamos. Cuando nos tocaba acampar, caíamos con más deseos de dormir que de comer.

Y Flores, siempre en todos lados, recorriendo los campamentos inspeccionándolo todo. Era un hombre que nos estimulaba con su ejemplo.

¡Cuántas veces estando acampados, nos decía quienes eran los enemigos que teníamos más cerca!!

Flores y Medina

—A cual de sus enemigos temía más?

—Al general Anacleto Medina...

—¿Nunca lo calificó mal a ese militar, el general Flores?

—Nunca. Y eso que para la mayoría de los jefes y oficiales colorados, Medina no era otra cosa que el traidor Medina, el "tape" Medina y otros epítetos por el estilo.

Flores, parco en palabras, no era tampoco hombre de dar sobrenombres...

Mire. Cuando teníamos cerca a Medina, el general nos prevenía diciéndonos:

—Muchachos: hay que estar alerta. Tenemos muy cerca a Medina y no podremos descansar tranquilamente mientras no nos alejemos convenientemente de él. Es un hombre peligroso.

—¿Y de los otros jefes que lo perseguían no se preocupaba tanto?

—¡Oh, que esperanza! ¡A los otros, aunque fuera aparentemente, los facilitaba confiando en sus condiciones de experto hombre de guerra.

—¿En que acciones de guerra se encontró usted general, durante ese período?

—En todas las tomas de los pueblos: Florida, Durazno, Porongos, Salto y en algunas escaramuzas a campo abierto.

La retirada de Maciel

—Por cierto, general, que el ejército revolucionario se habrá visto más de una vez en situación bien comprometida...

—¡Y tan comprometida, señor! Yo creo que la más apremiante para nosotros, fué la retirada de Maciel, ocurrida pocos días después



El hoy general Zenón de Tezanos cuando era alférez, con la bandera tomada a las fuerzas que defendían la plaza de Porongos

de haber abandonado el Cerrito de la Victoria, hasta adonde nos habíamos aventurado, en nuestras correrías.

En marcha nuevamente hacia el centro de la República, nos encontrábamos cierta mañana después de la toma del Durazno, en las "Puntas del Arroyo Maciel", cuando los "bomberos" nos trajeron la mala nueva de que el grueso del ejército enemigo mandado, si mal no recuerdo en esa ocasión, por el general don Servando Gómez, lo teníamos casi encima nuestro.

El general Flores que días antes y siguiendo su vieja táctica, había fraccionado en dos, a sus huestes, se encontraba con un efectivo de dos mil hombres más o menos, número muy inferior al de sus próximos atacantes.

Ello no obstante pudimos sorprender una noche a los enemigos, pero sin mayores resultados materiales.

Cuando caímos al Paso de la Cadena, sobre el ya citado Arroyo de Maciel a inmediaciones de la estancia de Méndez, fuerzas enemigas que nos esperaban allí, nos tendieron líneas de guerrillas para impedirnos el avance y poder así facilitar al grueso del ejército que ya nos venía flanqueando por ambos lados, que nos envolviese por completo.

Nuestra situación se hacía pues, por momentos, más comprometida. No había más remedio que avanzar, costase lo que costase; y entendiéndolo así el general Flores, ordenó a su hombre de confianza, a su brazo derecho, al general Caraballo en una palabra — que cargara a fondo, a lanza.

Y Caraballo, con su valor legendario, a fuerza de "fierro" y de coraje, abrió con los suyos dentro de las filas enemigas, sorprendidas por el inopinado y arrollador ataque, amplia brecha por la cual se infiltraron las fuerzas floristas. El temerario lancero que había traspasado las líneas enemigas, salpicando el verde gramillal de la ladera, con manchones de púrpura, riego generoso e infecundo que derramaban las heridas recibidas por los bravos que caían en defensa de sus ideales, pudo así mismo tomar para los suyos, en tal ocasión, preciado botín constituido por una carreta con vestuarios y gran cantidad de divisas blancas que llevaban el siguiente lema: "División Soriano", como así también hacer un buen número de prisioneros.

Caímos al Paso, pues, peleando, y mordiendo cartuchos; y al trote, tratábamos de ir ganando el terreno que tan bien nos preparara el arrojo de Caraballo.

Los blancos, repuestos de la sorpresa, rehaciéndose, — continuaron escopeteándonos por ambos flancos y por retaguardia, siendo contenidos valientemente por el entonces capitán Simón Martínez, que en esa ocasión demostró una vez más, estar dotado de ponderables condiciones de valor y de hábil guerrillero.

Así, apretados, oprimidos por tres lados, proseguíamos nuestra marcha, — ya con los caballos transidos, — cuando de pronto, los sones del clarín de Machín, hendiendo el espacio, tocaron la indicación de hacer alto en la marcha. ¡Cómo!, pensamos muchos. ¿Será posible que el general quiera hacer pie firme en tan difícil situación?

Y se hizo el alto. Flores habló con sus ayudantes que partieron a escape en dirección a diversas unidades del ejército; y las huestes del bravo Martínez fueron reforzadas convenientemente, para contener el avance de nuestros perseguidores.

El general que había ordenado que se repusieran las caballadas, mientras se realizaba tal operación, en medio del fuego que nos envolvía, destacaba su silueta entre unas piedras, al lado de un fogón, que dejaba escapar hacia el



General Zenon de Tezanos

cielo, una columna de humo, bajo la cual empezaba a bullir en la modesta "pava" de fierro, el agua que, al convertirse en "cimarrón" habría de restaurar las fuerzas del caudillo; y a la vez, con tan indiscutible demostración de serenidad, llevar al ánimo de los suyos, la certeza de que el peligro no era tan inminente como parecía serlo.

El clarín volvió a sonar, "siga la marcha". Y ya montados en pingos descansados, proseguimos nuestra peregrinación hacia el Norte, siempre perseguidos tenazmente, por las fuerzas gubernistas, que no perdían el contacto con nosotros, un solo momento.

Peleando siempre, llegamos ya entrada la noche, al Paso de Villasboas del Yí; y sobre la orilla opuesta, hicimos alto, para acampar, ya que el enemigo no se había atrevido a forzar ese paraje.

El general ordenó entonces, que se encendieran fogones en una larga extensión paralela al río, e incontinentemente, recomendando el mayor silencio, dispuso que se montara de nuevo a caballo para proseguir a marchas forzadas hacia el Río Negro.

Solamente quedó allí, la compañía de infantería de la cual yo formaba parte, con instrucciones de permanecer en observación y de-

fender el Paso, hasta que recibiéramos orden en contrario.

Cuando el grueso del ejército se encontraba ya a considerable distancia de nosotros, llegó un chasque con la indicación de que hiciéramos al campamento enemigo una descarga de fusilería y que sin pérdida de tiempo, siguiéramos al baqueano que nos había llevado la orden.

Y después de rudo galopar, volvimos a incorporarnos a los nuestros.

Al amanecer llegamos al Paso de los Toros del Río Negro, sobre el Paso de las Carretas, cuyo caudal de aguas, venía creciendo con fuerza. Aunque el pasaje ofrecía sus peligros, no había más remedio que salvarlo, porque algunas horas de indecisión serían bastantes para que la creciente hiciera imposible del todo entonces, salvar ese obstáculo; y con ello, ofrecerle a los enemigos la oportunidad de que nos alcanzasen nuevamente.

Preparamos los aperos, colocamos las ropas y las municiones sobre nuestras cabezas y nuestros cuellos para no mojarlas; y apareados a los caballos, nos azotamos con ellos al agua, unos prendidos de sus crines y otros de las colas, — nobles bestias que estimuladas con nuestros gritos de ¡hopa! ¡hopa! y por las palmadas que

les dábamos sobre los flancos, sacudían las cabezas, dilataban sus fauces y resoplaban con fuerza en sus afanes de vencer la impetuosa correntada, que nos arrastraba en su loca carrera, para permitirnos arribar finalmente a la orilla opuesta, mil doscientos metros más abajo de donde nos habíamos tirado, allá, en la Estancia de los Bálsamo.

Y el enorme caudal del Río Negro, a fuerza de hincharse y de dilatarse por momentos, en condiciones inusitadas, fué barrera salvadora para nosotros.

Los contrarios quedaron allí detenidos.

La toma del Salto — El coronel Palomeque envuelto en una bandera

Sitiada por nosotros la ciudad del Salto, me tocó presenciar su rendición, como así también cuando el jefe militar de la plaza, coronel don Gabriel Palomeque, padre del doctor don Alberto Palomeque, envuelto en una bandera nacional y acompañado por el general Caraballo y otros jefes y oficiales del Estado Mayor de Flores, se dirigía hacia el puerto montado a caballo, para de allí pasar a Concordia.

—¿Con qué objeto, el coronel Palomeque, se había envuelto en la bandera nacional?

—¡Hombre... ¡Ciertamente no lo sé. Pero, tal vez fuera porque así se consideraría más a cubierto de alguna agresión que imaginó pudiera llevarse hacia su persona de parte de los nuestros.

—¿Pelearon en el Salto?

—Sí, señor; con algunas guerrillas muy fuertes, circunstancia que permitió que nos acercáramos a la ciudad. Después pusimos sitio a la plaza, hasta que intimada su rendición y corridas algunas tramitaciones, los sitiados capitularon.

Galletas que resultaron caras

Conquistado el Salto, marchamos hacia el Sur, hasta las costas del arroyo San Francisco, sobre su desembocadura en el Uruguay, para operar más tarde en combinación con la escuadra y el ejército brasilero, en el asedió de Paysandú.

Durante el primer sitio a la plaza y en un ataque que llevamos a las trincheras, pude observar que en un local que había ocupado una panadería y que venía a quedar precisamente entre las dos zonas de fuego, el horno de la casa ocultaba un buen número de galletas, de cuyo artículo nosotros no probábamos bocado desde hacía mucho tiempo. Durante esa msima noche comentábamos en el campamento las peripecias ocurridas en ese mismo día y acerca del apetito de que

estábamos poseídos, en cuya oportunidad yo anuncié que a poco, podríamos comer los del fogón, algunas galletas.

Explicado mi plan de ataque del cual trataron de disuadirme mis compañeros, yo tenía que burlar todavía las guardias de los nuestros para el logro de mis propósitos; y deslizándome favorecido por las sombras de la noche, pude llegar hasta la abandonada panadería.

Allí estaban en realidad las ansiadas galletas en cantidad bastante como para que yo pudiera colocar un buen número de ellas entre mi pellejo y mi camisa de bayeta colorada. Y cuando ya acondicionaba las últimas que cabían en tan original medio de transporte, sentí unos ruídos que me alarmaron.

Cautelosamente descendí del horno; y cautelosamente también, traté de escabullir el bulto; pero ni bien aparecí en el patio, me ví rodeado de blancos...

—¿Muchos, general?

—A mí me parecieron una enormidad en esos momentos. Tantos, que por no "perder tiempo en contarlos", confié la salvación en la agilidad de mis piernas, estimuladas por la sorpresa y por el temor de caer prisionero. No sé cuantos disparos de arma de fuego me hicieron. Muchos. Y tan de cerca que los blancos pudieron haberme atra-

pado hasta con las manos, si no se hubieran empeñado en matarme a balazos.

Como felizmente, la línea de los sitiadores estaba a medio centenar de metros, pude llegar, siempre perseguido sin otra novedad que la de un buen susto.

En esa oportunidad y ante el fuego de fusilería que me hacían, el teniente Teodoro Ferreira, hermano del doctor Mariano Ferreira, y que poco tiempo después muriera heróicamente en la Batalla del Yatay en mis brazos, durante la guerra del Paraguay, tuvo que salir con algunos de los suyos para contener, también con disparos de fusilería el avance de mis perseguidores.

Y así, a ese precio, fué que pudimos comer galleta, de cuyo alimento nos vimos privados desde mucho tiempo atrás.

—Cuéntenos, general, algún episodio de los primeros días del asedio...

—A los pocos días de haber puesto sitio a la plaza, por segunda vez, dado que cuando el primero, tuvimos que abandonarla, para salir al encuentro del general Saa (Lanza Seca) que venía hacia nosotros, trabajo que nos evitó Máximo Pérez a la altura del Río Negro, iniciamos con una compañía del batallón 24 de Abril, un movimiento de avance, hasta ocupar la

casa de Ribero. la misma en la cual fueran fusilados más tarde Leandro Gómez y sus compañeros, construcción que venía a quedar frente mismo y calle por medio con la Jefatura P. y de Policía.

El edificio jefaturial estaba ocupado por los blancos, quienes se habían acantonado en las piezas que daban a la calle y sobre la azotea. Por nuestra parte, ocupábamos idénticas pcsiciones en la casa del señor Ribero.

Después de habernos fogueado bastante, uno de los oficiales de la gente que ocupaba la Jefatura, aprovechando un momento de tregua, y metiendo su cabeza por las rejas de una ventana, nas gritó:

—¡Muchachos! Es una lástima que nos estemos matando entre orientales!!! ¿Por qué no nos echan a los brasileros para quemarlos?... Vamos a conversar un rato tranquilamente, sin hacernos daño.

A mí me impresionó ese hombre que demostraba tener una entereza a toda prueba y porque además lo encontraba parecido a mi padre, con sus chuletas canosas.

Ante tal propuesta, cambiamos impresiones, los de nuestro grupo y resolvimos conceder la tregua.

Pero, a lo mejor que hablábamos tranquilamente, confiados, de reja a reja y de azotea a azotea, un mal intencionado de los de la Je-



Estado en que quedó la Iglesia Nueva

fatura, hizo un disparo con munición cuyo tiro vino a herir en diversas partes del cuerpo a un pobre pardo, soldado, a quien llamábamos "La Oveja".

Y desde ese momento la lucha recrudeció con mayores bríos.

—¿Vd. cree que ese haya sido un hecho premeditado?

—De ninguna manera. Fué uno de esos tantos sucesos aislados que se producen en las guerras, generalmente cometidos por individuos que jamás se distinguen por un acto de valor...

Un valiente

Días después, ese mismo cantón de la Jefatura, era mandado por un oficial, Luis López Jáureguy, hombre de coraje desmedido, llevado a la temeridad.

Parecía que a ese hombre lo protegiera una coraza invisible o que estuviese dotado de un talismán contra las balas... Imagínese — mi estimado amigo, — que ese oficial recorría frecuentemente el cantón de la azotea, dando el pecho a las balas, con una tranquilidad tal y vistiendo siempre casaquilla blanca, que aquello constituía para nosotros, una verdadera provocación. Y era así, ante su pronunciado desprecio, que ni bien su busto aparecía detrás del pretil de la azotea, nos estimulábamos entre los ata-



Luis López Jáureguy en sus últimos años de vida

cantes, para voltearlo de un balazo.

—¡A ese de la blusa blanca, muchachos! — nos gritábamos con rabia; y todas las armas apuntaban al valiente, con ansias de matarle.

Y salían los disparos, cuyas balas hacían saltar pedazos de ladrillos y de revoques de las cornisas de la finca, a la misma altura en que López Jáuregui se nos mostraba. Cuando se disipaba la nube producida por el humo de los disparos y por el polvo de los materiales que se deshacían al recibir el choque de los plomos que vomitaban nuestros fusiles, nube que, a manera de aureola envolvía a cada descarga, la valiente personalidad de hombre tan sereno y tan audaz, que parecía protegido por hada misteriosa, nuestra ansiedad se exacerbaba y el ofuscamiento nos hacía temblar entonces el pulso con mayor intensidad, impidiéndonos hacer certera puntería...

—¡Qué hombre guapo era ese López Jáureguy!!!

En muy corto número de días, — prosiguió diciéndonos el veterano militar, — nosotros tuvimos en el cantón, gran número de soldados muertos y heridos, y entre los que dieron sus vidas allí, en tan rudo batallar, puede contarse al segundo jefe del 24 de Abril, sargento mayor Larea y al teniente Piaggio, muy guapos ambos.

Pared por medio

Del cantón que ocupábamos frente al edificio de la Jefatura P. y de Policía, pasé a uno nuevo del que tomamos posesión en la barraca del mismo señor Ribero, atestada de bolsas de lana y de cueros secos, en donde peleamos más cerca todavía: pared por medio.

A medida que pasaban los días la lucha se hacía con mayor encarnizamiento.

Los blancos se nos aproximaban por las azoteas y metiendo los caños de los fusiles por los mechinales de las paredes, nos hacían disparos a quema ropa, procedimiento que nosotros, a nuestra vez, retribuíamos de igual manera.

Aquello más que lucha, era una caza de hombres....

Cierta mañana, los sitiados haciendo irrupción por distintos puntos en el patio de la barraca, nos trajeron una formidable carga por sorpresa, para cuyo fin practicaron unos portillos en los muros del cerco, construído "a la francesa", esto es, con hiladas de ladrillos parados y asentados en barro.

Con no poco trabajo conseguimos dominar a los invasores, obligándolos a retirarse con grandes pérdidas.

Piropos...

En este entrevero cayó herido nuestro jefe el coronel don Wenceslao Regules, a cuyo valor y pericia se había confiado la defensa de la barraca.

Restablecida la calma tratamos, entre algunos de los nuestros, de poner en salvo al coronel, transportándolo a sitio seguro; y cuando cruzábamos por la acera del mercado, los de la azotea de enfrente nos hicieron una descarga, en cuya circunstancia me balearon en la región abdominal. Al sentir primero el chicotazo de la bala e inmediatamente después, agudo dolor producido por la herida, me apoyé en una de las columnas exteriores del mercado, detalle éste que dió lugar a que los del cantón enemigo me gritaran:

—¡Ya ca...íste, salvaje, hijo de una tal por cual!

Pocos segundos después estábamos en salvo dentro de un local que quedaba a cubierto de las balas enemigas, en donde se nos practicó a Regules y a mí, la cura de primera intención, a base de "salmuera". Como mi herida, si bien es verdad dolorosa, no revestía gravedad, ya que se trataba de un gran desgarramiento de carne que me circundaba la cintura, pude volver

a ocupar mi puesto de combate en las últimas horas de la tarde, convenientemente vendado.

Compañía copada

En la noche, vino a relevarnos la Compañía de Infantería que llamabamos de Mercedes, mandada por el mayor Avila, a quien previnimos que debían estar con sumo cuidado porque los blancos hacían irrupción por todos lados, como había ocurrido durante ese mismo día. No se vayan a dormir, — les dijimos, — porque los van a "copar". Aquella gente, cansada de tanta brega y confiando posiblemente en que los contrarios no volverían a repetir el ataque, se durmieron, circunstancia que aprovecharon los defensores de la plaza para asaltar nuevamente a la barraca, pero esta vez con éxito, por cuanto después de hacer gran número de muertos, se llevaron a unos cuantos prisioneros entre los cuales figuraba un oficial de apellido Amén, quien, según se dijo en esos días, fué objeto de mil herejías y asesinado más tarde por sus aprehensores. Lo cierto es que nunca más tuvimos ni noticias del desventurado Amén.

La suerte de un batallón brasileño

—¿Vd. presenció general, cuando fué deshecho un batallón brasilero por la artillería de la plaza?

—Como si lo estuviera viendo.

Pocos días antes de la rendición, el general Flores previno a las fuerzas uruguayas destacadas en las boca-calles próximas a las líneas de fuego, que el comando brasilero le había pedido autorización para llevar con los suyos, un ataque a los sitiados, a lo que él, después de algunas observaciones había accedido finalmente, dada la forma insistente del pedido, recomendándonos que estuviéramos con cuidado, para cuando llegara el caso.

El asalto se llevó a cabo por la calle Real, en columna cerrada por un batallón que lo integraban unos quinientos infantes más o menos, y que llevaba a su frente, la correspondiente banda de música, que ejecutaba alegre marcha.

Como obedeciendo a un conjuro, cesaron las luchas locales, de cantón a cantón, para presenciar aquel avance, que más que a una conquista parecía que desfilaba marcialmente en una parada, en medio de la admiración de todos.

En aquellos momentos no se oía otra cosa que la música del batallón en su marcha hacia el nervio de la heróica defensa.

Nosotros que presagiábamos lo que iba a ocurrir, estábamos sin alientos ante la inquietante espectativa.

Y el batallón proseguía avanzando, como en un paseo, sin que un solo disparo interrumpiese la armonía de las notas musicales, arrancadas a los instrumentos de su banda...

¿Pero es que llegarán así, tranquilamente, a hacer irrupción dentro del recinto que tan bravamente se nos disputa todos los días y todas las noches, nos preguntábamos, cuando ya la columna estaba a vein te y cinco o treinta metros de la línea de defensa? Pero de pronto, un fuego horrísono de artillería y de fusilería nos estremeció a todos, cuyos disparos barrieron hasta el ese momento, bizarro batallón brasileño. Los acordes de la música fueron sustituídos por los desagradables estampidos de los cañones y de los fusiles y por los gritos, ya de dolor, ya de rabia de los heridos, caídos en medio de la calzada, que seguían siendo víctimas de certeros disparos y a quienes no era posible, tampoco, dispensar ninguna clase de protección.

Ese batallón fué estoicamente al sacrificio sin ninguna finalidad práctica. Los pocos que resultaron ilesos y los heridos que quedaban con fuerzas todavía para poder esca-

par a aquel antro de muerte, enloquecidos por el pánico, trataron de ponerse en salvo por distintos parajes, muchos de cuyos desventurados pagaron con su vida tan legítimo anhelo, por cuanto ya reiniciada la lucha general, ante el desastre, fueron tomados entre dos fuegos... .

El fusilamiento de Leandro Gómez

—¿Vd. alcanzó a ver a Leandro Gómez, general?

—Sí, señor; a poco de haber caído en nuestro poder. Yo ya era oficial abanderado del batallón 24 de Abril y me encontraba sobre la trinchera de la boca-calle de la Jefatura cuando de pronto ví que un grupo de hombres se dirigía tranquilamente hacia lo de Ribero. En ese grupo marchaba Leandro Gómez y otros prisioneros.

—¿Quién lo mandaba?

—El mayor Belén, era quien iba custodiando a la gente, con otros varios...

Al pasar cerca de nosotros, un oficial que acompañaba a Belén, se nos aproximó para pedirnos una escolta que custodiara a los prisioneros, proporcionándosele de la compañía del capitán Trueba, seis infantes, un sargento y un cabo, que fueron quienes fusilaron después a aquéllos.

—¿Quién fué que ordenó el fusilamiento de Gómez, Fernández, Acuña y Braga?

—Desde el primer momento se dijo que había sido don Goyo Suárez. Yo no lo puedo afirmar.

—¿Y Suárez había autorizado el pedido de la escolta?

—No, señor; porque Suárez tal vez no supiera en esos momentos que los prisioneros eran llevados a su presencia.

—¿Por qué razón llevaron a Suárez y no a Flores, a los prisioneros?

—¡Vaya usted a saberlo!! Belén era muy mal intencionado, y en el ejército no era otra cosa que un hombre suelto, sin importancia ninguna. Flores no lo estimaba, precisamente, por sus malos procedimientos; y si lo toleraba era sencillamente por su natural bondad. Y tanto es así, que no lo quería, que lo demostró el hecho de que, a raíz de la toma de Paysandú, haciéndolo llevar a su presencia y después de enrostrarle sus fechorías, Flores le hizo formar proceso de guerra para hacerle pegar cuatro tiros, de cuya última pena pudo escapar gracias a la intervención del coronel don Wenceslao Regules, que tenía gran ascendiente sobre el general.

Y fué entonces que Flores expulsó a Belén del ejército, diciéndole:

—Vete, que no quiero verte en-

tre nosotros! ¡En cuanto te vea en el campamento te haré fusilar.

—¿Y Belén, general, inquirimos?

—Se fué, pero en nuestras marchas hacia Montevideo, nos seguía de lejos; y cuando acampábamos, veíamos su silueta solitaria, allá por las cuchillas, como centinela perdido...

Ya, casi sobre la capital, al llegar al Paso del Mata Ojo de Canelones, Regules condolido de la triste cuan desairada situación de aquel "nuevo judío errante", volvió a pedir a Flores que consintiera que Belén se incorporara al ejército, a lo que el general accedió aunque a regañadientes y no sin que se hicieran a aquél miles de recomendaciones y de amenazas.

—¿Usted vió los cadáveres de los fusilados?

—No, señor; ya había visto demasiado muertos...

Goyo Suárez y los blancos

—¿Qué motivos tuvo Suárez, para ordenar el fusilamiento de los prisioneros?

—Según lo dijo a Flores y a Tamandaré, cuando éstos lo interrogaron sobre el particular el propio Suárez, fué porque tenía hondísimos agravios que vengar. Parece que años antes, cuando Quinteros, los blancos habían cometido un acto de inhumanidad con su señora

madre, hecho que jamás aquél olvidó.

Después de esa campaña, el ya general Suárez, me distinguía siempre en actos sociales y de guerra con toda su confianza; y recuerdo que un día, estando aquél de buen humor, le dije más o menos lo siguiente, para tratar de sacar algo de su carácter reconcentrado:

—General por ahí se dice que usted es muy malo, muy inhumano, muy inclemente en la guerra. Y ahora que lo trato más de cerca, no veo...

A lo que, sonriendo, pero con esa sonrisa apesadumbrada que suelen emplear los hombres que guardan una pena, me respondió, interrumpiéndome:

—Sí; y no dicen mentira. Pero todavía no soy lo bastante malo para hacer pagar a "esos" la canallada que cometieron con mi pobre madre...

Cuando me toque caer a mí, que no me den cuartel, que yo no he de pedirlo tampoco!

Y terminó preguntándome:

—Si los blancos hubieran castigado a tu madre: ¿Qué harías?...

CON EL GENERAL DON JOSE VISILLAC

Un veterano del partido blanco. — Entendámosnos. — El coronel Moyano. — Eclipse lunar de mal presagio. — Olid desalentado. — El laconismo de un parte. — Di visión que deserta. — Antes de la retirada de "Maciel". — Una viveza de Flores.— Cañón en peligro. — Hazaña de Caraballo. — Fuerzas orientales invaden el Brasil. — El auxilio paraguayo. — Ligera semblanza del general Anacleto Medina. — El célebre coronel Bastarrica. — En los tiroteos de la Unión. — Concepto sobre la personalidad del general Flores.

Un veterano del partido blanco

Cuando nos despedíamos del general don Zenón de Tezanos, terminado el reportaje que le hiciéramos y que acacabamos de publicar, le formulamos un nuevo pedido.

—Díganos, general le preguntamos. ¿Conoce usted algún nacionalista que, por haber actuado contra la Cruzada Libertadora sirviendo al Gobierno, en la defensa de Paysandú pueda proporcionarnos algunos informes?

—Ahí tiene al general Visillac, blanco y de dilatados servicios mi-

litares. Creo que él no se encontró entre los defensores de Paysandú, pero en cambio, tuvo actuación destacada dentro de las filas de nuestros contrarios, durante la Cruzada Libertadora. Vayan a verlo, que aparte de la información que pueda proporcionarles respecto a hechos en los cuales él mismo fué actor, es todo un caballero.

Y con la credencial que nos sirvió para entablar amistad con el general de Tezanos nos presentamos a este jefe nacionalista, en su casa de la calle Colonia 1209, en una de estas últimas mañanas.

La mejor recomendación que se puede hacer del general don José Visillac, es la de que a la caída del gobierno blanco como consecuencia del triunfo de Flores, en cuya época había alcanzado ya a capitán, ha seguido figurando en el escalafón militar y ascendiendo grado a grado, permaneciendo siempre fiel a su partido.

El general Visillac que en sus últimos años de vida activa alcanzó a ocupar la vice presidencia del Tribunal Militar de Apelaciones, inició sus servicios en el año 1860, cuando contaba diez y seis años de edad, como oficial de la Urbana de la Capital, durante el Gobierno de Pereyra.

Su padre, don José Visillac, aunque comerciante, tuvo también como buen oriental de viejo cuño, sus



El Gral. Visillac cuando era alférez

veleidades militares, sirviendo con el grado de oficial de Oribe, cuando la Guerra Grande, carrera que abandonó para siempre, así que terminó aquella larga contienda.

Su tío, don Ramón Visillac, fué jefe de los ejércitos de la Independencia.

Fiel a sus convicciones, este veterano que hoy luce con gallardía diez y seis lustros de vida, rodeado de general estimación, no ha trepidado ante la fatalidad de todas las contiendas armadas por las cuales ha tenido que pasar el País, en abandonar puestos, familia y bienestar, para correr la suerte de sus compañeros de causa. Y ha sido así, como este hombre ya viejo y curtido de fatigas y de heridas, durante las últimas contiendas armadas, se ha visto obligado por su consecuencia partidaria, a volver a las viejas épocas, durante las cuales los pleitos cívicos se dirimían en las cuchillas de nuestra tierra, con argumentos de acero y de plomo.

Entendámosnos . . .

Después que nos hubimos presentado y explicado los motivos de nuestra visita, el bravo general Visillac, que se expresa y se mueve con la agilidad de un hombre de cincuenta años, nos dijo de la ma-

nera más gentil, que estaba a nuestras órdenes.

—¿Vd. se encontró entre los defensores de Paysandú?, inquirimos.

—No, señor.

—Pero prestó sus servicios militares al Gobierno contra la "Cruzada Libertadora"...

No; — nos dijo riendo. ¡Qué Cruzada Libertadora!... ¿A quién libertaban?

—Bueno; replicamos en igual tono. Si Vd. quiere, en la Revolución de Flores. Pero, como a ese movimiento armado se le denominó y se le denomina todavía "Cruzada Libertadora"...

—Los blancos nunca dimos ese nombre al movimiento armado del general Flores...

—¡Ah! Ese es otro cantar...

—Ya a tantos años de distancia de los hechos que nos ocupan, no hemos de hacer cuestión por nombre más o por nombre menos. ¿No le parece?, terminó diciéndonos jovialmente.

—De acuerdo. Y bien; decíamos que cuando la revolución de Flores...

—Yo era oficial de la Urbana de la Capital. Convulsionado el país, me tocó salir a campaña, como secretario del general don Servando Gómez, hermano de mi señora madre y consiguientemente tío mío, actuando así en varias acciones

de guerra, entre ellas la de "Don Esteban" que tuvo lugar en el departamento de Río Negro y en la cual fué herido y completamente derrotado, el coronel Moyano, de las fuerzas del general don Enrique Castro, coronel que, hasta poco tiempo antes, había sido de los nuestros.

El coronel Moyano

—¿Y se encontraba no obstante al servicio del general Flores?

—Sí, señor, pero la cosa tiene su explicación. Moyano a poco de invadir Flores, cayó prisionero de las fuerzas de éste en el combate de "El Avestruz" y siguió en el ejército revolucionario en aquél carácter, como así también su sargento don José Etcheverry, que con el correr de los años habría de llegar a general.

El Gobierno tenía por su parte prisionero en un pontón, al coronel don León de Palleja, de los colorados; y tal circunstancia movió a Flores a proponer el canje de ambos jefes, temperamento que no aceptó Berro, quien al contestar, lo hizo en forma que llegó a lastimar el amor propio del coronel Moyano.

Trasmitada la negativa a Flores y hecho conocer por éste al prisionero el concepto que merecía a sus superiores, Moyano ofreció de in-



El general don José Visillac

mediato sus servicios al jefe revolucionario, a quien sirvió con toda lealtad y decisión.

Eclipse lunar de mal presagio

—¿Qué nos puede decir de la acción de Coquimbo, general?

—Que ese desgraciado hecho de armas fué el principio del desastre del Partido Blanco. La noche antes, una noche clara y de hermosura única, aunque algo fría, nuestra división que se encontraba en las costas del Arroyo Grande desprendió como vanguardia al coronel don Bernardino Olid, con unos seiscientos hombres, para que siguiera el rumbo que llevaban los revolucionarios.

Nosotros proseguíamos la marcha sin mayores apremios y recuerdo que en esa misma noche, durante un alto y en circunstancias que comíamos con el general Gómez unas perdices hervidas, la claridad diáfana de aquella noche de helada, empezó a oscurecerse gradualmente. Un eclipse lunar que se acentuaba por momentos, quitándonos aquella magnificencia de luz de que disfrutábamos, cubrió de sombras el campamento.

Y entonces el general en jefe de las fuerzas gubernistas, interrumpiendo la frugal cena que hacíamos al calorcito de improvisado fogón,

preocupado y señalando con el índice de su diestra al astro viajero que se escurría detrás del obstáculo que nos robaba momentáneamente su poder lumínico, me dijo sentenciosamente:

—¡Mira eso! ¡Se me ha eclipsado el triunfo! Mañana, que podría caer sobre Flores, no lo pelearé!

Como yo me quedara mirándolo sorprendido, él volvió a insistir en su afirmación y trajo en apoyo de la actitud que asumía, un caso análogo, ocurrido al gran Napoleón.

A la madrugada y sin sospechar que Olid, por su cuenta, pudiera comprometer acción, seguimos su ruta, hasta Bequeló, en donde hicimos un alto para quitar los frenos a la caballada, cuando horas después fuímos sorprendidos por la llegada de algunos dispersos del jefe de nuestra vanguardia, entre los cuales se encontraba un negro.

El general Gómez, así las cosas y sin conocer todavía la magnitud del desastre, me hizo escribir apresuradamente con lápiz, un papel para Olid, ordenándole que no fuera a pelear a Flores y que lo esperara, que él reemprendería la marcha de inmediato, en su auxilio.

El chasque, portador de esta orden, salió a todo escape; pero los hechos se habían encargado ya de confirmar el vaticinio que en la noche anterior me hizo el general,

Olid que había perdido nuestro contacto y confiando demasiado en sus fuerzas y en su valor, creyó derrotar fácilmente a Flores y obtener así un señaladísimo triunfo personal.

Olid desalentado

Horas después el coronel don Bernardino Olid llegó a galope tendido, montando un caballo zaino y cubriendo su cabeza con sombrero de paja de amplísimas alas, jefe que al enfrentar a nosotros, gritó desde lejos, todavía.

—¡Nos han derrotado, general, y ahí vienen por el resto!...

En ese preciso momento llegaba también a nuestras filas un comandante de apellido Márquez, si mal no recuerdo, perteneciente a las fuerzas de Mercedes, quien al ser visto por Olid, fué interpelado de la siguiente manera:

—¡Cómo! ¿En dónde se encontraba usted comandante cuando la lucha, que no lo he visto?

—He estado en la pelea, coronel, en mi puesto. Y prueba de ello, es que he resultado herido en esta mano...

Los dispersos— prosiguió diciéndonos el general Visillac, — perseguidos por los revolucionarios, continuaban llegando por momentos, en grupos y en mayor número.

El laconismo de un parte

Allí mismo, el general don Servando Gómez, me hizo escribir el parte del desastre, que pasaba al gobierno y que llevaba la siguiente redacción, que, por lo sintética y lacónica, recuerdo perfectamente bien, escepto el detalle de la hora, que dejaremos en blanco.

"Exmo. Señor Presidente de la República. Don Bernardo P. Berro. Montevideo. — Son las... p. m. y acabo de ser derrotado completamente. Dios guarde a V. E. muchos años.— Servando Gómez".

Debo agregar también —nos afirmó el ilustrado general — que nuestro jefe impartió órdenes severísimas para que nadie del ejército, en sus comunicaciones con gente de esta capital, escribiera una sola palabra que tuviera relación con la acción de Coquimbo.

—¿Y qué dijo a Olid, en tal ocasión el general Gómez?, iquirimos.

—Le enrostró que hubiese comprometido acción sin su previo consentimiento.

División que deserta

Como consecuencia de este resultado, el general Gómez ordenó inmediatamente que se tocara "a montar a caballo", para proseguir la marcha — ello no obstante, —

en pos del enemigo; — pero, una nueva contrariedad debía agregarse a la ya experimentada: la división de Canelones, al tener conocimiento del desastre, se nos dispersó en masa, quedando con el ejército solamente, su jefe el coronel Valdéz y la oficialidad.

—¿Y no detenían a esa gente que desertaba?

—¡Qué quiere que se hiciera en esos momentos de desconcierto! En una derrota, no es posible...

Yo, por mi cuenta, como así también otros oficiales, pretendimos aunque inútilmente, hacer volver a algunos de los que huían, poniéndonos por delante y razonándoles, actitud que habiendo sido vista por un viejo jefe, el coronel don Jeremías Olivera, me dijo:

—"Mire mi amiguito: en casos como éste, nunca se ponga por delante de la gente que huye, porque aparte de resultar inútil el esfuerzo, es hasta peligroso".

Ante esta nueva emergencia, toda persecución resultaba completamente imposible.

Y fué así como emprendimos después marcha hacia Mercedes, cambiando consiguientemente de ruta, a cuya localidad llegamos en las primeras horas de la mañana sin que la guarnición, a cargo del entonces comandante Braga, que más tarde habría de morir fusilado en Paysandú, nos sintiera,

Este nuevo detalle que acusaba falta de actividades y de vigilancia dió lugar a que el general Gómez, profundamente disgustado, reprochase tales circunstancias a aquel malogrado y valiente militar.

Antes de la retirada de Maciel

—¿Recuerda usted general, la persecución que hicieron al general Flores, desde las "Puntas del Maciel", hasta el Río Negro?

—¡Cómo no la he de recordar! Pero antes ocurrieron algunos episodios que no dejan de tener su importancia y que, mi colega y amigo el general Tezanos, omitió referírselos.

Antes de emprender nosotros esa persecución, el general Flores nos sorprendió una noche cruzando una picada del arroyo Maciel, llevando en los primeros momentos la consiguiente confusión a nuestros filas. Pero, repuestos de ella, formamos cuadros y pudimos repeler el ataque, volviendo los revolucionarios al otro lado.

Una viveza de Flores

Al día siguiente, por la mañana, el jefe revolucionario mandó al general Gómez un parlamento compuesto de tres vecinos del lugar, quienes venían facultados para decir a éste, que según lo había demostrado en la noche anterior, sus fuerzas eran superiores a las del

gobierno; como así también que le proponía la celebración de una entrevista, con la esperanza de que, hablando como militares y prescindiendo de los políticos, podrían llegar a un acuerdo. Esos mismos vecinos expresaron al general Gómez, que el general Flores le prevenía que si no aceptaba esas proposiciones, vendría a pelearlo con su ejército.

—¿Y el general Gómez, que respondió?

—El general Gómez que conocía perfectamente bien la verdadera situación del general Flores y que éste para aparentar tener mayor número de hombres, se multiplicaba a fuerza de actividades, dándose cuenta que tal actitud no era otra cosa que el fruto de una de las tantas vivezas del caudillo colorado, — contestó a los emisarios:

—Digan ustedes al general don Venancio Flores, que yo no entro en arreglos; y que, por el contrario, le ahorraré el trabajo de venir por mí, yendo yo a buscarlo.

Cañón en peligro

Y al día siguiente cruzamos el arroyo Maciel, en donde Flores a la vez que iniciaba su retirada, nos esperaba con líneas de guerrllas tendidas, para contenernos. Su ejército parecía ser el doble de lo que era en realidad, porque las fuerzas marchaban con los caballos "en-

rabados", haciendo así dobles las columnas.

Los anteojos de larga vista denunciaron la treta, y fué entonces que cargamos con mayores bríos,— de tal manera que, — el único cañón con que contaba el ejército revolucionario, estuvo a punto de caer en nuestras manos, no obstante los esfuerzos que en contrario hacía personalmente, el propio general Flores.

Llegamos a estar tan cerca del ansiado cañón que el coronel de los nuestros, el célebre vasco Bastarrica, entusiasmado, gritaba a todo pulmón:

—¡El cañón es nuestro! ¡El cañón es nuestro!!!

—Pero, estaba visto que en esa desgraciada revolución, todo nos habría de salir mal...

Hazañas de Caraballo

Cuando ya dábamos por nuestra a esa dichosa pieza de artillería, se nos apareció inopinadamente por retaguardia, el general florista Caraballo, lanceándonos y abriéndose cuña entre nuestras filas, cruzó como un ciclón, hasta incorporarse nuevamente a los suyos.

Así sorprendidos, hicimos alto, en cuya confusión, los contrarios, ganando tiempo, pudieron poner a buen recaudo su pieza de artillería.

Inmediatamente después, prose-

guimos la persecución hasta el Paso de Villas Boas del Río Yí, siempre en contacto con la retaguardia y los flancos del ejército revolucionario, en cuyo paraje nos detuvimos para no forzar el Paso, al que llegamos a la caída de la noche.

El general Flores encendió fogones para hacernos ver que acampaba allí, cuando la realidad era otra; a marchas forzadas siguió hasta el Paso de los Toros del Río Negro, que venía creciendo, vadeándolo sin pérdida de tiempo. Cuando llegamos nosotros, nos encontramos con esa barrera insalvable de agua y con que Flores se nos había escapado una vez más...

Fuerzas orientales invaden el Brasil

—Cuando cayó Paysandú, ¿en dónde se encontraba usted, general?

—En Florida, localidad que habíamos recuperado nuevamente.

De allí, el general don Servando Gómez desprendió al general don Basilio Muñoz y al entonces coronel don Timoteo Aparicio, con las divisiones de Florida y Durazno, con órdenes de que invadieran el Brasil, cuyas fuerzas llevaban como jefe al coronel don Nicolás Marfetán.

—¿Y llegaron a invadir el Brasil?

—Sí, señor; llegaron hasta Bagé, en donde recibieron orden de retor-

nar al país, respondiendo a un nuevo plan de operaciones militares. Con el aviso de que los paraguayos venían en nuestro auxilio, aquellas fuerzas eran necesarias aquí.

El auxilio paraguayo

Pero, como es sabido, las fuerzas del mariscal López, al mando del coronel Estigarribia, después de abandonar el Paraguay, sólo pudieron llegar hasta la ciudad brasileña de Uruguayana en su marcha hacia el Uruguay, en cuya localidad tuvieron que someterse al Ejército Aliado.

Con las fuerzas paraguayas venían también algunos orientales, entre ellos el doctor don Juan Pedro Salvañach y don Pedro T. Zipitría, hijo este último del soldado de la Independencia, don Rafael G. Zipitría, de Canelones, compatriotas que, al haber sido hechos prisioneros por las fuerzas aliadas, fueron enviados después a Río Janeiro.

Como en Uruguayana el ejército aliado trataba de reconquistar la plaza que habían ocupado los paraguayos, intimó a éstos la rendición, haciéndoles ver que toda resistencia resultaría completamente estéril, ya que contaban los sitiadores con poderosa artillería, el doctor Salvañach fué quien redactó la contestación, concebida en los siguientes términos, aunque después,

la conducta fuera otra en realidad: "El humo de los cañones de ustedes, nos harán sombra para pelearlos."

Este fracaso de los paraguayos, hizo ineficaz o poco menos, la acción de Muñoz y de Aparicio, cuyas fuerzas, cuando retornaron al país, se encontraron con la novedad de que Montevideo, el último baluarte del último gobierno blanco que hasta ahora ha regido los destinos del país, había también capitulado...

El general don Anacleto Medina

—Díganos, general: ¿conoció usted al general Anacleto Medina?

—Sí, señor; y tanto, que también serví bajo sus órdenes, cuando este jefe, evolucionando a raíz de la revolución de César Díaz que tan trágicamente terminara en Quinteros, se pasó a nuestras filas.

El general Medina, que fué uno de los jefes más prestigiosos del partido colorado, inició sus servicios en los ejércitos que nos dieron la Independencia Nacional. Aunque analfabeto era militar de bien probada pericia en el arte de guerrear y muy valiente por añadidura.

En cuanto a su físico, era de color marcadamente aindiado; y de ahí que quienes le querían mal le llamaran el "tape" Medina. Bajo de estatura, más bien grueso, usaba un bigotito negro. Era hombre de muy pocas palabras.

Una de sus características, que nos llamaba la atención, era la de que no usaba sombrero, cubriendo en cambio su cabeza con una gorrita de paño azul, cuyo aro circundaba con un cintillo celeste, muy angosto.

No obstante servir en un ejército blanco, no quería ver divisas blancas...

—¿Y por qué?

—¡Hombre! Tal vez fuera porque como había sido colorado hasta pocos años antes.. .

—¿Ustedes no le tenían desconfianzas, ante ese detalle?

—¡Qué esperanza! ¡Le teníamos absoluta fé, porque teníamos el firme convencimiento de que jamás podría volver a las filas de su partido de origen. Y aparte de esto, lo estimábamos también porque era valiente y porque,—como ya se lo he dicho—era muy ducho en las lides de la guerra.

—¿Nunca le oyeron hablar ustedes respecto a su evolución?

—Nunca.

—¿Y respecto al general Flores?

—Que haya hablado mal, nunca tampoco. Por el contrario, creo que sentía respeto por ese militar.

El coronel Bastarrica

—¿El general Gómez no se vino a Montevideo, después de la acción de Coquimbo?

—Es verdad, y los restos de sus fuerzas fueron incorparados al ejército del general don Anacleto Medina.

—¿Usted no sirvió con Bastarrica?

—Sí señor; durante esa misma guerra. Mandé también una compañía del 2.o de Cazadores del cual era jefe el expresado militar.

—¿Puede proporcionarnos algunos datos respecto a su persona?

—No tengo ningún inconveniente. Bastarrica, era vasco español y en la guerra carlista de España, había servido en los ejércitos del pretendiente al trono, hasta que los acontecimientos lo obligaron a emigrar, llegando a Montevideo que se encontraba a la sazón en plena Guerra Grande, con sus compañeros de armas Amilivia, Curuchaga, etc. Por un lado la situación económica en que se encontraba la República a causa del Sitio; y por otro, las inclinaciones bélicas de dichos señores, fueron factores que los indujeron a ofrecer sus espadas a la causa que defendía en aquella emergencia, el general don Manuel Oribe.

El coronel Bastarrica durante la revolución de Flores, estaba ya bastante acriollado. Muy alto de estatura, grueso, de voz potente y muy humano, era un hombre que

había nacido para ser militar y para mandar.

Sumamente severo y exigente en las cuestiones del servicio, cuando ocurría algo anormal en el cuartel, nos decía con tono de severidad:

—"Ya se lo andan con la bochinchería..." Era este un estribillo que tenía el coronel y que a nosotros los oficiales, todos criollos de buena cepa, nos hacía mucha gracia.

Cuando cayó la plaza de Paysandú y el general Flores se vino a Montevideo con sus ejércitos tuvimos que tirotearnos en distintas ocasiones con las fuerzas revolucionarias. Recuerdo que cierta mañana que avanzábamos con nuestro batallón para salirle al encuentro a otro cuerpo brasileño que marchaba hacia Montevideo y a cuya unidad arrollamos por completo, salió precipitadamente en protección de ésta, el batallón 24 de Abril que mandaba el coronel don Wenceslao Regules, — otro valiente, —en cuya oportunidad peleábamos a tan escasa distancia, que Bastarrica gritaba al jefe colorado:

—¡Ché Regules. Avanzá con tu batallón que te lo voy a hacer un cotejo!

Lo cierto fué, terminó diciéndonos el general Visillac, que proseguimos quemándonos a muy escasa distancia; y que ambas fuerzas tu-

vieron que retirarse más tarde a sus respectivas posiciones, sin otro resultado que el de la pérdida de unos cuantos soldados por ambas partes.

Concepto sobre el general Flores

—Sabemos general, — dijimos al distinguido jefe — que usted ha sido herido varias veces en las muchas acciones de guerra en las cuales le ha tocado actuar...

—Yo le he dado ya muchos datos respecto a nuestras revueltas. En lo que se refiere a mí, personalmente, Vd. me ha de permitir que sea parco en palabras...

—Bien; pero dentro de esa parquedad, díganos algo...

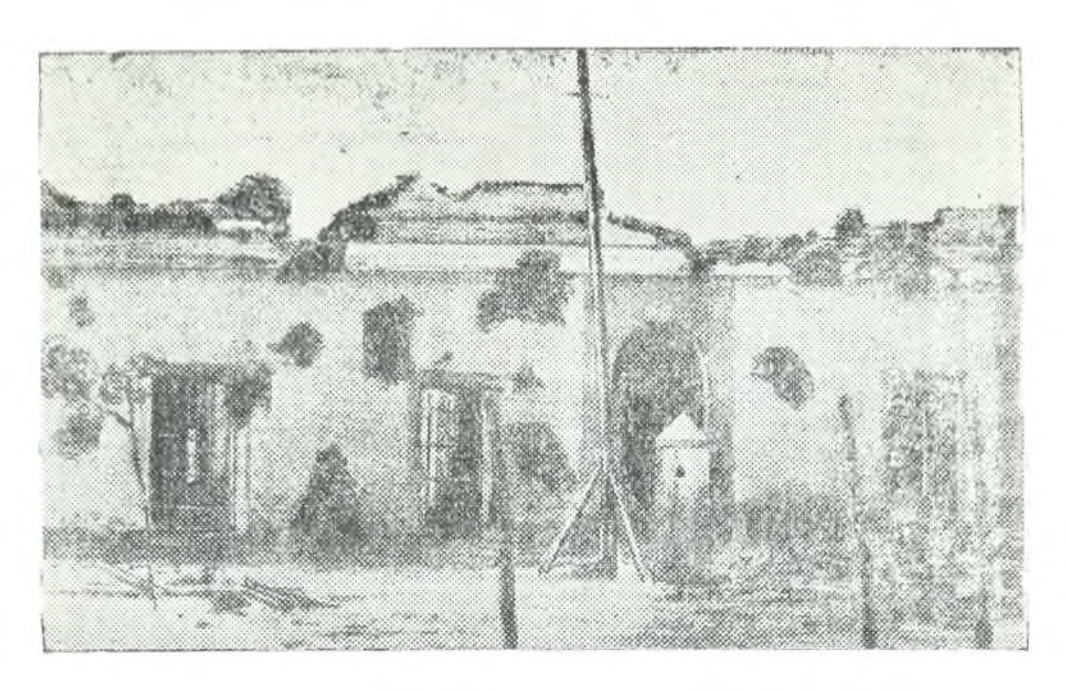
—Perdón. No insista. Es inútil. Es decisión irrevocable.

Y como fueran inútiles todos nuestros ruegos y nuestros razonamientos para que este veterano, dejase a un lado su modestia, tratamos de sorprenderlo con una nueva exigencia, abusando de su proverbial bondad.

—Muy bien, general. Aceptamos su decisión. Pero queda entendido que Vd. continúa dispuesto a proporcionarnos datos con respecto a los demás. ¿No es así?

—¡Ah, eso sí!

—Entonces... ¿Qué concepto le ha merecido y le merece la perso-



La Comandancia Militar de Paysandú

nalidad del general don Venancio Flores?

Y formulada la pregunta así, de sopetón, a este hombre que luchó contra aquel militar, nos respondió acariciándose su nívea y larga pera, a la vez que nos miraba tranquilamente, sin demostrar que, por una sorpresa, pretendíamos colocarlo en una situación un tanto incómoda.

—Pues miren: el general Flores me ha merecido y continúa mereciéndome, como hombre y como militar, un excelentísimo concepto.

Como hombre fué bueno y honesto y como militar, uno de los primeros caudillos que ha tenido el país.

Habrá tenido sus errores, porque ¿quién no los tiene? En mi manera de apreciar las cosas, el mayor de ellos fué el de haberse aliado con los brasileños, con cuyas fuerzas entró a Montevideo. Pero la verdad es que siempre fué un hombre humano el general Flores y que jamás oí decir a mis correligionarios de aquellos tiempos, que ningún acto pudiese arrojar sombras sobre el buen concepto de que gozaba el caudillo colorado.

Con un efusivo apretón de manos, nos despedimos de este noble viejo.

CON LA COMPAÑERA DEL GENERAL DON GREGORIO SUAREZ

Un juramento de Suárez. — Sobre el fusilamiento del general Gómez y demás compañeros de infortunio. — Y prueba de que no era tan malo... — Jugándose la vida. — La muerte de Suárez.

No poco trabajo nos dió encontrar a la compañera que fué del general don Gregorio Suárez. Sabíamos que vivía en esta capital y tras no pocos días de investigaciones, se nos indicó un lugar como problemático refugio de esta señora. Y allá fuimos, a una casa de caridad, cuyo nombre reservamos a pedido de la propia interesada, en donde, gracias a la bondad del Director y del Secretario del establecimiento, se hace mas llevadera la vida de esta simpática vieja, ciega y llena de acnaques.

Recordando a su hijo Atanasildo

—De su unión con el general Suárez, ¿cuántos hijos hubieron?

—Dos, solamente: Atanasildo y Genoveva Florencia, que murió en el Brasil en 1899, después de haberse casado con un marino brasileño, de apellido Correa.

—¿En qué año se unió usted al general?

—Después de la guerra de Aparicio, en 1873.

—¿El no le hablaba de sus acciones de guerra?

—No, señor, porque como yo era de familia blanca...

—¡Cómo, blanca...?

—Sí, señor. Blanca por las dos ramas. Por los Umpierres, rama paterna y por los de las Carreras, de la rama materna. El doctor Antonio de las Carreras que servía al Gobierno cuando la Cruzada Libertadora y que mas tarde fuera asesinado en el Paraguay por el tirano Lopez. era hermano de mi madre... Es natural que yo le oyera hablar frecuentemente con sus amigos y compañeros de hechos de armas en los cuales les había tocado intervenir.

Un juramento de Suárez

Un día le pregunté:

—¿Porque eres así, Suárez, tan intransigente con los blancos, que te califican siempre de salvaje, de inhumano y te ponen motes desagradables?

—Mira, Carolina, tu no entiendes de estas cosas, me respondió seriamente y visiblemente contrariado. Yo jamás te hablo de política, porque eres mujer y porque aparte de eso eres de ascendencia blanca. Pero ya que me planteas la cuestión, hablemos por esta vez solamente, de opiniones...

Solo yo puedo valorar el sacrificio que me he impuesto.



Doña Carolina Umpierres de Suárez.

A mi familia, sindicada de "salvaje" siempre la persiguieron los blancos y la hicieron víctima en distintas ocasiones de castigos corporales, de ultrajes y del despojo de sus bienes. Pero el colmo de la inhumanidad llegó, cuando a mi madre, después de haberla atado con maneadores en el horcón del rancho en donde vivía, le prendieron fuego a éste para que muriera quemada... Desde ese día, juré ser rígidamente severo en las guerras con mis contrarios, cuando recogía los restos calcinados de mi pobre vieja en el lugar de la tragedia, (Polanco del Río Negro). en cuya tarea me ayudó mi fiel asistente Manuel Santa Bárbara.

Por esto es que odio a los blancos, terminó diciéndome. Y te ruego que no vuelvas a hablarme de estos asuntos que tu no entiendes...

—Sí; — me atreví a insistir. Pero tú, en Paysandú, salvaste a algunos blancos, como a Estomba y a mi tío Ernesto de las Carreras...

—Los salvé porque sobre el odio partidario, está el deber de la amistad. Estomba y de las Carreras eran mis amigos, — terminó diciéndome Suárez y me dió la espalda enseguida, como para que no le hablase una sola palabra más sobre el asunto.

Sobre el fusilamiento del general Gómez y demás compañeros de infortunio.

—Muy bien señora. Son muy interesantes sus datos; pero con respecto al fusilamiento de Leandro Gómez y demás compañeros de infortunio ¿nunca le oyó decir nada al general Suárez?

—A mi nunca me dijo nada sobre el particular, por las razones que ya le he dicho; pero en conversaciones que sostenía con sus amigos, pude oirle mas de una vez, que él no había sido quien diera la orden de fusilar a los prisioneros, sino que ella había sido el fruto de una decisión personalísima de Belén. Suárez decía en tales conversaciones que a él lo había sorprendido también la ejecución.

—¿Y cómo, entonces se responsabilizó con semejante acto

—Yo no lo se señor. El era un hombre raro. Talvez por salvar al indio Belén, de que lo fusilaran...

Y prueba de que no era tan malo...

Y créame, — Suárez no era malo, — prosiguió diciéndonos misia Carolina. El siguiente hecho que me contó el propio Lorente, aquí en Montevideo después que murió mi esposo, le demostrará que si algunas veces fué severo en el ardor

de la lucha, supo ser bueno también en determinadas ocasiones.

Don Félix Lorente casado con doña Micaela Villademoros, hija de don Carlos Villademoros, Ministro de Oribe en el Cerrito, fué de los que en calidad de oficial le cupo la gloria de pertenecer a los heroicos defensores de Paysandú; y él mismo, años después de morir Suárez, me contó lo que voy a relatar.

Jugándose la vida

Cuando la plaza de Paysandú capituló, el señor Lorente que había salido ileso en la sangrienta contienda pudo escapar a que lo hicieran prisionero, escondiéndose en una casa; pero resultando un tanto incómoda su situación ya que le era pocos menos que imposible poder salir de la ciudad sin ser visto, prefirió presentárselo a Suarez, no obstante saber que dicho jefe colorado estaba sindicado ya, como posible autor de la orden de fusilamiento de los prisioneros.

Y al día siguiente de la rendición, Lorente se presentó a Suárez, con divisa blanca, en la casa que éste ocupaba, para decirle:

— Coronel. Aunque he escapado a que me hicieran prisionero, vengo a presentármele. No he cometido ningún delito, porque defender con las armas la causa de sus afec-

ciones, no es un crímen. Aquí estoy con mi divisa todavía.

—Ha hecho usted muy bien señor, porque peleando contra nosotros, ha cumplido con su deber de partidario.

Cuando estaban en eso, — prosiguió diciéndonos nuestra reporteada, — hizo irrupción en la casa, la señora de Lorente que, desesperada, dirigiéndose a Suárez, le imploraba, anegada en llanto que respetase la vida de su esposo.

—Señora, — le dijo Suárez entonces: — Esté completamente tranquila que a su esposo no le pasará nada desagradable. Yo no soy ningún asesino. Cuando mato, es peleando, hombre a hombre en el ardor de una batalla, jugando mi vida también. Vaya pues, tranquila a su casa con su esposo, que yo velaré por ustedes.

Y mi esposo, — nos dijo misia Carolina, — según me lo expresó el propio Lorente en su casa de la calle Santa Lucía entre las de Canelones y Maldonado — en cuplimiento de la promesa que les hiciera, les mandó una carrada de leña, provisiones de boca y una lechera...

—Perdone que la interrumpamos, señora. ¿Suárez le contó alguna vez este episodio de su vida?

—Nunca. Ya le he dicho que en cuestiones de esta naturaleza, ja-

más entró en confidencias conmigo. Me lo contó, como ya se lo he dicho, el propio Lorente que no tenía palabras bastantes para agradecer la conducta de mi esposo. ..

Con respecto al cariño que Suárez sentía por su madre, bástele saber que en el mismo sitio donde se levantaba el rancho en el cual aquella pereció quemada, mandó construir más tarde, una iglesia para que perpetuara su memoria, paredes que se levantan a más de un metro del suelo y cuya construcción se suspendió a la muerte del general Suárez. Tan delicado sentimiento de amor filial, demuestra en forma elocuente, que el corazón de aquel bravo guerrero, no estaba cerrado como se ha dicho, a todo sentimiento de ternura.

La muerte de Suárez

—Ahora pasemos a la parte final, señora.

—¿De qué enfermedad murió su compañero?

—Envenenado.

—¡Cómo...!

—Sí, señor. Lo hizo envenenar Latorre con un mate de té, que le sirvió una persona que vive todavía y que por razones que usted muy fácilmente comprenderá, no puedo nombrársela.

—He oído decir, que la agonía del general Suárez, fué atrozmente dolorosa e inquieta; y que aquél, ya en estado inconsciente, disvariaba a gritos con batallas y con lances personales...

—Eso es una inexactitud. En su enfermedad que duró catorce días y durante la cual lo asistieron los doctores Francisco Antonio Vidal, Pimentel, Leonard y otros, no ocurrió nada de eso que usted me dice. Al contrario: fué una vida que se fué extinguiendo gradualmente, sin alucinaciones ni violencias.

Al despedirnos de esta vieja que conserva todavía rasgos fisonómicos que hablan de belleza, a la vez que detenía entre las suyas nuestra diestra, nos dijo.

—¿Cómo es su nombre que no lo recuerdo?

—Y al repetírselo, le dimos una, tarjeta, que sus manos de ciega guardaban cuidadosamente, a la vez que exclamaba riéndose:

—¡Caramba, señor! Yo no tengo otra con qué retribuírle.

¡Estoy más gaucha que una taba!!!

LA CADENA DE LEANDRO GOMEZ
Desaparecida cuando su ejecución— Empieza la historia — Grata sorpresa — Y malgré todo. . .

La cadena antigua

En la época que nos ocupa, era moda entre la gente de pro, usar para sus relojes, larguísimas cadenas de oro a guisa de collar, cadenas que, después de rodear la parte posterior del cuello y de hacer comba, levantaban todavía sus dos extremos para asegurar al reloj, que se guardaba bien en uno de los bolsillos del chaleco, si se trataba de un civil, o bien sobre el superior de una casaquilla, en caso de un militar.

Leandro Gómez, de arrogante figura, y que tanto social como militarmente era hombre de sobrados prestigios, ostentaba una de esas alhajas durante los días de la defensa; pero, a poco de haber sido fusilado, su cadáver fué visto por don Pablo A. Dugrós, no solamente sin la cadena, sino que también sin sus ropas exteriores y su calzado.

Empieza la historia

Hace ya algunos años se presentó cierto día al estudio del doctor don Alberto García Lagos, reclamando sus servicios profesionales, un modesto hombre de campo, llamado

Faustino Pereyra, quien, finalmente, salió airoso en el litigio.

—Doctor, — le dijo, — el asunto ya está terminado. ¿Cuánto le debo?

—Nada, mi amigo; me basta con haber tenido el placer de conocer y defender a un hombre honrado como usted — contestó a Pereyra el doctor García Lagos.

Y tras algunas exhortaciones del cliente para que el abogado fijase sus honorarios, dijo finalmente el primero:

—Bueno, amigo doctor; ya veo que no me quiere recibir dinero. Muchísimas gracias. Pero, en cambio, lo voy a hacer quedar bien con su novia.

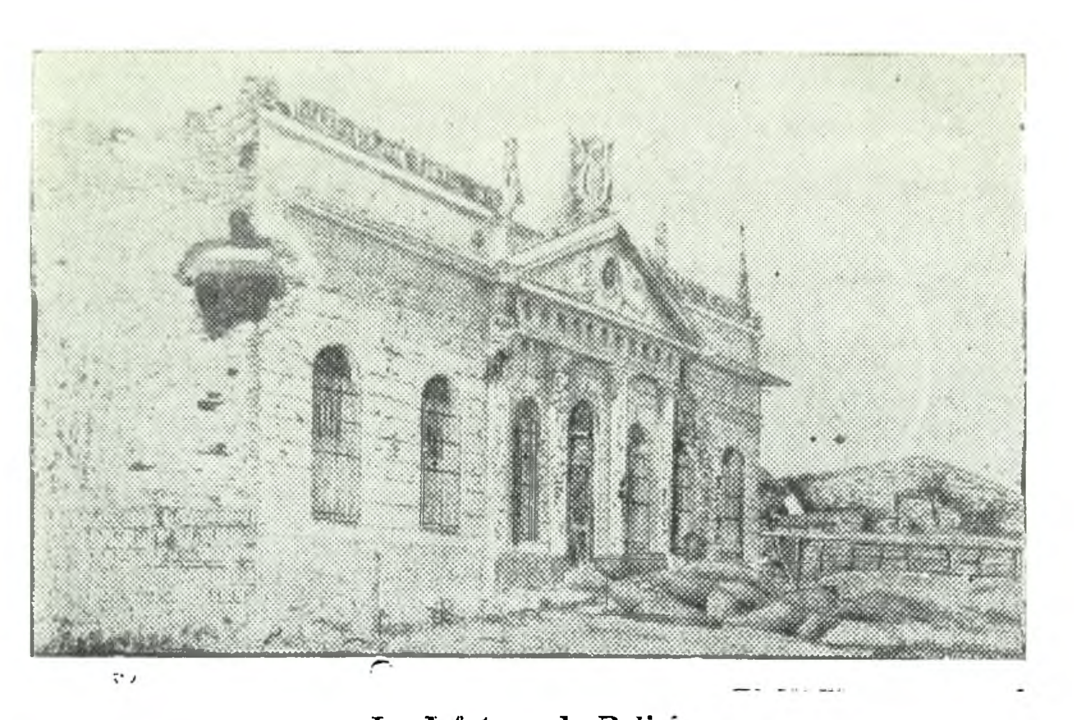
El doctor García Lagos, que no había dado mayor importancia a lo dicho por Pereyra, recibió pocos días después la visita de éste, que le traía una larga cadena primorosamente trabajada. Y al hacerle entrega de ella le dijo:

—Regálele usted esto a su novia, que ella sabrá valorarlo y usted ha de quedar muy bien.

Y aquel buen paisano no quiso decir una sola palabra más sobre el asunto.

Grata sorpresa

Bastante intrigado, el doctor García Lagos se dirigía en la noche de ese mismo día a hacer su visita a la que más tarde sería su esposa— la entonces señorita Faustina Gómez



La Jefatura de Policía

hija del general don Leandro Gómez — con el regalo que haría a ésta por indicación de su cliente. Y segundos después de encontrarse al lado de su prometida y sin decir una sola palabra, sacó de uno de sus bolsillos la cadena, que puso en manos de su novia.

La hija del general sacrificado en Paysandú, sin poder contener un grito de sorpresa, exclamó:

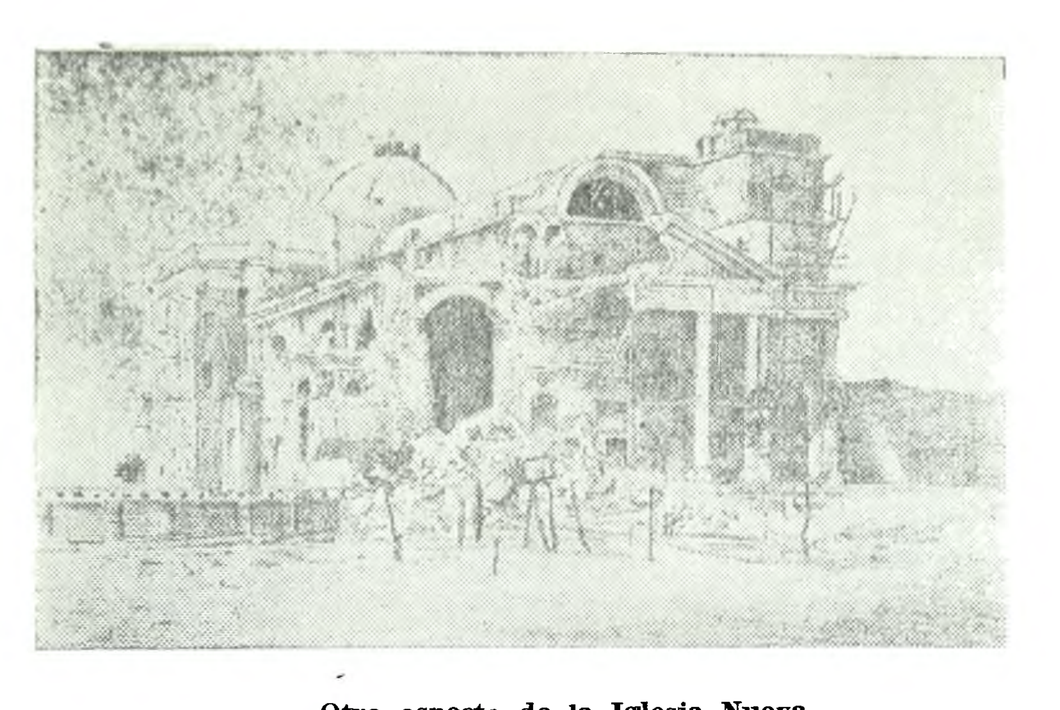
—¡Esta es la cadena de mi madre!

Luego vinieron las explicaciones y la señorita de Gómez dijo a su prometido que, muerta su señora madre cuando ella era muy niña todavía, su padre el general, le había regalado esa cadena, pero con la condición de que él continuaría usándola hasta que ella fuera ya señorita.

Y, efectivamente: don Leandro Gómez llevaba invariablemente sobre su blusa de militar, la preciosa cadena que rodeó su cuello hasta segundos después que su cuerpo cayera atravesado por las balas fratricidas sobre el césped de la quinta de Ribero.

Y malgré todo...

Esa cadena, a raíz de la ejecución de los prisioneros, fué vista en manos del mayor Belén, quien más tarde la habría de regalar a una paisana amiga suya. Y don Faustino Pereyra la hubo después de la ex-



Otro aspecto de la Iglesia Nueva

presada mujer, que fué quien contó la procedencia de la histórica alhaja, que conserva amorosamente una nieta del general, la gentil señorita Dora García Gómez, hija del doctor don Alberto García Lagos y de la señora Faustina Gómez de García Lagos.

GOLPE DE MANO CONTRA FAUSTO AGUILAR

En marchas hacia Montevideo — Detenidos en Las Piedras—Fausto Aguilar herido—Abandona momentáneamente el ejército, para su curación — Emboscada que fracasa — Una partidaria decidida — Cambio de ruta.

Después de Las Cañas

Después del combate de Las Cañas realizado en el departamento del Salto el 25 de Julio de 1863, en que las fuerzas gubernistas al mando del general don Diego Lamas, fueron derrotadas por los revolucionarias de Flores,— éstas, — marcharon de inmediato hacia el Sur, con intenciones de aproximarse a las mismas puertas de Montevideo, con el fin de presionar al Gobierno y de atraerse nuevos contingentes de hombres, llegando hasta el pueblo de Las Piedras, sin que ningún obstáculo se les opusiese.

El ejército revolucionario, — según nos lo narra en interesante opúsculo el señor Manuel Ferrando, que sirvió como soldado, primero, y como oficial más tarde en el movimiento armado que nos viene ocupando,—marchaba confiado, en tres columnas, ya que sus descubiertas en todo el largo trayecto recorrido,

no habían visto a un solo enemigo. Fausto Aguilar, que llevaba "enrabada" su caballada de repuesto, ocupaba la derecha; Flores, la del centro y Caraballo la de la izquierda.

Nuevas proposiciones de paz

Desde Santa Lucía, el general Flores, volvió a hacer ofrecimientos de paz, que el Presidente de la República don Bernardo P. Berro no aceptó, si no a cambio de un sometimiento incondicional de los revolucionarios, que rechazaron esa fórmula.

Ante el resultado de la gestión, el ejército florista, prosiguió avanzando sin ninguna clase de recelos; y cuando la gente de Fausto Aguilar había entrado ya a un callejón, bordeado de cercos de pitas, de los suburbios de Las Piedras, fué sorprendida por nutridas descargas de fusilería y de artillería.

Fausto, herido

Los blancos, al mando del general don Lucas Moreno, y prevenidos de la aproximación de las fuerzas coloradas, se ocultaron dentro de unos grandes zanjones y detrás de los cercos, en número de dos mil infantes y algunos artilleros, desde donde hicieron certero fuego, en cuya acción fué herido en un hombro, Fausto Aguilar.

Este hecho de armas que no tuvo mayores trascendencias, hizo

desviar la ruta que se proponía seguir el ejército de Flores, que volviendo espaldas a la capital, emprendió marcha hacia el departamento de Minas, para enseguida pasar al de Cerro Largo y de allí al Oeste, con el fin de sitiar por primera vez a Paysandú.

Las marchas por un lado, y la falta de medios curativos, por otro. fueron factores que contribuyeron a que la herida del general Aguilar se agravara, razón por la cual, Flores dispuso que su valiente y eficaz colaborador pasara a asistirse a Buenos Aires, en atención a que. por su calidad de revolucionario. le estaba vedado hacerlo en Montevideo, a menos de caer prisionero.

Así las cosas se formó una escolta de ciento cincuenta hombres, escogidos, cuyo mando se confió al sargento mayor don Modesto Castro, que llevaba como oficiales a Leopoldo Albín, Feliciano Viera. José Tato, Domingo Cristaldo, Tomás Gomensoro y Bernardo Doblas, —pequeña fuerza que, recorriendo de Este a Oeste la República, — pudo llegar sin que fuera molestada, hasta el pueblito de Belén del departamento del Salto, desde cuyo punto pudo Aguilar pasar a la Argentina, asilándose en la ciudad de Concordia.

Preparando el golpe

Los blancos, en conocimiento por sus espías, de la presencia y del itinerario de viaje del jefe colorado, concibieron el plan de tomarlo prisionero, propósito que habrían visto coronado por el mejor de los éxitos, si no hubiera mediado la oportuna intervención de una señora, decidida partidaria de los colorados.

En efecto; un grupo de gubernistas se embarcó ocultamente en el vapor de la carrera la noche anterior de la partida, para echar el guante al auxiliar de Flores cuando pisara sobre la cubierta del buque; pero doña Justa Zambrana, vecina de la ciudad del Salto, tomó a su vez las medidas del caso para desbaratar el plan, a cuyo fin y mediante la ayuda de un botero de su absoluta confianza, pasó a Concordia durante las horas de la noche, para comunicar así personalmente a Fausto Aguilar, lo que contra él se tramaba.

Desterrada

Puestas más tarde en claro las causas que motivaron el fracaso del golpe proyectado, las autoridades del Salto resolvieron desterrar a tan decidida partidaria de la causa revolucionaria, en cumplimiento de cuya decisión, tuvo que pasar doña

Justa Zambrana conjuntamente con su hija Amelia, a residir en la vecina ciudad de Concordia.

Gracias pues, a la intervención de la varonil señora, Aguilar pudo llegar a Buenos Aires, por el río Paraná, que le ofrecía absolutas seguridades.

FLORES EN MONTEVIDEO

El Coronel don León de Pallejas.— El sitio a Montevideo. — Preparativos para un bombardeo. — Las partidas exploradoras del general Caraballo. — Al margen del asesinato de Florencio Varela. — Quien pagó para que lo asesinaran. — El canario Cabrera. — Don Domingo Moreira. — Secuestro de Cabrera. — La entrada triunfal de Flores. — Su recorrido.

Rendida la plaza de Paysandú tras su heróica defensa, nos dijo don Pablo A. Dugrós, el ejército revolucionario del general Flores, llegó sin resistencias de ningún género hasta las puertas de esta capital, iniciando el sitio el 2 de Febrero de 1865. Solamente en la Unión y sus alreddores solían haber algunas escaramusas.

El coronel don León de Palleja

La escuadra brasileña, con el fin de cooperar a la acción de las fuerzas de tierra si fuera necesario, bajó también el Uruguay, no sin que antes, la "Ibahí", en la que yo venía en calidad de práctico, embarcara en Buenos Aires al coronel León de Pallejas, que se encontra-

ba emigrado allí, después de haber estado preso conjuntamente con otros ciudadanos abordo de un pontón fondeado en la rada de Montevideo, cuyo jefe era el coronel don Javier Guruchaga, vasco, antiguo carlista y que más tarde vino a ser suegro del célebre coronel Bastarrica.

El coronel Pallejas, que había obtenido su libertad, gracias a la intervención del Presidente Mitre y del Ministro español aquí acreditado, había dado su palabra de honor al Gobierno de Aguirre, de que no tomaría parte en la contienda.

—¿Y entonces, en qué calidad venía?

—Próxima ya a terminar la contienda civil, vino a unirse a su familia, desembarcando en el Buceo, sin por ello violar en lo más mínimo tan pundonoroso militar, el promiso anteriormente contraído.

El sitio a Montevideo

Montevideo, pués, sitiado por mar y por tierra por más de doce mil hombres y por catorce buques de guerra, quedaba en desesperada situación, porque, llegado el caso de una resistencia, ya estaba determinado que se procedería a un intenso bombardeo, y para ello, los buques brasileños, tomaron posiciones estratégicas: los grandes, al Sur, en línea recta con la calle Río

Negro, y la cañorera "Ybahí", la nave de menor calado, próxima a la "Barraca del Mar", ubicada en la calle Florida, con instrucciones — la última — de bombardear el "Cuartel de Bastarrica", hoy del 1.o de Infantería, calle Agraciada y Cuareim.

En ese entonces, no había edificación de Agracida hacia la izquierda, pues todo aquello era playa y mar De modo que, el cuartel venía a quedar completamente despejado con frente a la bahía.

Para que ustedes puedan apreciar mejor cómo era aquéllo—prosiguió diciéndonos el señor Dugrós.— bástenles saber que años después de estos sucesos, un temporal arrojó a muy pocos metros del cuartel y sobre la misma calle Agraciada a una goleta.

Volviendo al asunto bélico, hacemos gracia al lector, del estado de ánimo en que podría encontrarse la población de Montevideo ante tan amenazante perspectiva.

Intimando rendición

El general Flores había intimado la rendición de la plaza, con prevención de que procedería a bombardearla en caso de resistencia; y el almirante francés de estación en nuestras aguas, habló por su parte también, con el almirante Tamandaré, a quien preguntó si en

realidad llegaría a bombardear a Montevideo, en caso de que la plaza resistiese. Y como el marino brasileño contestase afirmativamente, aquel diplomático aconsejó a sus súbditos que abandonaran la ciudad.

Las familias empezaron a dejar sus hogares, muchas de las cuales se guarecieron en la Unión, en donde se econtraba el grueso del ejército colorado; otras buscaron refugio en los pueblos cercanos; y otras, finalmente, en un pontón que los franceses utilizaban como depósito, barco que estaba fondeado frente al "Fuerte San José".

Y fué recién entonces que se convino la rendición, sin necesidad, felizmente, de dispararse un solo tiro.

Las partidas exploradoras del general Caraballo

El 20 de Febrero hizo su incursión el general Caraballo como explorador, con varias partidas de caballería que se diseminaron por la ciudad sin que el orden fuera alterado en lo más mínimo.

El asesinato de Florencio Varela

Al desfilar una de estas partidas armadas por la calle 25 de Agosto esquina Ituzaingó, un soldado al ver a cierto individuo que estaba parado en una esquina, de curioso,

exclamó de pronto, sorprendido, dirigiéndose a un compañero.

—¡Mirá quien está ahí!!!

—¿Quién es?

—El canario Cabrera, el que asesinó a Florencio Varela.

Y dicho esto, varios soldados se apearon, para aprehender al confiado hombre, quien llevado por el grupo, desapareció para siempre de Montevideo, sin que jamás se tuvieran noticias ni de su existencia ni de la suerte que corrió.

—¿Caraballo estaba próximo a ese grupo o vió lo ocurrido?

—No, señor.

—¿Quién era el oficial que capitaneaba la partida?

—No sé quién era.

—¿Usted presenció ese hecho?

—No, señor. Porque recién pisé tierra, en la noche de ese día, con el comandante Santos de la "Ibahí", — de "contrabando", sin permiso, desembarcando en el bote de una goleta en el "Cubo del Norte", en donde terminaba la calle Juncal. El comandante Santos era casado con una montevideana, cuyo nombre no recuerdo y tenía su casa en la calle 25 de Mayo entre Juncal y Cerro (hoy Bartolomé Mitre).

Los hechos que le acabo de narrar los supe al otro día de ocurridos, por boca de mi colega Hilario Díaz, que también era canario y que los presenció.

La noche del crimen

Florencio Varela había sido asesinado traidoramente, por feroz puñalada en la espalda en la noche del 10 de Marzo de 1848, en circunstancias que, después de haber asistido a una función celebrada en el teatro San Felipe (área que ocupa el Palacio Taranco), colocaba la llave en la cerradura de la puerta de su casa, en la calle Misiones, entre 25 de Mayo y Cerrito.

El doctor Florencio Varela fué uno de los más esforzados enemigos de la tiranía de Rosas; y desde las columnas de su valiente diario "El Comercio del Plata", combatió con todos sus bríos, no solamente al tirano argentino, sino que también al general don Manuel Oribe, que sitiaba a Montevideo, con fuerzas y recursos que aquel le proporcionara.

Muchos historiadores y entre ellos don Antonio Díaz, afirman que quien mandó asesinar al doctor Varela, fué Oribe, pero la verdad es otra. Quien armó el brazo de Cabrera, fué Rozas.

El precio del asesinato

—¿Cómo sabe usted — vamos a ver. — preguntamos al viejo práctico, que fué Rosas y no Oribe quien mandó asesinar a Varela?

—Es muy fácil la explicación. Lo sé, porque don Domingo Moreira, canario también, era propietario de una flotilla de buques de cabotaje, de los cuales, uno mandado personalmente por él, tenía como tripulante al canario Cabrera. En esa época, en plena Guerra Grande, don Domingo Moreira, hombre de la absoluta confianza de Rosas y de Oribe, realizaba sus viajes entre el Buceo, puerto del ejército sitiador y Buenos Aires.

Excuso decirle que este hombre era el encargado de llevar y traer la correspondencia que se cambiaban las fuerzas de Oribe con Rosas y sus parciales de la capital vecina.

Era don Domingo, una excelentísima persona, todo un caballero;—y tan generoso, que entre dádivas y revoluciones, perdió la casi totalidad de sus bienes. La revolución de Aparicio, — del 70, — fué el tiro de gracia para sus finanzas. Por otra parte, era incapaz de cometer una mala acción.

Por el mismo Moreira supe más tarde que el canario Cabrera se había entendido directamente con Rosas, para asesinar a Florencio Varela, quien en realidad molestaba grandemente al tirano con sus rudos ataques periodísticos;—y supe así

mismo, que el precio del crimen, fué el de seis onzas, que venían a ser setenta y seis patacones.

Estando el buque en el cual Cabrera prestaba sus servicios como marinero, anclado en el Puerto del Buceo, se proporcionó a dicho individuo por orden de Rosas, una lancha a vela, para que así pudiera trasladarse a esta ciudad, desembarcando posiblemente en las últimas horas de la tarde, en los fondos del edificio de la "Aduana Vieja", de la misma calle Misiones, más tarde conocido por "Depósito de Capurro".

Favorecido por las sombras de la noche, Cabrera esperó el momento propicio para sepultar con toda impunidad el arma homicida, en la espalda de su víctima; y, consumado el hecho, corrió unos cuantos metros y retornó al puerto del Buceo, para buscar amparo dentro de las filas del ejército sitiador.

Pero, hecha la paz del 8 de Octubre, que puso término a la guerra Grande, se exigió el castigo de Cabrera, — quien entonces fué reducido a prisión y recluído en el Cabildo... Es decir: recluído, no, propiamente dicho, porque aquel era allí, casi un cacique, y tratado, por lo tanto, con toda clase de consideraciones.

Tiempo después, fué puesto en definitiva libertad, de la que disfrutó hasta el momento en que lo atraparon las fuerzas del general Caraballo.

La entrada triunfal del Gral. Flores

El general Flores hizo su entrada triunfal a Montevideo, acompañado por su Estado Mayor y seguido por parte del ejército revolucionario y del brasileño, el 21 de Febrero de 1865, haciendo el recorrido por 8 de Octubre, 18 de Julio, Cámaras (hoy Juan Carlos Gómez) y Rincón, hasta llegar al Fuerte (hoy Plaza Zabala), en donde asumió el poder, con la denominación de Gobernador Provisorio que le entregaba el Presidente del Senado en ejercicio del P. E. don Tomás Villalba, quien, a su vez, se encontraba rigiendo los destinos de la República desde cinco días antes, en cuya fecha había expirado el mandato, por el cual Aguirre, lo venía detentando, en igual concepto, desde el 1.o de Marzo de 1864, en cuya fecha había expirado el período presidencial de don Bernardo P. Berro

FIN

INDICE

INDICE

Pág.